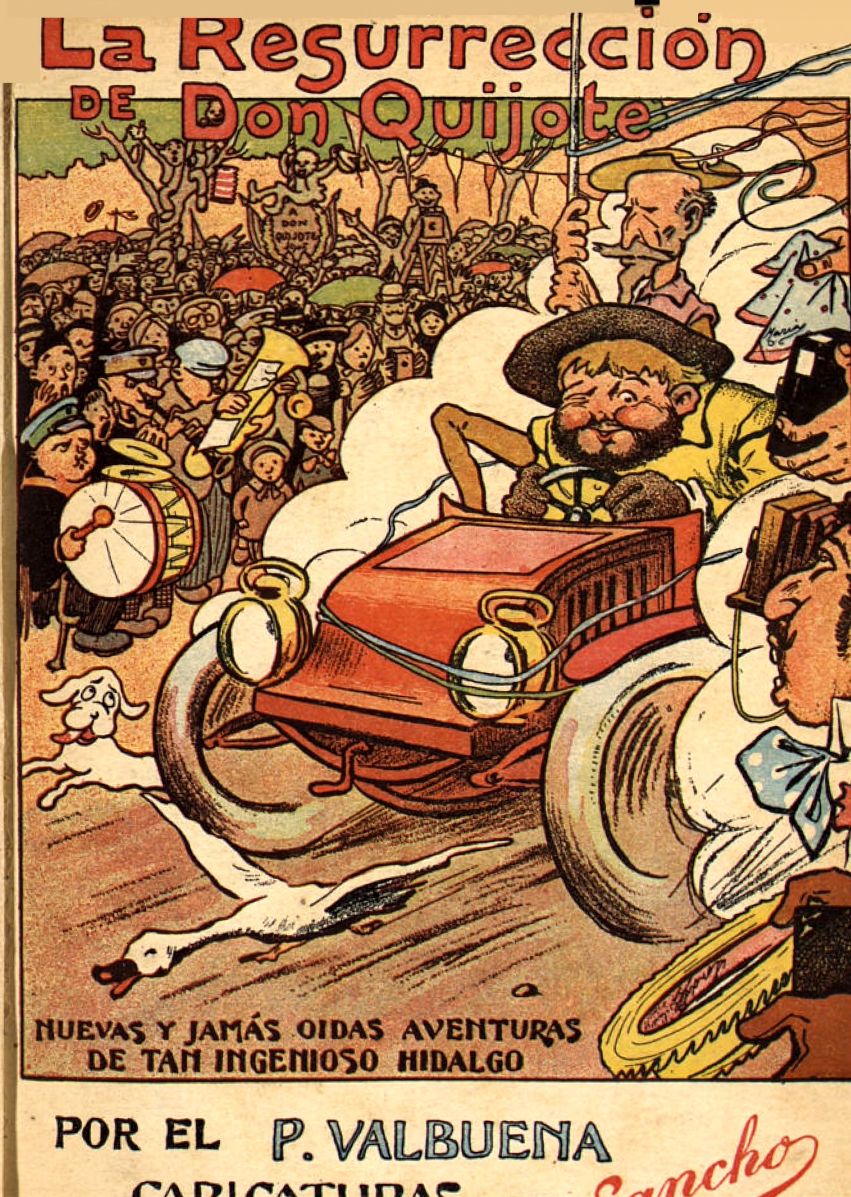
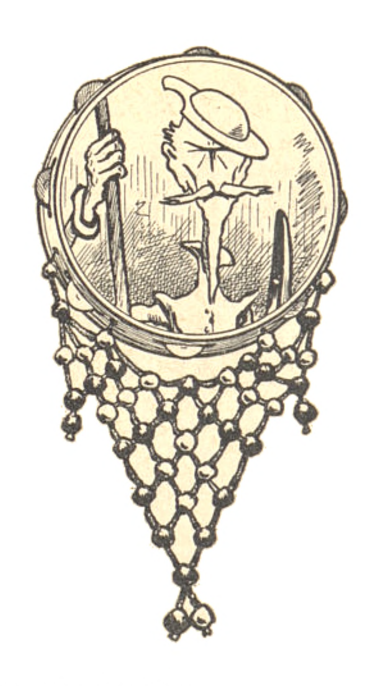


POR EL P. VALBUENA

CARICATURAS DE *Sancho*

UNA PESETA



LA RESURRECCIÓN
DE
DON QUIJOTE

LA RESURRECCIÓN
DE
DON QUIJOTE





NUEVAS Y JAMÁS OÍDAS AVENTURAS DE TAN INGENIOSO HIDALGO

POR

El P. Valbuena

CARICATURAS DE **SANCHO**

ANTONIO LÓPEZ, EDITOR
LIBRERÍA ESPAÑOLA
Rambla del Centro, número 20, Barcelona



SEGUNDA PARTE

Don Quijote en Madrid

TERCERA PARTE

Don Quijote en Cataluña

CAPÍTULOS | PÁGS.

Imprenta de Antonio López, calle del Olmo, 8, Barcelona

COMENTARIO PRELIMINAR

Hacia el final del prólogo puesto á la segunda parte de las Aventuras del hidalgo manchego recuerdo haber leído lo siguiente:

«Doy á don Quijote dilatado y finalmente mnerto y sepultado, porque ninguno se atreva á levantarle nuevos testimonios.»

Esto lo dijo mi amigo Cervantes con la mala intención que es de suponer. El novelista *ejemplar* era de aquellos hombres cuya imaginación se adelanta al tiempo y estuvo acertadísimo al pensar que si entonces andaba suelto un tal Avellaneda, *natural de Tordesillas* y plagiario de oficio, podía muy bien suceder que al cabo de siglos apareciese una plaga de libretistas zarzueleros, de distinta naturalidad, pero tan *de eso* como el otro.

Con todo y no ser manco el autor del *Quijote* en materia de previsión, nadie ignora que lo era físicamente, y más lo resultaba al suponer que una vez

muerto por él el protagonista de su obra no respiraría ya más, sin presentir el oxígeno á domicilio ni el *Estómago Artificial,* y sin tener en cuenta que de la vida solo dispone Dios; y esto, que resulta un sacrílego y lamentable *lapsus* del cristiano escritor, ha sido rotundamente desmentido por la gente de letras de todos los tiempos que no se cansan de repetir que el *Don Quijote,* además de ser obra inmortal por decretación académica, ha existido siempre, existe y existirá en tanto la raza española no muera en manos de un Japón cualquiera.

¿De modo que, mientras un Cervantes del siglo XVII prohibe la exhumación de su difunto caballero, pretextando aquello de paz á los muertos y guerra al extranjero, la flor y nata de los intelectuales de ahora, con el señor Unamuno á la cabeza, afirman que el tal personaje tiene la vida asegurada, goza de salud perfecta y merece vivir una eternidad?

Pues dé enhorabuena el señor de Saavedra por enterrado á su don Quijote, que no dándome yo por *enterrado* de lo dicho en su prefacio, y después de personarme en el lugar de la Mancha de igual modo que lo hizo el Juzgado en el *Huerto del Francés,* desentierro tranquilamente á mi hombre y á su escudero Sancho, les doy una inyección de vivificante suero marca *Fierabrás* y los llevo y los traigo de la mano por donde en gana me viene.

Como verá quien en ello se fije, el don Quijote de este cuento es el mismo *enjuto de rostro* y *avellanado* que conocen, digo mal, que deberían de conocer todos los españoles que saben leer, aunque sean estos

bien pocos. Pero entiéndase que aun cuando muestra una gran sequedad de carnes, pues era hombre muy flaco, no lo es hoy de memoria, la cual conserva más lozana que la célebre andaluza del romance aretinesco. Lo que no conserva fresco, Dios me perdone, es el habla y el razonamiento pues fácilmente se concibe que no es lo mismo hablar por boca de Cervantes que por la de un ganso ó fraile camelón como el firmante de estas modernísimas aventuras donde lo principal está en lo secundario y donde salen á colación mil y un caballeros andantes de la época presente á cual más aventurero también.

Por lo dicho se comprenderá que más que sacarle punta al ilustre y antojadizo caballero mi intención ha sido hacerle presentable á nuestra refinada sociedad, restaurando su donosa figura por dentro y por fuera según la etiqueta y la localidad y atendiendo á las ideas políticas y á los gustos de mis contemporáneos.

Si todo ello resultare de grato pasatiempo me daré por archicomplacido; pero, si después de confesarme, como me confieso, reo de lesa literatura por haber explotado el espíritu cervantesco en ocasión propicia, acontece que alguno de mis lectores, harto de las bellaquerías contenidas en este libro, se decide á leer el auténtico *Quijote*, y le agrada y lo estima como se merece, entonces más que satisfecho me sentiré orgulloso de haber contribuído á la eterna glorificación del genio español; y empezaré por admirarme á mí mismo, pues si esto *alcanzásede, seríade* el *acabósede*, y *habríade* ya alcanzado mi mayor gloria.

Y volviendo á lo de que nadie se ha de atrever *á levantarle nuevos testimonios* al famoso hidalgo de la Mancha, solo me resta manifestar qne á buen seguro no lo diría don Miguel por este pobre cura.

¡Dios me libre de levantarle nada á un *caballero!*

Lo único que se me puede echar en cara es el haberme metido en libros de caballerías.

Y esto lo doy ya por descartado, que á ser cierto no lo he de sentir por mí sino por las *caballerías* de aquellos y de estos tiempos, que son en todo caso las más ofendidas.

El P. Valbuena

PRIMERA PARTE

Cuarta salida de Don Quijote

PRIMERA PARTE

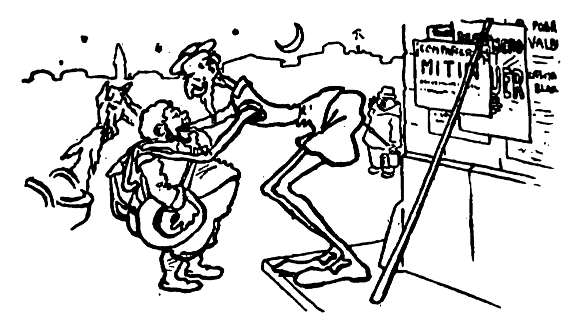
CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de lo acontecido á don Quijote y á su escudero Sancho Panza, una vez resucitados.

En su cualidad de gran madrugador, don Quijote tuvo á bien resucitar anticipándose á la del alba, cuando las gentes del lugar dormían aún su primer sueño.

Resucitó también y muy luego Sancho Panza, haciendo éste su aparición en mitad de la plaza y en el momento de darle aquél el primer espolazo al penco de Rocinante.

Como es de suponer, en el encuentro hubo los abrazos y apretones de rúbrica, amén de los saludos reglamentarios entre caballeros y escuderos de su orden.



Ninguno de los dos tenía conciencia del tiempo transcurrido desde sus anteriores aventuras, y menos

de su pretendida muerte. La transfiguración, caso que la hubiese habido, operó en ellos con gran comedimiento, tanto es así que si el uno presentaba acentuado su aspecto de *Caballero de la Triste Figura*, el otro no cabía en su piel, tales eran la hinchazón de su barriga y el contento de vivir nuevamente.

Señor y escudero, cabalgando en sus respectivas caballerías, lucían los mismos trajes y armaduras de cuando su tercera salida de infausta recordación; y decimos lucían si lucir pueden cuatro hierros enmohecidos por otros tantos siglos.

¿Qué se le ocurrió á don Quijote antes que todo? Lo primero que se le ocurre á cualquier tío: visitar á su sobrina. Y acompañando al pensamiento la acción, dirigióse al trote manso hacia su antigua morada sita en la parte alta de la aldea. Mas, ¡cuán sorprendido no quedó nuestro hombre al observar que allí no existía ya ni rastro de su linajuda especie! Lo que fué un día vistoso corral, por cuya puerta falsa salía el hidalgo en busca de aventuras, es hoy inmundo estercolero sobre el cual se alza, como en un infamante trofeo, la siguiente inscripción:

ABONOS PARA LA VID Guano del Perú **Medalla de oro** *Exposición de París—1903*

En medio del mayor asombro y dirigiéndose á Sancho, don Quijote exclamó lo primero que indispensablemente tenía que exclamar, esto es:

—¡Válame Dios!

A lo que respondió Sancho:

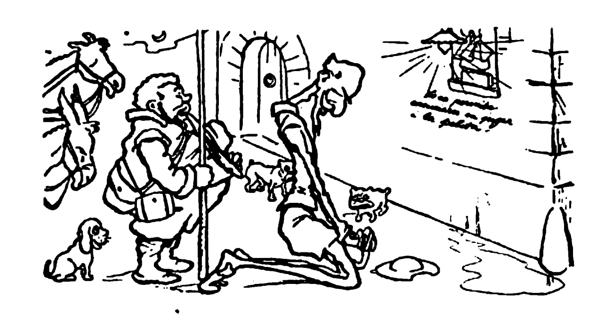
—¡Qué un hombre de su linaje
descienda á tan ruín mansión!

Con todo, cate vuestra merced, según se desprende del letrero, que estamos en el siglo veinte y que con la experiencia que nuestra edad de elefante viejo nos abroga, nada debe asombrarnos desde hoy.

Pasaron por delante de la antigua casa de su amigo el barbero, esperando hallar en la fachada alguna señal ó algún pelo (muy posible, tratándose de una peluquería) que hiciese referencia á maese Nicolás, pero no tuvieron esta suerte por cuanto desde aquel entonces lo menos han pasado diez y seis maeses Nicolases por aquella tienda y todos murieron de enfermedades varias. Efectivamente, en una placa de la puerta, pintada en estilo modernista, de un modernismo muy manchego, según se desprendía de las manchas que mostraba, leyó don Quijote: «*Pedro Martín.—Oficial peluquero.—Se afeita con brocha y se corta con máquina.*»

—¡Cómo cambean los tiempos, mi señor don Quijote!—dijo Sancho.—En nuestros felices días los maestros barberos aplicaban sanguijuelas; hoy son todos maquinistas y *brochacistas*... ¡Cosas veredes el *Cid-e-Hamete Benengeli!*

Y la verdad es que estos datos bastaron para cerciorar á su amo de la inutilidad de sus pesquisas. No queriendo alarmar, pues, al vecindario se abstuvo de llamar á ninguna puerta.



—Seguramente el bachiller Sansón y mi amigo Pero Pérez, el cura, habrán corrido la misma suerte que mi sobrina y el barbero—añadió discretamente nuestro hidalgo.—Por lo tanto es conveniente, indispensable, necesario, útil y preciso que á fuer de cristianos caballeros, recemos un padrenuestro, con derrame del ma-

yor número de lágrimas, por el alma de aquellos nuestros deudos... y muy luego nos iremos á comer.



Y esto diciendo y esto haciendo, partieron de la aldea sin rumbo fijo, en dirección á los campos de Montiel que ya conocían por haberlos cruzado en lejanos días de infortunio.

CAPÍTULO II

Donde se cuenta el muy gustoso percance con el anarquista preso.

No habían andado aún lo que alarga un maüser cuando, muy cerca del camino y gracias á la poca densidad del celaje, advirtió Sancho unos bultos sospechosos parados debajo de un frondoso algarrobo.

Eran dos guardias civiles que en la faena de llevar de paso á un furibundo anarquista, hacían unos minutos de alto en aquel sitio. El preso, fuertemente maniatado, se hallaba á algunos metros de distancia, dando tregua á la fatiga y tarareando *La Internacional.*



El grupo interesó vivamente á don Quijote, quien, acercándose al desdichado, le endilgó este discursito:

—¿Qué habéis fecho, infelice, ó de qué daño se os culpa, para que tan de madrugada seais tratado deste modo?

A lo que interrumpió Sancho Panza:

—¿Pues no dicen crónicas que á quien madruga Dios le va en su ayuda?...

El ácrata, por toda respuesta dió un grito de ¡Viva la Anarquía! que hizo poner en movimiento de rotación y traslación á los dos guardias.

—¿Y quién será esa Anarquía que tanto deseáis que viva?—objetó don Quijote.—¿Es acaso alguna gran señora del Toboso, como mi dulce y amada Dulcinea por quien peno hace tres siglos? ¿Es que queríadeis casaros con ella y no os dejan?

—¡Qué ha de ser!—le observó su escudero.—¿Cómo quiere vuestra merced que sueñe el infelice en matrimonio, si por su mal ya carga con más esposas que no quiere?

A todo esto los individuos de la benemérita se aproximaron al hidalgo exclamando el que llevaba más galones:

—¡Largo de ahí, y basta de cuchufletas si no quiere Vd. aparejarse con el muchacho! Arre, con esa majadería señores ropavejeros, y *pa alante*, sin chistar.

Entonces don Quijote, creyendo haber llegado la hora de dar á conocer sus jamás aventajadas cualidades de matón, puso lanza en ristre y habló de esta manera á los civiles:



—¡Follones de á maravedí, cuán fea es vuestra misión! ¿Qué daño os hace este mancebo con amar á su señora Anarquía, á quien no tengo el honor de conocer, pero de cuya fermosura me siento ya cautivo? ¿Qué diablo os inspira, oh, mónstruos de inmunda joroba? (esto lo decía sin duda por la mochila que lle-

vaban bajo el capote). ¡Vaya una gracia, tomarlas con quien defender no se puede! Conmigo os las tenéis que haber ahora mismo si no queréis que os pase de parte á parte. Ah, que bien se ve que no sois de caballería como yo!

Y llevaba razón al decirlo porque los guardias eran de á pie, lo cual no fué óbice para que comenzaran á dar fuertes culatazos en los hocicos de Rocinante haciéndole retroceder un buen trecho; y, viendo que su ginete no paraba de prometer lanzadas ni de echar maldiciones, decidieron descargar sus respectivos fusiles tirando al aire con ánimo solo de escarmentarles y por ver si se largaban con sus bravuconadas á otra parte.

El remedio no pudo ser más eficaz. Rocinante y el asno de Sancho que, como es de suponer, no habían oído un tiro de maüser en su vida dieron un gran brinco al sonar los disparos y echaron á correr más



que corrieron las propias balas de las beneméritas armas, lo cual después le supo bastante mal á don Quijote, quien, picado en su dignidad de valiente, no cesaba de exclamar:

—¡Non fuí yo que *fuyí* de la batalla; ni tú fuistes quien *fuyó*, mi bravo escudero! Quienes *fuyeron* fueron nuestros brutos cobardes, que en mal trance se vean yendo solos! A no ser por ellos mal la habrían contado esos mónstruos jorobados, á los cuales mi brazo les estaría aun probando su valor.

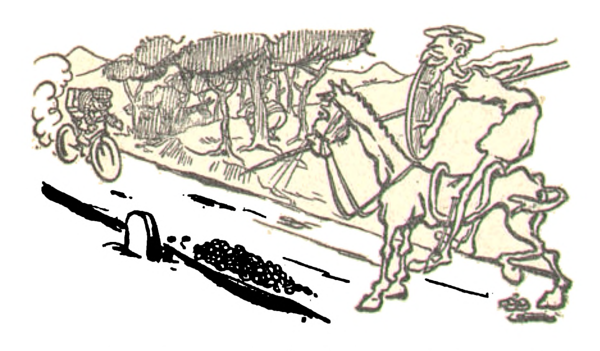
A lo que respondió Sancho Panza:

—No hay para qué escatimar á vuestra merced ni su razón que le asiste en todas las aventuras, ni su valor jamás desmentido, pero sepa y entienda, mi señor don Quijote, que de todo cuanto ocurre á caballos y á caballeros hay que dar gracias á Dios y que en muchos casos, como el que acabamos de experimentar, más vale irse á tiempo que aguardar un año.

CAPÍTULO III

De la muy curiosa aventura del recaudador ciclista

Razonando así iban los dos, y acortando la gran distancia qua media entre los viñedos de Montiel y Argamasilla de Alba, cuando al llegar á los cuatro caminos y en hora que el sol les daba ya de lleno en la sesera, después de estar unos minutos dudando respecto á por cual de aquellos proseguir, decidieron avanzar por el más estrecho, que eran los que mejor en gusto tomaba don Quijote por ser generalmente los más derechos y pródigos en caballerescas aventuras.



En dirección contraria venía un ciclista á todo correr y ya se les iba á echar encima cuando don Quijote, colocándose en mitad del paso y apuntándole briosamente la lanza, le obligó á apearse en mala for-

ma y con exposición de hacerse tortilla ó morir atravesado.

—¿Qué desea Vd., amigo?—objetó el de la máquina, una vez repuesto del susto consiguiente.

—No quiero otra cosa, respondió don Quijote, sinó que os volvais por donde venido habeis; que no es de caballeros el cabalgar en mimbres, aunque estos corran lo que corre un rayo.

Y así diciendo empezó á dar lanzadas á diestro y siniestro.

El pobre hombre, indefenso, no las tenía todas consigo y poniendo los pneumáticos á salvo de los golpes que se le dirigían, gritaba á más no poder:

—No sea Vd. loco, y déjeme en paz la bicicleta que no le ha hecho ningún daño.

—¿A qué le llamas tú locura, insensato; y quién eres tú que á tal decir te atreves?

—Respecto á Vd., replicó el ciclista en el colmo del amoscamiento, digo que no sé de qué sanatorio debe haberse escapado. De mí sé decir que soy Rodrigáñez, conocido en toda la comarca por ser recaudador de contribuciones de este partido, y que voy á mis quehaceres sin molestar á nadie.



—¿Recaudador, has dicho?—interrogó don Quijote, como haciendo memoria de algo. No sé á qué clase de órdenes caballerescas pertenecen loe recaudadores, más si fueras caballero como no lo eres, ya yo hubie-

ra castigado tu memez y tu osadía. Ahora me contento con el botín que traes.

Y obligándole á que entregase la cartera á Sancho, añadió:

—Monta otra vez en tu corcel de alambre, criatura fementida, que tratos no he de querer ni armas probar con quien además de cobarde es miserable, pues tiene el tacaño don de criar bestias que no comen, no por no tener qué comer como mi dócil Rocinante, sino por no tener estómago ó tenello de artificio.

—Infiero que no es caballo ni tan solo bestia lo que monta este hombre—interrumpió Sancho. Más bien paréceme algo así como una copulación de dos arañas de metal...

—Es una máquina que me cuesta mis dineros—replicó indignado el recaudador.—Es mi locomóvil y creo que el ser mío no es defecto.

—¿Locomóvil se llama tu jumento?—dijo pasmado don Quijote.—Pues súbete en él y anda que te lleve el vértigo con tu *móvil loco* de ir á pelar contribuyentes!

Sin escuchar más el pobre víctima, después de apretar la bocina, cuyo sonido inesperado hizo exclamar á don Quijote:—Bien dije yo que era bestia y no cosa; ¿oyes, Sancho, como relincha?—sin escuchar más como decimos, escapó de allí hecho una furia, sin



deseos de imitar á la mujer de Loth, pues pudo en él más el miedo que la curiosidad, y dejando abandonados la libreta de los recibos y unos pocos cuartos que para cambio llevaba en la cartera.

En seguida y con aire de satisfecho orgullo, dijo don Quijote:

—¿Qué me cuentas, escudero amigo, desta singular aventura? ¿qué piensas deste inaudito fecho?

—¡Qué he de pensar!—respondió Sancho—Que quien roba á un ladrón gana un puñado de indulgencias, y que con pocas como ésta se ha de librar vuestra merced de hacer antesala en el Purgatorio.

CAPÍTULO IV

En que se habla de la muy sabrosa plática con los caballeros de la Mesa-Redonda; de los aun más sabrosos chorizos que cataron en la célebre venta que ya no es venta sino hotel y de otros sucesos modernos todo miga.

—Mas, agora que disponemos de capital, prosiguió Sancho, bueno fuera enderezar el estómago, que asaz alicaído lo tendrá vuestra merced, á juzgar por el mío.

—No es de discretos escuderos el juzgar del amo por lo que á ellos les ocurre, dijo don Quijote; pero como sea que en esta ocasión estuviste acertado, doyte la razón y no te escatimo lo demás.

Y entendiendo Sancho que esto de *lo demás* lo decía por los cuartos que contenía la cartera robada á Rodrigáñez, exclamó:

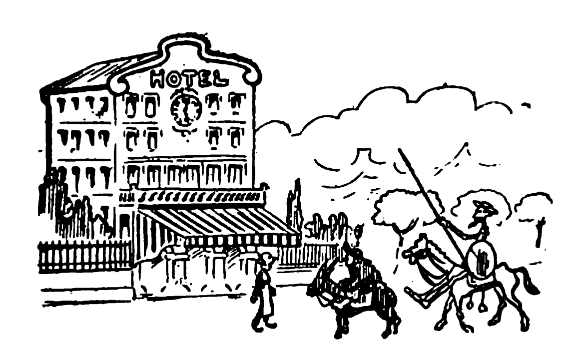
—Gracias, mi señor don Quijote, pero bien sabe vuestra merced que á pesar de ser yo muy Sancho y muy Panza no es sólo dinero lo que apetezco,

que mullidos no son lechos de plata
ni el oro sabe á apetitosa fruta.

Entremos en esa venta próxima que conocemos bien por ser la misma que en otro tiempo y por su mal creyó castillo, y allí, repuestos de la fatiga, nos darán á cambio de unas monedas paja en que dormir y olla que comer; y tenga buen cuidado, vuestra merced, en no tergiversar lo que le digo, pues no respondo de los vice-versas.

Nada objetó don Quijote á lo atinado por Sancho, antes al contrario, hizo andar un trotillo algo picadillo á Rocinante, gracias al cual en dos minutos llegaron de arribada forzosa y de hambre involuntaria á

la que ellos llamaban venta, pero que, en verdad, no era ya venta sino hotel.



Al verles descabalgar, salió el *maître* de cocina á su encuentro quien, á pesar de escamarle mucho los ridículos personajes, creyendo que eran cómicos escapados de algún pueblo ó señores disfrazados que venían de algún asalto ó baile de piñata, no quiso desairarles y una vez hecho el trato acompañó á don Quijote á su habitación preguntándole de paso:

—¿Quiere Vd. que se le sirva aquí mismo, á la carta, ó prefiere Vd. comer en mesa redonda con unos caballeros recién llegados también?

—¡Oh, gran señor del Blanco Mantel!—exclamó el ilustre manchego.—¡A qué honra he de tener el aceptar la inmensa dicha que mi óptima estrella me depara! ¡Poder comer por vos servido! ¡Y poder hacello en compañía de los *caballeros de la Tabla Redonda!* De mi parte decid á esos famosos hijo-dalgos que he llegado bien y que con grande gusto departiré con ellos en esa redonda mesa.

El dueño del hotel, procediendo como hombre cuerdo, creyó loco al nuevo huésped; en su consecuencia lo primero que hizo fué presentarle la cuenta, y Sancho que había empezado ya el fregamiento de las armaduras de su amo con papel esmeril y pasta «Amor» liquidó dicha suma en el acto y no se habló más del asunto.

En compañía de don Quijote comían un marchante en telas, un sargento de carabineros, un afilador ambulante de nacionalidad francesa y dos ó tres sujetos más de desconocidas industrias. Todas las indiscretas miradas caían sobre nuestros héroes, quienes casi no probaron bocado del *menú* servido, á excepción de unos chorizos sabrosísimos, ricamente condimentados, y de un poco de queso del país.

Durante la comida se habló de política, de la guerra ruso-japonesa y de otros varios lugares que don Quijote no comprendía y que por esta misma razón gustaban al hidalgo atento, mas como sucediese que una errante bola de pan mascado le diese en el ojo izquierdo, el sargento (hombre de mediana ilustración) quiso castigar la ofensa, y en una especie de brindis socarrón, después de subirse á una silla, habló de esta manera:



–Compañeros: el que haya sido que levante el dedo. El avieso autor de tal agravio que confiese ingénuamente su mala acción; y sépa, quien quiera que sea, que su proyectil no ha herido precisamente al huésped, que al fin y al cabo *no es nada lo del ojo.* Lo más grave es que esa demostración nos rebaja ante el señor afilador que representa aquí las potencias extranjeras, pues el agraviado es nada menos que el hidalgo *Don Quijote de la Mancha,* el mayor de todos los príncipes de todos los ingenios, famosísimo en el orbe entero, en virtud del cual España consta aun en

los mapas *Justus Perthes* y se salva de las salpicaduras internacionales. He dicho.

Los comensales quedaron como oyendo música wagneriana y don Quijote levantándose emocionado, dijo:

—Olvido más que perdono á los malandrines que quisieron desojarme. Mejor digo que me alegro dello, pues dióme ocasión de comprobar la alta estima en que me tienen mis amados caballeros desa orden á la cual pertenezco y me encomiendo en todo trance. Los atinados razonamientos y las inmerecidas alabanzas que por boca del vocal de turno me habéis dedicado dánme á entender que soy bien conocido de toda la andante caballería. Dios os lo pague en salud y á mí en bienandanzas. No digo más.

—Sí, que le hemos conocido á Vd.—replicó entonces el marchante—pero, guasa aparte, que aquí nadie nos la da con queso. Y dirigiéndose á los demás comensales, añadió: Este ridículo señor y su acompañante representan muy bien el papel que se les ha conferido, pero lo cierto es que este Quijote que aquí veis no va en busca de aventuras sino á caza de pesetas. Es un tío bromista de por esos andurriales, un comparsa de los que han de formar en la cabalgata del Centenario. ¿Cuánto os dan por hacer esa comedia? Ved que el tipo de protagonista ha de ser muy bien retribuído, compadre! No os dejéis tratar en Madrid como á provinciano.

Don Quijote que no había sentido una indignación mayor en los días de su vida ni en los siglos de su muerte, se desplomó en brazos de Sancho. Hubo que reanimarle con éter.

Más tarde, algo calmado, se enteró por un número de *El Imparcial* de toda la verdad respecto á lo de las fiestas de *su* Centenario que se iban á celebrar en Madrid y cuyo programa traía el citado periódico con gran número de detalles. El famoso manchego leía y releía la noticia con profundo interés y sin proferir comentario alguno dijo, en un arranque á su escudero:

—Ensilla, Sancho, ¡y al Centenario con los faroles!

—¡Adiós Madrid!—exclamó Sancho que veía en todo esto una maldición gitana.

En el momento de despedirse, don Quijote, de los que estaban en la mesa (que por su mal creyó Tabla Redonda) el carabinero le ofreció un ramo de hortalizas, cosa fina, que en el centro había, el cual prometió aquel entregar á su amada Dulcinea caso de que esta señora se hallase en Madrid como era de suponer tratándose de fiestas en honor de su caballero andante. Sin aguardar, pues, la siesta apetecida y una vez Sancho hubo llenado la cartera de mendrugos de pan lanzáronse nuevamente al camino los dos aventureros, después de pagar ocho reales en dos monedas de á peseta por derechos de cuadra.

Y aconteció que, no habiendo aun traspasado el umbral, oyeron voces como de persona indignada. Era el mozo de las caballerizas que les gritaba desaforadamente:

—Eh, eh! señores, vengan acá, que las dos son sevillanas!

Pero nuestro enramado don Quijote, que iba detrás de su escudero, malpensando en eso de las sevillanas que él creyó mujeres que le ofrecían para alguna aventura deshonesta, no hizo caso de los gritos y en-



tonces el engañado mozo dirigiéndole el chorro de agua que despedía una manga de riego, le puso hecho una sopa. Lo cual no inmutó al hidalgo, mas bien le obligó á decir:

—¿Lo ves, Sancho amigo? Adornarme yo con flores y caer el benéfico rocío sobre mí, todo ha sido una misma cosa. ¿Qué piensas desto y de mis futuras aventuras en la villa del oso?

—Que eso será llover sobre mojado!—

respondió en tono de chanza
su escudero Sancho Panza.

CAPÍTULO V

Del gracioso razonamiento que pasó entre don Quijote y Sancho Panza, con la extraordinaria aventura de los pozos artesianos

—Ya sé yo bien, iba diciendo don Quijote, que no son caballeros completos los caballeros sin dama; mas no me placen á mí sevillanas, que madrileñas las quiero, y tengo fe que en llegando á la villa y corte he de hallar mi media naranja por poco que me valga Cristo. Lo que siento, pero mucho, es que tú, querido Panza no opines como yo.

—Si dije ofensa fué por bien, respondió Sancho; pero con todo y á pesar de lo que digo, digo más y digo que mejor que esos malditos chorizos que acabamos de catar, me pica la curiosidad de los sucesos que se avecinan, y que ya quisiérade yo hallarme en esa ínsula llamada Madrid de que hablaba aquel señor caballero de la Tabla Redonda, por ver si sacamos algunos *centenes* de ese Centenario que dicen se va á celebrar y que así me pelen si entiendo lo que va á ser. Mas yo creo que debemos de asistir solo como á meros *curiosos* aunque *impertinentes,* que si vuestra merced se emperra en proseguir hazañas como hasta hoy, temo que nuestra presencia en los Madriles va á encarecer las hortalizas.

—Ten presente respecto á esto que dices de las hortalizas que jamás han faltado dellas donde ha habido un caballero andante digno de así llamarse. ¿Qué son, pues, mis pensamientos y esperanzas, mi amor y mi ilusión sino constante verdura?

—Es que, de entre los capitalistas (que así creo deben llamarse los que habitan las capitales) son en gran número los vegetarianos y los hay muy chun-

gueros y no serán malas zanahorias las que nos preparan.

—Demasiada prudencia, rayana en cobardía, le llamo yo á eso, replicó don Quijote; y si otros caballeros en similares trances faltaron á su orden excusando su presencia en el peligro, yo sé decirte que no debes compararme á mí con ninguno dellos pues no me parezco á nadie.

—Bien es cierto lo que acaba de afirmar. Más, sí hay quien se asemeja á vuestra merced aunque solo sea en una cosa.

—¿Y quién es ese, al cual tú supones semejanza en mí, gran mentecato?

—Ese tal es Dios, Nuestro Señor.

—¿Y en qué se parece á mí el Todopoderoso? ¿En su gran poder?

—No, señor. Se parece Dios á vuestra merced en que *es uno solo y verdadero.*

En estos coloquios iban don Quijote y su acompañante, cuando el primero vió, en unos terrenos cercados con espino artificial, un bulto extraño, largo y estrecho que avivó su andante curiosidad. Eran una docena ó más de tubos cilíndricos, material destinado á unos pozos artesianos que allí se abrían y estaban colocados á lo largo, uno junto á otro, formando como una gran cañería.



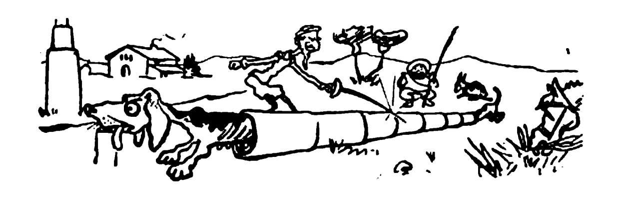
Y aconteció que, al acercarse don Quijote á dicho sitio, se asustaron tanto unos perritos, que empezando á ladrar se les ocurrió internarse en la tubería por su parte más angosta, corriéndose el primero que había entrado y sacando la cabeza por la opuesta abertura, y quedando el otro (que por ser mayor no pudo

acabar de entrar por el agujero) en tan extraña posición que más parecía el conjunto un raro animal antidiluviano que lo que en realidad era, y que en verdad no hubiera llamado la atención de otra persona que no hubiese sido andante caballero.

Don Quijote, cuya indumentaria chorreaba aún por los cuatro puntos cardinales, después de espolvorearse un rato como los perros cuando salen del agua, y al verse ante aquel magaterio en caricatura, bajóse del rocín, embrazó la adarga, requirió la espada, y tirando el ramo de hortalizas por los suelos, fuese derecho al pretendido dragón con ánimo de hacer una carnicería.

Sancho, que se había quedado á corta distancia, observó atentamente cuanto ocurría y rióse en grande al ver á su señor queriendo dar estocadas en la cabeza del primer perro, y á este, que no cesaba de aullar, escondiéndose en el fondo de la cañería y volviendo á aparecer nuevamente.

—¡Tú fenecerás, mala brivia!—gritaba don Quijote. Y por más lanzadas y golpes que arremetía á los tubos que él creía fragmentos de gigantesca culebra, los perritos—que por más señas eran de los llamados falderos—no cesaban de ladrar, por cierto que el que



tenía la cabeza dentro del tubo lo hacía tan lastimosamente y sus ladridos resonaban con tan lúgubre expresión que don Quijote no pudo menos de exclamar:

—Seguro estoy, mi fiel escudero, que esta va á ser la más extraordinaria de las aventuras que ocurrírsele pueden á un desventurado andante, y que al hablar della mis historiadores van á ir á citas con las más famosas del mundo, y con menosprecio de aquella

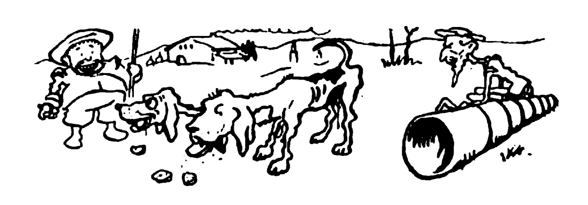
célebre *Serpiente de fuego* dominada por el gran Cirongilio de Tracia.

Y en tanto decía de este modo no paraba de lanzar estocadas sin ton ni són y con tal fuerza que nuestro hombre llegó á sudar la tonelada por los poros, tanto que de estas resultas hubiéranle visto mojado de pies á cabeza si antes no hubiese cuidado de esto la manga de riego de la venta de marras.

Por fin Sancho, á quien de tanto reirse la barriga se le movía como un fuelle, sacó los mendrugos de la cartera y echando un puñado de ellos á los perros, dijo:

—Fíjese vuestra merced, como se amansan las brivias de fuego.

Efectivamente, montado que estuvo otra vez don Quijote en su Rocinante, vió con estupefacción como, saliendo los dos falderos de su extraña madriguera, comían tranquilamente los trozos de pan que en el suelo había, y como aun después se acercaban á Sancho con tal mansedumbre y coleando con tal contento que el hidalgo, prosiguiendo la interrumpida marcha, tuvo á bien exclamar:



—Harto sé que es mucho poder el de los encantamientos, mas no creyera que á tanto llegasen, mi valeroso amigo. Si así fueses caballero como eres fiel servidor, hoy te habríades ganado el título de Sancho del Culebrón ú otro más sonoro todavía.

—No ambiciono yo homenajes ni fanfarrias—respondió Sancho. Más bien prefiero aventuras como la del recaudador, en las que se ganan carteras y no títulos.

—Sígueme, pues, amigo Sancho, y no te deje de mano tu buena estrella que no hay ventura en el uni-

verso como la de los escuderos estrellados. Y si tus futuros actos de valerosa abnegación son á imagen y semejanza de los míos en llegando á la ínsula central que por nombre ha Madrid, no han de faltarte carteras, pues tengo para mí que hasta los mismos ministros te han de rendir las suyas.

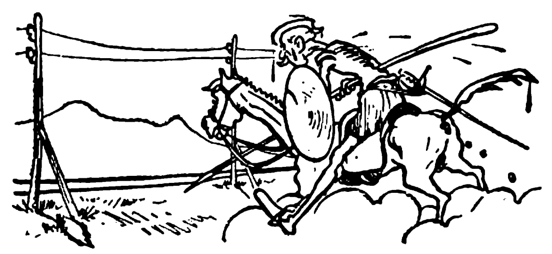
—*Amén* y así sea—replicó Sancho. Pero, agora lo que más priesa trae es que lleguemos á poblado, que ya la noche se nos va á echar encima y vuestra merced, con la humedad que lleva en la espalda y la añadidura del sudor, va á pillar el gran reuma si no se seca la ropa prontamente.

CAPÍTULO VI

Que trata de la singular aventura del telégrafo, y de las estupendas razones que sostuvo don Quijote con su escudero Sancho Panza.

Mas, como viese don Quijote á guisa de gigantescos espárragos unos postes telegráficos que se alzaban á lo lejos, junto á la línea del ferrocarril, quiso saber lo que aquello significaba y hacia allí emprendió veloz carrera.

Asombróse el hombre al mirar aquella hilera interminable de altas columnas qne se perdían en el horizonte donde empezaba á destacarse la silueta de Argamasilla de Alba, y al levantar la vista y ver los alambres transmisores del pensamiento, se le antojó todo aquel armatoste un gran tendedor para la ropa, y exclamó:



—En esta población debe de hacerse mucha colada. Observa sino, Sancho amigo, el inmenso espacio que ocupan para colgar su ropa limpia. ¡Cuántos pares de calzoncillos no son precisos para llenarlo!

—Mire no se engañe vuestra merced,—replicó Sancho—que hay huevos que parecen de gallina y no lo

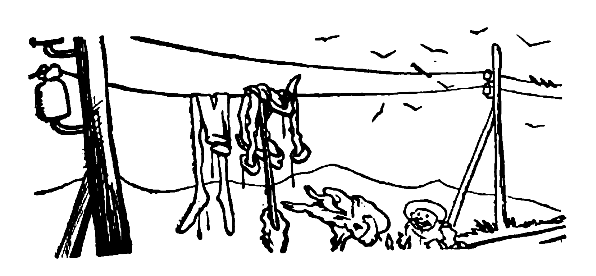
son; y muy bien podría acontecer que estos no fueran tendedores de ropa aunque lo pareciesen.

—De necios es negar lo que á la vista salta; mas yo que siempre pruebo con fechos irrecusables lo que mi boca afirma, voy á enseñarte á la luz del feneciente sol que nos alumbra como esto son tendedores y no huevos de gallina.

Y en esto, apeado que se hubo nuestro famoso hidalgo, empezó á desnudarse con tal presteza que el pobre de Sancho no tuvo tiempo de impedirlo, por más que no cesara de gritarle:

—¡Por Dios y por su madre, señor don Quijote! ¿Qué va á ser de su preciada salud si pone vuestra merced su sudorosa piel á la intemperie? Ya se secará en el fuego, al calor de la lumbre y muy pronto. Que mire bien que esto no son ni pueden ser tendedores para secar prendas; que están muy altos y en este país no se crían ya desaforados gigantes como aquel Briareo de los Molinos de viento que aun le duele sin duda el recordar.

Mas, don Quijote, no queriendo escuchar lo que él llamaba vanas razones de cobardes, á medida que se desnudaba de medio cuerpo para arriba fué colgando las piezas en los alambres del telégrafo, subido de pie



en su Rocinante y valiéndose de la lanza que hizo las vece de percha á maravilla.

Y como el sol poniente pegase aun de lleno en los hilos, sucedió que la ropa empezó á secarse rápidamente lo cual observado por el de la Triste Figura le movió á objetar de esta suerte:

—Por algo dije yo que esto era lo que es. ¿No estás viendo tu ceguedad delante de la luz misma?

—Pero es que aun viéndolo no lo creo, replicaba Sancho; que podría vuestra merced tender su camisolín de invierno en veletas de campanarios, y para mí no fueran tendedores sino veletas. Mejor creo, por ajustarse más á la razón (que Dios me la tenga en conserva) que esos alambres ó cuerdas de esparto (que de aquí no llego á distinguir bien) son maromas donde deben de ejercitarse adiestrados volatineros.

—Bien contradicho está, señor escudero andante— exclamó algo picado don Quijote. Pero así como yo creo una cosa y en afirmalla la pruebo, justo es que exija de tí lo mismo; y puesto que tu dices ser maroma lo que es tendedor, vas á probármelo en el acto.

—Cómo, señor?

—Ejercitando de volatín encima della.

—No haré tal, voto á San Dimas, contestó el escudero; que no me dió Naturaleza bastante agilidad para emprender ese oficio para el cual precisa gran flaquedad de carnes. Y á más que no tengo empeño esta vez en proballe á vuestra merced lo dicho; y más prefiero dejalle por convencer y quedarme en la dudosa informalidad, que convencelle y romperme algo en la segura caída.



Pero tanto dijo, clamó y exijió don Quijote, y fueron tales sus amenazas que el infeliz determinóse á obedecerle, y encaramándose por uno de los postes telegráficos con un gracioso movimiento de brazos y piernas, subióse á lo más alto con ánimo de encomen-

darse á la voluntad del Señor más que al equilibrio de su voluminoso físico.

Don Quijote, desde abajo, le miraba sonriente y con los brazos francamente abiertos como esperando su irremisible caída; y ya iba Sancho á santiguarse cuando, después de descansar un instante en el punto más elevado del poste, observó con sorpresa la venida de un tren de mercancías que acababa de salir de la estación de Argamasilla de Alba é iba á pasar por aquel sitio.

CAPÍTULO VII

Donde se cuenta el extraño y jamás imaginado encuentro que tuvo don Quijote con un tren de carga.

Este contratiempo le vino de perilla y mosca al forzado volatinero para abandonar el puesto, y recojiendo á toda prisa la ropa puesta á secar bajóse de aquel suplicio escurriéndose hasta el suelo con todo el peso que su extraordinaria mole desarrollaba, y al ser abajo dijo con voz entrecortada:

—Señor don Quijote, la emoción me embarga y no puedo explicarle lo mucho y grande que he presenciado desde ahí arriba. Pero, me temo que vamos á tener aventura de lo lindo á no tardar. ¿Ve vuestra merced ese cuerpo extraño y oscuro que serpentea á lo largo de este camino liso y estrecho que es como una cinta blanca?

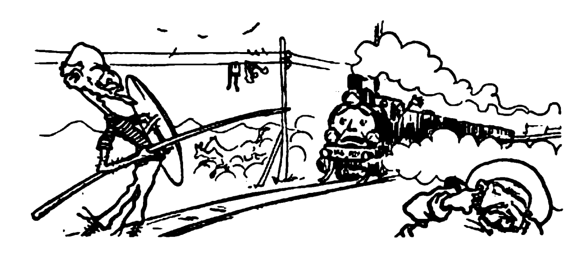
—Sí, lo veo, respondió don Quijote. Y observo también que anda más firme y deprisa que ningún gigante habido. Esto debe de ser algún monstruo de raza caballar; y me lo hace suponer su ondulante y extensa cabellera de negras crines que parece una gran humareda del Infierno.

—Frescos estamos, y más que nadie vuestra merced que anda todavía en camiseta. Abríguese como pueda antes que todo, que á mi entender la decencia no priva la caballerosidad y no creo digno el recibir así á un tan gran personaje como el Caballo Infernal que se aproxima.

—Déjate de cumplimientos, Sancho—clamaba don Quijote.—No hay tiempo que regatear y no hay razón tampoco para tanto. Dáme la lanza, tén cuenta de Ro-

cinante, y aprêstate á ver la gran mandanga que se armará aquí dentro muy breve.

Hízolo así su escudero, y no había aun picado de espuelas á su rucio, cuando la máquina del tren que se acercaba dió un estridente silbido que hizo encabritar á las pobres bestias, y casi á los que no lo eran.



Nuestro hidalgo vió en aquello la señal de ataque y colocándose en mitad de la vía por la cual llegaba vertiginosamente el tren de carga, aguardó serenamente al caballo... del porvenir de otros tiempos en que no se conocían *ampères* ni *trolleys* y que á él se le antojó de endemoniada raza.

El maquinista, que afortunadamente advirtió á tiempo la temeraria imprudencia del manchego ilustre, frenó con rapidez, y el convoy pudo parar á regular distancia; lo cual dió mayor coraje á don Quijote, quien sin parar de estornudar, y apretando la lanza en el ristre embistió con tal denuedo á la locomotora, que un gran farol que ésta llevaba en el bordillo delantero quedó hecho trizas en un decir Mahoma.

El fogonero y demás empleados bajáronse de sus respectivas plataformas y recriminaron con palabras gruesas al autor de la avería y promovedor del escándalo, instándole á que dejara el paso libre y tratándole de loco rematado.

Mas, no se rindió don Quijote ante estas razones, que poniendo á raya á toda aquella gente y amenazando con pasar de filo al mismo Dios que se acercara exclamó más finchado que nunca de esta suerte:

—Deteneos, quien quiera que seáis, hijos bartardos deste acerado caballo gigantesco. Dadme cuenta de

quien sois y adónde vais, que ya la noche llega y se me hace tarde el vengar tuertos.

Y ante la inutilidad de todo cuanto á buenas y á malas le dijeron los empleados del tren, ya estaba el maquinista á punto de atropellarle á sabiendas, cuando se le ocurrió una graciosa idea que ejecutó en seguida y con el mayor éxito: Hizo salir vapor y más vapor de agua por los grifos de escape que en la parte inferior de la caldera había, y en medio minuto quedó don Quijote envuelto en una como densísima niebla blanca y húmeda, la cual quedó en suspenso, flotando á ras de tierra gracias al poco aire que hacía.

Sancho, que observó esta última maniobra, pasmóse de tal modo que estuvo un rato sin saber qué partido ni qué cartas tomar en el espeso asunto, hasta que por fin acudió en ayuda de su amo, pero tarde, pues la estratagema del maquinista hizo que los mo-



zos del convoy se acercaran al hidalgo y le molieran impunemente á palos sin ser vistos por él y hasta dar con su cuerpo en el suelo.

Más tarde, cuando el tren se hubo alejado, don Quijote negaba lo de la paliza diciendo conmovido:

—Maravillado más que dolido salí deste suceso que acaba de acontecerme. Tu sabes, Sancho, que iba yo, y voy todavía en camiseta y que habíamos hablado del reuma casi seguro... ¡etchém!... que me aguardaba; pues bien, ese caballo acerado del diablo al que logré vencer sin gran esfuerzo, debía estar enterado de este reuma ó constipado mío, y no sé si por arte de encantamiento empezó á darme unos vahos de no sé

qué líquido, tan fuertes y tan espesos que me dejaron toda la piel entumecida y un tan extraño dolor en todo el cuerpo que yo creo que me habrán hecho mucho bien.

—No os lo envidio este bien que vuestra merced dice—exclamó Sancho. Que estos vahos que le dió el Caballo de Acero olían á mal y no á remedio. Y no recuerdo yo con tantos constipados y reumas como mi buena Teresa (que esté en gloria) me curó á fuerza de vahos, que estos fuesen jamás acompañados de molimiento de huesos.

—Tampoco á mí—añadió don Quijote—me había ocurrido nunca lo de agora en los *centenarios* de vahos que me lleva dados mi sobrina (que en paz descanse), pero el no haber sido no es razón del no ser; y tenlo esto muy presente, que los tiempos cambian y las maneras de curar también.

—Posible es lo que vuestra merced dice,—replicó Sancho—que para esto ha leído más que yo, y podrá muy bien ser que agora se estilen vahos con masage ó *bastonage,* así como hemos visto á los Maeses Nicolases dar de jabón con broche, ó brocha, ó qué me sé yo. Pero, la verdad, quédense estas novedades para los caballeros de este siglo, y que me dejen á mí tomar los vahos en olla que no en mónstruos de raza caballar.

Y al decir esto iba ayudando á don Quijote en su faena de vestirse, cuando, avisado por teléfono desde la próxima estación, el Jefe de Argamasilla seguido de algunos operarios se personó inmediatamente en el lugar de la aventura para estudiar la avería y detener á los causantes.

Al ver á nuestro caballero andante, el celoso empleado, hombre de perfectos modales y cervantófilo hasta la médula, experimentó una grandísima emoción que le privó del habla y del gesto unos minutos. No sabía que hacer, si dejarles escapar ó detenerles como era su obligación, hasta que, al fin, se decidió por esto último, disponiendo que los dos *prójimos* fuesen conducidos al edificio de la Estación de Argamasilla.

Don Quijote, que se había fijado en los galones que el Jefe llevaba en la gorra de uniforme, creyendo

que se le invitaba á posar en algún castillo propiedad de un duque ó algo parecido, aceptó con muestras de gran contentamiento y le siguió sin objeción alguna.



Cuatro peones cuidaron de acompañar á la pareja aventurera, y durante el transcurso de este via-crucis no se oyó más que la voz baja del Jefe de Estación que iba diciendo, sin salirse de su atolondramiento:

—La misma estampa... Sí, sí. Buena fuera esa... ¿Si habrá resucitado don Quijote?... ¡Qué honor para la familia, si resultase cierto!

CAPÍTULO VIII

De lo que avino á don Quijote en Argamasilla de Alba, con otras muchas cosas dignas de ser contadas.

Perplejo ante la magnitud del acontecimiento que significaba la resurrección de don Quijote, el Jefe de Estación no sabía como resolver el conflicto que sobrevenía con la oficial identificación de tan interesantes personajes; más, después de mucho meditar, creyó conveniente convocar á una reunión de autoridades la cual dió por resultado la expedición del siguiente telegrama:

«Alcalde Argamasilla á Ministro Gobernación.—Madrid.—Comunico V. E. resurrección don Quijote detenido en esta. Peritos dicen ser auténtico. Espero órdenes.»

Como es natural no tardó en recibirse la contestación que vino expresada en estos términos:

«Ministro Gobernación á Alcalde Argamasilla.—Enterado resurrección don Quijote. Procure facturarle expreso mañana. Gastos cargo Gobierno.»

Inútil decir que tanto el Jefe de Estación como su familia no pegaron los ojos en toda la noche, ocupados en atender solícitamente á los dos manchegos; lo cual don Quijote agradeció en el alma no tanto por lo que á él se refería como por lo que tocaba á su escudero Sancho que no podía ya valerse de puro cansado y soñoliento. La señora y la hija del atolondrado jefe sirvieron á sus ilustres huéspedes una frugal cena, que á pesar de todo fué abundante, y no poco, en galanterías y chicoleos, pues durante la sobremesa se departió amigablemente, sacándose á colación las gracias de Sancho y el valor de su amo, y hablándose

también del Centenario y del viaje que iban á emprender á Madrid.



El padre, con un ejemplar del «Quijote» delante del plato no hacía sino comparar los tipos descritos por Cervantes con los de las personas que tenía el honor de sentar en su mesa.

La niña, aunque algo ruborosa, se atrevió á decir que á ella le gustaban mucho los hombres románticos y que la señorita Dulcinea debía haberse sentido muy dichosa de tener un novio tan simpático como don Quijote. A lo cual este sonreía y nada más, pues, aunque mediaran tres siglos desde la muerte de la del Toboso, no quería manchar el recuerdo de sus castos amores y menos teniendo la convicción de que su dueña le esperaba en Madrid, y á quien debería de dar cuenta de sus hechos y voluntades.

Unos minutos después Sancho roncaba ya como un bendito, echado, sin desnudarse siquiera, sobre una alta y mullida cama formada por seis colchones lo menos, y soñando sin duda en aquella terrible noche de los batanes.

Don Quijote no quiso acostarse si no lo hacía antes el *amo del castillo,* y como este no podía hacerlo por deberes de servicio, sucedió que uno y otro estuvieron velando toda la noche.

—Así como así—decía el hidalgo—acostumbrado está mi cuerpo á esas desazones. Tantas noches me han tenido ya en vilo que el dormir no acomoda á mi naturaleza. Prueba dello es que la última vez que cogí el sueño fuí encantado por Endimión de tal suerte que he estado durmiendo trescientos años según dicen.

—Esto es cierto, á lo que se vé, pero advierta vuestra merced que está en su casa y no se gastan en ella cumplidos—replicaba el Jefe de Estación no parando de consultar ediciones del «Quijote» y convenciéndose cada vez más de la autenticidad de nuestro hombre.

—De todos modos—prosiguió don Quijote—además de ser yo gran madrugador, recuerdo bien lo dicho por vos de que el tren (que por mi mal creí endiablado mónstruo de raza caballar) pasará á recojernos muy de mañana, cuando apenas el rubi...

—...*rubicundo Apolo haya tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos*...—interrumpió el otro en tono declamatorio y como queriéndole dar á entender que conocía sus primicias oratorias. Lo cual agradó tanto al caballero que tomó gusto en aquella conversación salpicada de ingenio y amenizada de cuando en cuando con copitas de cognac y puros de á quince.

Así estaban cuando avisaron desde la próxima estación dando la salida á un tren; el Jefe se levantó de su asiento para contestar el telegrama; maniobró el aparato, sonaron timbres, el parte quedó extendido con perfecta exactitud; y don Quijote que miraba y oía todo aquello con asombro extraordinario, aprove-



chando un descuido de aquel, empezó á darle vueltas á la manecilla señalando letras á la buena de Dios y con tanto corage que no tardaron en volver á sonar los timbres y esta vez desesperadamante. Eran los jefes que daban señal de alarma, pues por poco se produce un choque serio de resultas del chiste.

El empleado excusó el temerario hecho del señor aventurero y en pago ó castigo de haber metido la

pata, exigió de él la relación completa de sus modernas aventuras en lo que no se hizo de rogar don Quijote; y así pasaron hasta las cinco de la madrugada, hora en que dispertaron á Sancho para que tomase un vaso de leche y se preparase para la partida que debía efectuarse á las seis y media.

Con solo medio minuto de retraso llegó el exprés á Argamasilla. Las gentes del pueblo, enteradas del descubrimiento y salida de don Quijote, acudieron en masa á despedirle llenando el andén y parte de los alrededores de la Estación.

La familia del Jefe acompañó á los viajeros hasta el coche, que era de primera, y como no hubiese lugar especial para Rocinante ni para el asno de Sancho determinaron instalarlos en el mismo departamento.



La hija del empleado lloraba emocionada y puso una flor en el ojal de don Quijote, quien, al arrancar el convoy y saludando á la entusiasta concurrencia que le aclamaba, dijo imitando á las artistas italianas cuando se despiden del público:

—*Grazzie tante, signori. ¡Non dico addío, ma sí a rivederci!*

CAPÍTULO IX

Del magnífico recibimiento que se hizo á D. Quijote en Marañón, con la historia de otros aromáticos sucesos.

Silbó la locomotora y arrancó el exprés entre estruendosos vítores.

Don Quijote, con el yelmo en la mano, saludó á todos hasta perderles de vista, y Sancho lo hubiera también hecho á no estar ocupado en apretarle el trasero á su amada bota que había llenado de buen vino la señora del Jefe.

El tren, que iba á su velocidad máxima, atravesaba como una exalación aquella estéril llanura de la Mancha. Don Quijote, asomado á la ventanilla, al ver tanta desolación en aquellos campos decía apesadumbrado á su escudero:

—Fíjate, buen Sancho: si esto que es el corazón de España está así ¿que serán las extremidades?... En otros tiempos era esto muy floreciente pues yo lo llenaba todo con mis extraordinarios fechos y célebres hazañas. Estuve della ausente largo tiempo y hoy que la veo de paso para las grandes aventuras que nos esperan, mira tú cuán triste y desolada la encuentro!...

—Razón le sobra á vuestra merced, replicó Sancho. *¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!*

Después de tales consideraciones y mientras este se rellanaba cómodamente en su encojinado asiento, sacó el hidalgo un número de «Alrededor de Ambos Mundos» que le había regalado la *fermosa Flor de Malva* título que daría en adelante á la hija del Jefe de aquella Estación que por su bien creyó castillo.

Empezó á leer dicha ilustrada revista que no era sino una de esas adocenadas enciclopedias semanales

que en forma homeopática lo explican todo sin profundizar nada, y por ella se enteró suscintamente de cuánto se necesita saber para que á uno no le tomen por analfabeto en poblaciones donde hay Obispado y Audiencia Territorial.

Con algo de lo que había en los papeles y mucho de lo que su imaginación añadía llegó á sacar de aquellas lecturas así como una experiencia á gran velocidad de la moderna vida social, política, científica y muchos etcéteras, experiencia que iba tomando tan en serio como la que sacó en sus buenos tiempos de las locas aventuras de sus caballerescos libros.

Y ensimismado en la lectura estaba cuando el convoy paró en Marañón, donde no acostumbraba á detenerse el exprés, pero que aquel día lo hizo en honor al viajero y para regocijo de los vecinos que acudieron como un solo hombre á su paso, al enterarse del fausto acontecimiento, repitiéndose aquí las aclamaciones y los aplausos.

Una comisión presidida por el alcalde se acercó al coche y saludó á los recién llegados invitándoles á un pequeño *lunch* ó *five ó clock... matinée* que les tenían preparado en la sala de equipajes de la misma estación.



Don Quijote agradeció el obsequió diciendo:

—Estimo en mucho vuestra jamás desmentida hidalguía, ilustres hijos de Marañón. Y para evitar *marañas* nos apearemos un momento; así tendréis el honor de alternar con la andante caballería. Pero, por lo que á mí toca, os digo que no bajaré yo á comer, sino á todo lo contrario.

Al oir la indirecta dos alguaciles le acompañaron al *jardín* no siguiéndole en esta diligencia Sancho Panza porque no lo necesitaba; y aceptando en cambio el convite en el cual recibió muchos cumplidos y agasajos de la gran muchedumbre que llenaba el local: se zampó una porción de *sandwichs*, rociándolos con tinto *first clars*, y después de despedirse de toda aquella buena gente salió en busca de su amo. Azorado le llamaba á voz en grito corriendo de un lado para otro del anden y á su vez relinchaban también desesperadamente las dos caballerías desde el coche, todo por miedo de perder á don Quijote, quien saliendo tranquilamente del *watter-closet*, exclamó enojado y dirigiéndose á su escudero:



—*¡Cual gritan esos malditos!...* ¿Y cómo no sabías tú dónde me hallaba? Hubiésente enseñado las letras sino las armas, que mucho es ambas cosas para un hombre solo como á mí me ocurre, y no fuera un caos tu entendimiento. ¿Es decir que ignorabas el domicilio residencial de mi orden de caballería?

—Y aun creo quedarme á oscuras si vuestra merced no me hace luz en este asunto, replicó Sancho.

—Pues si supiérades algo más que emborronar tu firma—añadió don Quijote señalando la puerta del retrete—habríades visto que este letrero dice CABALLEROS; y hubiérades razonado bien al pensar que aquí estaría yo que soy la flor y nata de los que poseen tan armonioso título. Y este número 100 que encima se lee, á lo que yo infiero, no supone la existencia de cien caballeros más ó menos andantes como parece significar; más bien entiendo yo que quiere

decir que los aquí se cobijan son y deben de ser *cien* veces caballeros por lo menos.

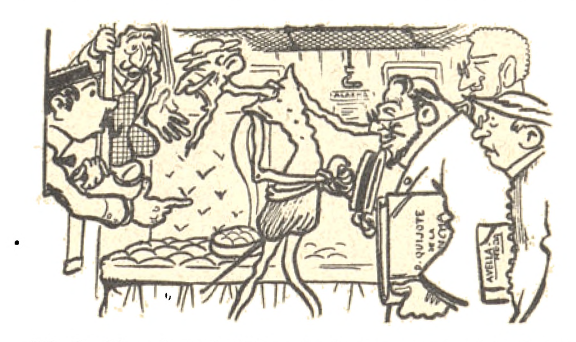


Esto dicho, y una vez salido Sancho de su asombro, subieron nuevamente al coche, acosados por las impertinentes miradas de los pasajeros; y á los dos minutos volvía á estar en marcha el tren, que no parecía ya tan *caballo de acero* á don Quijote.

CAPÍTULO X

De cosas sucedidas á don Quijote con motivo de su identificación llevado á cabo por los cervantistas madrileños.

Temeroso don Quijote de que en Alcázar fuera á repetirse el jaleo de entusiasmo hacia su graciosa personilla, rogó á Sancho se asomase para, en caso de divisar banderas, arcos de triunfo ú otras zarandajas, bajara las cortinillas con objeto de esquivar toda clase de manifestación popular. Mas no le valió la estratagema, que en cuanto paró el tren empezaron á sonar clarines, y el batir de palmas no cesó en diez minutos. Las autoridades, después de sufrir un horrible estrujamiento llegaron al estribo del vagon y pudieron entregar al viajero un modesto mensaje de simpatía.



El alcalde, abrazándole efusivamente le felicitaba por el buen acierto de haber resucitado en época de su centenario; cuando unos señores bastante bien

trajeados, haciéndose paso por entre el apiñado gentío, dando codazos y atropellándolo todo, se colaron dentro del coche en tan mala forma que más parecían salteadores de caminos que personas de respectabilidad. Ante un asalto tan brusco, don Quijote sacó su espada y embrazando la adarga exclamó indignado:

—¿Qué atrevimiento es este, señores encopetados?... ¿De qué ralea procedéis ó en qué país sois nacidos que habéis costumbre de entrar en casa agena de este modo?

—Dispense Vd. señor don Quijote, dijo uno con cara de policía y que lo era efectivamente. Traemos una delicada misión que el gobierno nos ha confiado. Acabamos de llegar en tren especial con objeto de prepararle á Vd. para su llegada á Madrid, que va á ser *de buten* si no me engaño. Yo le aseguro á Vd. veinte salidas al balcón. Van Vdes. á hacer más furor que el *Cónsul*, que *Borrás* y que la *Chelito*. Estos señores que conmigo vienen son cervantistas ilustres que desean hacer de usted un concienzudo estudio para su identificación oficial. Perdone Vd. la desconfianza, pero tenga en cuenta nuestra responsabilidad. Si luego nos resultara Vd. un *Quijote Plimsault*.. figúrese qué plancha para el Estado que es quien paga el gasto... ¡Crisis total y reclamación diplomática en puerta!...

Inútil decir que nuestro caballero andante no entendió una palabra de todo esto. Asombrado á más no poder al observar que el tren partía y los malandrines se quedaban, envainó nuevamente la espada, colocó la adarga bajo su asiento y aguardó los acontecimientos que fueron tan graciosos como inesperados.

La comisión de cervantistas que por encargo del gobierno iba á verificar la identificación de don Quijote, la formaban los señores Villegas, Mainez, Sbarbi y Menéndez Pelayo acompañando á éstos en carácter de supernumerarios con voto el doctor Thebussem (que aunque reside comunmente en Medina Sidonia se hallaba en Madrid por aquellas fechas), el señor Royo y Villanova, de Zaragoza, y el Jefe del Gabinete Antropométrico de la Cárcel Modelo.

Después de saludarle á coro, sin que ninguno se atreviese á tenderle la mano, adelantóse con gran

cortesía y parsimonia D. Marcelino y en nombre de todos le habló de esta manera:

—Presunto don Quijote: El delicado trabajo que vamos á comenzar impone un pasivo esfuerzo por parte de vuestra merced, por lo cual le agradeceremos permanezca unos minutos lo más quieto y lo más callado posible.

Hízolo así don Quijote, y no parecía sino que le iban á magnetizar en medio de un encantamiento no comparable con ningún otro, cuando los de la comisión empezaron á sacar instrumentos, libros y papeles de unas grandes maletas que traían. Repartiéronse cuartillas y empezó la identificación con una seriedad tal que Sancho no podía tenerse en pie de tanta risa como le daba.



El profesor de antropometría cogió un compás de Broca y un goniómetro facial y empezó á medir la cabeza del viajero y á cantar números, mientras Sbarbi leía los primeros párrafos del *Quijote* donde se describe la característica de su físico; aquí Royo y Villanova le fotografiaba un miembro por medio de los Rayos X; más allá Villegas tomaba un apunte y Mainez lo cotejaba con las figuras de Gustavo Doré, de Jiménez Aranda y de Moreno Turbio.

A este ímprobo trabajo sucedió una empeñada discusión en la que metió también la pata el policía, diciendo:

—Fíjense Vdes., sobre todo, en el acento; por él conocerán si es legítimo manchego; no vaya á resultarnos de industria catalana.

Pero el caso era que al planteamiento del dilema *¿Este sujeto es ó no es don Quijote de la Mancha?* nin-

guno de los presentes se atrevía á contestar categóricamente. A la legua se veía que el ángulo facial no bajaba de 85º tal como había profetizado el *zaragozano* Royo, pero en tocante al tamaño de las orejas y á la protuberancia frontal ya desaparecía la unanimidad.

Por su parte el Jefe de la Cárcel Modelo afirmaba que en una pequeña desviación de la nariz, algo torcida hacia la derecha, más que en las deformidades craneales se descubrían los signos patognómicos del delito igualmente comunes en los vagabundos y criminales de hoy que si no abren cabezas á vizcaínos y no se llaman caballeros andantes, son gente asimismo maleante y perdida como Aldije *(el Francés)* ó como Mamed Casanova.

Esta comparación indignó mucho á los cervantistas que, naturalmente, no veían ó no querían ver en don Quijote ningún estigma de inferioridad física ni de debilidad moral; y apoyaban sus argumentos y razones en la misma ciencia experimental que les demostraba que el sujeto en cuestión, aunque propenso á la neurastenia (que no es hoy defecto por ser mal de moda) no era ni había sido jamás microcéfalo, braquicéfalo, dolicocéfalo, acrocéfalo, oxicéfalo, ni plagiocéfalo.

Al oir nombrar estos países, el pobre de don Quijote no pudo resistir más y exclamó apoyando la cabeza entre ambas manos:

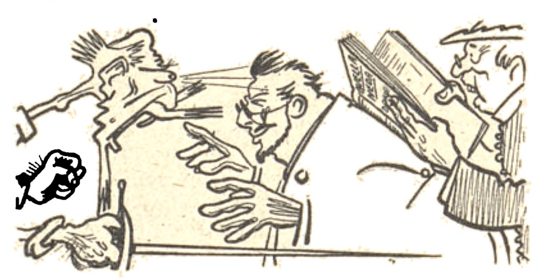
—Decidme, señores encopetados: ¿Sois buenos ó malos encantadores? Que ya yo creo he de haber sido encantado por todo el tiempo que me resta de vivir, y no sé si las voces que escucho son de genios maléficos, ó soy yo que me oigo á mí mismo, pues ya no sé lo que me hago ni lo que me digo, tanto, que he acabado por perder mi carta de navegar.

—No haga caso, vuestra merced, de esto de la carta perdida—interrumpió el doctor Thebussem—y tenga muy presente que *muchas de las cartas, si se pierden, es que se deben de perder*. Lo que precisa aquí es que nos revele su verdadera naturaleza, confesando ingénuamente si es ó no el auténtico don Quijote, que nadie mejor que vuestra merced debe saberlo. Nosotros creemos todos que sí, pero no nos basta lo averiguado

hasta ahora; nos conviene una prueba contundente, necesitamos más luz.

Entonces Sbarbi, (que es el cura más s... *barbián* que se ha criado en Andalucía) encendió una cerilla como para hacer el chiste del *alumbramiento* y dijo en voz baja á sus compañeros:

—Vamos á hacer una última prueba. Venga el *Quijote* de Avellaneda.



Y ahí fué Troya. Cojer el notable cervantista un ejemplar de esta obra, empezarle á leer en alta voz y ponerse don Quijote hecho una furia fué todo uno. Tal fué el efecto producido por la lectura de aquellas falsas aventuras ignominiosamente atribuidas al ingenioso hidalgo que, lo mismo que un gato electrizado, con los ojos fuera de sus órbitas y las manos crispadas comenzó á dar saltos y trompazos con tal exaltación, y renegando tan desaforadamente que el policía tuvo que agarrotarle como á un vulgar criminal.

—Ahora sí que es nuestro! Este, este es don Quijote!—exclamaron los cervantistas llenos de júbilo.

Y á todo esto el tren llegaba ya á las puertas de Madrid.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Que trata de la gloriosa y triunfal entrada que tuvo don Quijote en la villa y corte de Madrid.

El primer periódico qne dió la estupenda noticia fué *El Heraldo de Madrid*. Frente al salón de la calle de Alcalá se estacionó numeroso gentío que obstruía por completo la circulación. En uno de los transparentes leíase: «Don Quijote ha resucitado. Llegará mañana en el expreso de las 10'35 (Estación del Mediodía).»

Durante toda la noche y parte de la madrugada Madrid parecía hallarse en vísperas de un glorioso suceso. Todo eran cabildeos y visitas, haciéndose grandes preparativos para que el recibimiento revistiera todos los caracteres de una manifestación nacional jamás hecha por nadie, ni á nadie.

A las ocho de la mañana se hallaban poco menos que intransitables las inmediaciones de la Estación. Por las calles de Atocha y Santa Isabel no se podía dar materialmente un paso, tal era la afluencia de gente.

Nadie sabía á punto fijo el itinerario que la comitiva iba á seguir, por más que en Gobernación se hubiese hecho público y oficial que el hidalgo manchego se hospedaría en el Palacio de Buenavista.

Mucho antes de la llegada del expreso se hallaba reunido en el andén un numeroso concurso en el que

tenían representación todas las clases sociales, desde Weyler hasta el más elegante aristócrata.



A la hora que marcaba el itinerario entró en agujas el convoy siendo saludado con un nutrido aplauso cuya repercusión se hizo interminable. Las campanas de todos los templos se echaron al vuelo y una potente salva de cañón fué disparada por un piquete apostado en un solar del paseo de Atocha.

Don Alfonso, que vestía uniforme de general de artillería, fué el primero en saludar á don Quijote el cual recibió la regia bienvenida con la misma mueca de satisfacción con que agradeció el gran recibimiento que se le había dispensado siglos atrás en casa de los duques. En seguida hicieron lo propio el señor Villaverde y los condes de San Luis y de Mejorada, improvisándose allí mismo una especie de recepción, la cual honraron los señores marqués de Pidal y duque de Sexto, por el Senado; Gasset y duque de Tamames, por el Congreso; Suárez de Figueroa y marqués de Tovar, por el Ayuntamiento; el señor Saint Aubin, por el Círculo de Bellas Artes; el conde de Cheste y el señor Cavestany por la Academia; y otras varias personalidades que en este momento sentimos no recordar.

Don Quijote, con las lágrimas en los ojos, efecto de la emoción, se sentía desfallecer y daba las gracias en signos.. *caballísticos,* naturalmente; y Sancho Panza, entre tanto, se entendía con un empleado de la estación para que cuidase de los rocines los cuales, participando sin duda de tan grandiosa ovación, no cesa-

ban de relinchar con la cabeza fuera del coche en que se hallaban todavía.

Poco después se puso en movimiento el concurso, abriendo marcha los maceros del Municipio y algunos lacayos de Palacio, siendo precisos lo menos tres cuartos de hora para salir á fuera de la estación. Una vez logrado esto y al divisar la muchedumbre á don Quijote, repitióse la ovación, más estrepitosamente si cabe; delirantes vivas atronaron el espacio; cien mil pañuelos más ó menos limpios surcaron el aire; infinidad de bandas entonaron al unísono y al horrísono la *Marcha de Cádiz.*

Calmado el pueblo soberano, por fin, don Quijote y su escudero ocuparon un precioso automóvil (debidamente registrado), obsequio del Monarca, y la comitiva, embocando el Paseo del Prado, se dirigió hacia el convento de las Trinitarias. La espaciosa avenida estaba atestada de curiosos de todos sexos y edades. En todas partes se veían colgaduras y gallardetes.

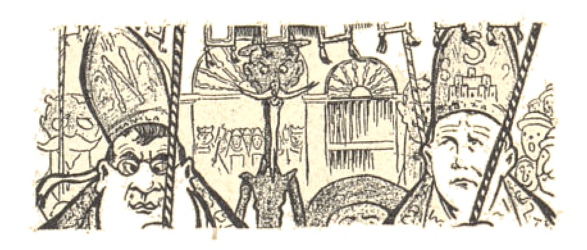


Centenares de muchachos se encaramaban á los árboles; las mujeres levantaban en brazos á los niños para que fijasen su débil atención en el fenómeno que acababa de llegar; de placas fotográficas y de películas para cinematógrafo se impresionaron á millares, y todo un pueblo se estrujaba afanoso de admirar al más ingenioso de los hidalgos.

De nada sirvió el cordón de tropa que fijaba el curso de la comitiva. Mucho antes de llegar al Museo ya los más entusiastas se habían apoderado del arroyo, y el coche fué llevado casi en andas por un grupo de estudiantes.

Mucha parte del público al observar que don Quijote se internaba por la calle de Lope de Vega, entróse á todo correr por la de las Huertas con objeto de adelantar espacio y darle alcance en la misma iglesia, frente á cuya puerta aguardaban el obispo de Sión y el Padre Nozaleda que eran los encargados del *Te-Deum* en honor del ilustre andante.

Don Quijote que, aunque cristiano, no era nada clerical, aceptó la ceremonia religiosa con más cortesía que recogimiento. Apeóse del automóvil y entró en el templo seguido de todo el Cabildo, mientras uno de los cervantistas le recordaba que *el autor de sus días* se hallaba enterrado en aquel sitio. Sancho quería de todas maneras rezar algunas oraciones sobre la tumba de Cervantes, mas como se ignora el punto preciso en que se encuentra, creyó de razón dejarlo para otro día menos bullicioso en que pudiese enderezar un padrenuestro para cada palmo de terreno, única manera de no equivocarse.



Una vez terminado el *Te-Deum*, los egregios huéspedes fueron acompañados bajo palio hasta la esquina de la calle del León donde se detuvo don Quijote para admirar la lápida cervantina que empezó á deletrear con avidez. Y puesta otra vez en marcha, la comitiva se dirigió hacia la plaza de las Cortes pasando por la calle del Prado. Una lluvia de flores caía sobre el co-

che en que iban montados nuevamente los viajeros. Los socios del Ateneo les tributaron una ovación imposible de describir, á la cual contestó don Quijote rindiendo la lanza y alzando la bacía barberil con la mano izquierda.

Los alrededores del ridículo monumento á Cervantes presentaban animado aspecto. Los balcones del palacio propiedad del duque de Villahermosa ostentaban una gran franja de seda con los colores nacionales en la que se leía «¡Viva don Quijote!». Este al hallarse frente la figura del príncipe de los ingenios, reconoció en seguida á D. Miguel y exclamó:

—¡Válgame Cristo, mi padre!

Y subiéndose en una escalera de mano ya de ante ídem preparada, colocó en señal de respeto y lleno de emoción su yelmo en la cabeza de la estátua. En aquel instante el entusiasmo popular llegó al desbordamiento.



Terminada la ceremonia, los maceros iban á embocar la calle del Florín para llegar más pronto á la de Alcalá, cuando de entre el gentío partían voces de ¡por la Puerta del Sol! ¡por la Puerta del Sol! y á las voces sucedieron los empellones y la avalancha de manifestantes empujó á los del automóvil hacia la Carrera de San Jerónimo.

El populacho, al ver que se salía con la suya, empezó á aplaudir y á cantar la *Marsellesa*, cuya melodía no sentaba muy bien á los pneumáticos regios que empezaron á explotar sin consecuencias, pues como el coche iba sin tocar al suelo, no hubo necesidad de remendarle nada.

Serían las doce próximamente cuando don Quijote

y su acompañamiento llegaron á la Puerta del Sol, donde aguardaba un gentío inmenso, producto de todos los arrabales del clásico Madrid. Aquí hubo el disloque. En los balcones de Hacienda y Gobernación había hermosas señoritas que agitaban pañuelos y abanicos... y panderetas. Inútil decir también que los tranvías suspendieron su curso para evitar desgracias. Al entrar la comitiva por la calle de Alcalá, el efecto que producía la manifestación era sorprendente como no hay memoria de ningún otro. La mayoría de los establecimientos estaban adornados, destacando entre ellos el *Café Colonial*, la *Academia de Bellas Artes*, *Fornos*, *La Equitativa*, el *Casino de Madrid*, el *Banco de España* y *el Gabinete de Enfermedades secretas* del doctor Mateos Kock.

Al pasar frente el Salón de *El Heraldo*, don Quijote tuvo el gran honor de estrechar la mano á Morote, aquella misma mano que á su vez había estrechado la de Tolstoi unos meses antes.

Llegaron, por fin, los dos manchegos al Ministerio de la Guerra, y después de atravesar los jardines, fueron recibidos al pie de la escalinata por el general Martitegui, el Gobernador militar, D. Fernando López, y el Director de Carabineros, pasando luego á cumplimentarles los generales Linares, Blanco, López Domínguez, Primo de Rivera y demás jefes y oficiales del Ejército.

Terminada esta lata, alojóse á don Quijote en una magnífica habitación con vistas á la Cibeles, en cuyo balcón tuvo que asomarse catorce veces para apaciguar á las masas, no cesando el clamoreo hasta que Sancho se decidió á lanzar cuatro villanas palabras al viento en nombre de su amo que no podía valerse de afónico y emocionado.

Una vez solos hidalgo y escudero juntáronse en un abrazo largo y efusivo.

—Lo que más siento, dijo don Quijote, es no tener ropa interior para presentarme decente ante la aristocracia deste gran pueblo.

Al oír esto un ordenanza que acertó á pasar por allí interrumpió con gran amabilidad:

—No tema vuestra merced por la muda, ni por cosa que se le ofrezca. Ahí cerca, en la calle de Válgame-

Dios hay unas muchachas, muy guapas por cierto, que hacen y planchan camisas de punto fino.

—¡Que me las traigan!—exclamó don Quijote, refiriéndose á las camisas, naturalmente.

—Y yo quisiera de vuesa merced, añadió Sancho, me la hiciera de llegarse á la Estación del Mediodía donde hallará un asno rucio mío, y en hallándole se servirá mandarle poner en caballeriza, pues es tan medroso que no gusta de estar solo en ninguna parte.

—Descuide, también, Vd. señor de Panza—respondió el interpelado—que en Madrid, donde hay tanto senador, un asno nunca se encuentra solo; y si por acaso no se le halla; no faltarán rucios con que indemnizarle del perdido.

Luego, volviéndose Sancho á don Quijote, exclamó:

—Cierto, señor, que no nos han recibido á són de pitos, sino de palmas; ni han volado hortalizas por los aires, sino ramos de olorosas flores: pero más cierto es aun que ni yo distingo todavía el reinado insular apetecido, ni vuesa merced ha visto aun á su amada Dulcinea...

—Cállate, villano insolente, replicó don Quijote. ¿No acabas de decir sandeces en público, desde lo alto de este balcón?... ¿No te acuerdas de la aventura de Rodrigáñez?... Pues así se empieza á ser ministro; y así has de entendello porque así lo digo, y así lo digo porque así lo sé. Y respecto á lo de si he visto ó nó á mi señora del Toboso, debo decirte que mientes como bellaco que eres. Que á entender tú de castos amores, como no entiendes, hubiérades adivinado que aquella gran dama que bajo palio me aguardaba en las Trinitarias, á quien yo guiñé el ojo disimuladamente, era nada menos que el objeto de mis dorados sueños...

De cuyo disparatado razonamiento se desprendía que don Quijote había tomado al fraile Nozaleda por su amada D.ª Dulcinea del Toboso.

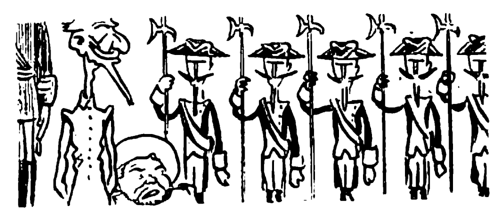
CAPÍTULO II

Donde se da cuenta de la visita que D. Quijote y Sancho Panza hicieron al Palacio Real, con otros variados sucesos y sabrosas pláticas de no escaso interés.

A pesar de su fama de gran madrugador, don Quijote se levantó aquel día á las once dadas, tal era el cansancio que le habían ocasionado los honores y agasajos recibidos.

—De ninguna aventura ha salido vuesa merced tan maltrecho ni tan rendido como desta todo gloria—le decía Sancho cuando, después de tomar una taza de chocolate *Blanco y Negro* con tostada y media, iba cepillando la ropa de su amo á toda prisa.

En los jardines del Palacio de Buenavista aguardaba á los ilustres aventureros la carroza del marqués de Sotomayor; y en ella se dirigían poco después al regio alcázar, en cuyo patio formaban los alabarderos, de los cuales quedó emprendado don Quijote no tanto por su marcialidad y arrogancia como por el aire



de familia que con la suya tenían, gracias á la perilla que los caracteriza y que es distingo también del caballero manchego á pesar de cuanto en contra diga el señor Royo Villanova.

Pasaron revista los expedicionarios á la referida guardia cuyos individuos rendían sus respectivas alabardas al hidalgo, y entraron enseguida á cumplimentar al Rey, el cual departió con ellos amigablemente. Don Quijote, temiendo que Sancho metiese la pata como en cierta ocasión había hecho en casa de los duques, le tiraba de la manga. El Monarca, con gran afabilidad, entraba en conversación con todos, llana y francamente, hablándoles de su próxima boda, tocando una porción de asuntos internacionales de actualidad y acabando por invitarles á una cacería de gansos en el Pardo y á otra de perdices en el *Goloso.*

Ya en este terreno la plática, se entró de lleno á discutir sobre las conveniencias de la caza; y teniendo en cuenta las opiniones de nuestros protagonistas no precisa aquí transcribir lo hablado, antes bien lo mejor será trasladar textualmente el capítulo XXXIV de la segunda parte del *Quijote* auténtico, donde dice:

«—Eso es lo que yo digo, respondió Sancho; que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, á trueco de un gusto, que parece que no lo había de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno.

—Antes os engañais, Sancho, respondió el Duque; porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias, insidias para vencer á su salvo al enemigo; padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables, menoscábase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerzas, agilítanse los miembros del que la usa, y en resolución es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos, y lo mejor que él tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la volatería, que también es sólo para reyes y grandes señores. Así que ¡oh Sancho! mudad de opinión, y cuando seais gobernador, ocupaos en la caza, y veréis cómo os vale un pan por ciento.

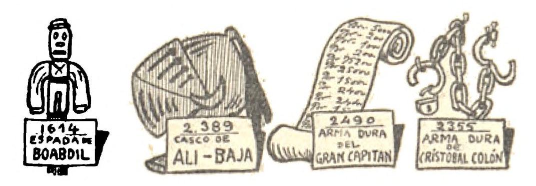
—Eso no, respondió Sancho; el buen gobernador, la pierna quebrada y en casa. ¡Bueno sería que viniesen los negociantes á buscarle, fatigados, y él estuviese en el monte holgándose! ¡Así, enhoramala andaría

el gobierno! Mia fé, señor, la caza y los pasatiempos, más han de ser para los holgazanes que para los gobernadores; en lo que yo pienso entretenerme es en jugar al triunfo envidado, las pascuas y á los bolos, los domingos y fiestas; que esas cazas ni cazos no dicen con mi condición ni hacen con mi conciencia.»

Fueron presentados, después, á las Infantas doña Isabel y D.ª María Teresa y á un gran número de familias emparentadas con la Corte.

Visitaron distintas habitaciones de Palacio y don Quijote se maravillaba ante la riqueza que en tapices, cuadros, espejos, arañas y demás había. Acompañado de los condes de Arellano, San Román, y Torrepalma, del marqués de la Mina y de los señores Codina-Sert y Peris Mencheta, atravesó don Quijote el salón de *Embajadores* y la sala *Gasparini*, admirando, con un palmo de boca abierta, las múltiples obras de arte histórico que encierran aquellos esplendorosos recintos del antiguo alcázar.

Acto continuo el señor conde viudo de Valencia de Don Juan le encaminó hacia la Armería Real situada sobre los jardines del Campo del Moro. Allí pasó mucho tiempo don Quijote examinando armas y arma-



duras, géneros de su especialidad procedentes de Carlos V, y de los Felipes I, II, III... y de todos los Felipes, á excepción del Pérez y González. Asombróse con los arneses y las corazas visigodas, con los acicates, trofeos, adargas, rodelas, escudos y otros utensilios que á la guerra se refieren, los cuales, á pesar de llevar su exacta afiliación se le antojaron al hidalgo preseas de alguna descomunal batalla cuya gloria á él le correspondía por entero.

—Fíjate bien, le decía á Sancho; ¿ves este escudo que trae como un león coronado? Pues es el mismo

de aquél valeroso Laurcalco; y aquel otro de las armas juraría que es el de su contrincante Micocolembo, los grandes duques que mandaban los ejércitos de Alifanfarón y Pentapolín, el arremangado, ejércitos que debes tú de recordar bien pues de ellos dijistes que eran manadas de carneros.

Sancho, queriendo desviar la conversación, con objeto de que los que escuchaban á su amo no se le echaran á reir á sus barbas, preguntó al guía que les acompañaba:

—Oiga, Vd. compadre; y los recuerdos históricos de Santiago de Cuba y de Cavite, ¿en qué armario se guardan?

—De estos, unos están en la conciencia nacional y otros en el domicilio particular de algunos generales respondió el aludido. Hace mucho tiempo que no entran preseas victoriosas en estas colecciones, á no ser que se trate de algún donativo especial...

—Bien está, añadió don Quijote; y ya, entonces, podéis empezar á poner en catálogo todas las piezas de mi propiedad, pues pienso retirarme á la vida privada muy pronto, y voy á testar mi indumentaria toda con gracia á esta Armería, á cuyo mayordomo hay que alabar por lo muy limpia y aseada que se halla.

Y esto diciendo, se encaminaron todos á las *Caballerizas* que es donde Sancho esperaba de hallarse mejor que en ningún otro sitio. El director de la real dependencia, D. Antonio Pineda, estuvo muy afectuoso y atento con don Quijote á quien daba noticias de los hermosos ejemplares existentes en la cuadra de los caballos de silla, en la de los potros de pura raza española y en la de las yeguas extranjeras.

Seguidamente se hizo visita á los almacenes de forraje, cuya abundante provisión hizo suspirar á Sancho:

—¡Oh, mis pobres rocines! lo que vais á disfrutar cuando os cuente yo todo esto!

Las fraguas y el herradero impresionaron también mucho á los *andarines* forasteros y, más que todo eso, las famosas carrozas históricas, en primer lugar la de D.ª Juana *la Loca*. De tal modo quedó pasmado don Quijote ante ésta que, al mostrar deseos de subirse á ella, no sólo se lo permitió el señor Pineda, sino que

metiendo á Sancho una de las históricas é historiadas libreas que en un armario próximo había y colocándole una blanca peluca de lacayo mayor, hízole subir al lugar de los postillones mientras su amo arreglaba los cojines para arrellanarse cómodamente en el interior. Y aconteció que, como la cazuela resultaba baja y estrecha para tan alto caballero, don Quijote dió tan



fuerte cabezada al entrar en la carroza que á ésta se le abrió un agujero en el techo, por el cual sacó el hidalgo hasta más de las orejas, de modo que Sancho al verle no pudo contener la risa y exclamó:

—No resuelle vuesa merced, por Dios, que va á parecer aquella cabeza parlante que en Barcelona vimos. Bájese lo mejor que pueda y no dé más que reir á los cortesanos.

Dieron muy luego una ojeada á los trajes de lacayos, atalayes, sillas y monturas que los había de primer orden, y encantáronse ante los postillones, penachos, mosqueros, frenos, bridas, etc., que de distintas épocas lucen por las paredes.

Después de lo cual se despidieron los visitantes, saliéndose hacia los jardines del Campo del Moro, á los acordes de la *Marcha fúnebre de los Dioses,* brillantemente ejecutada por la banda de alabarderos.

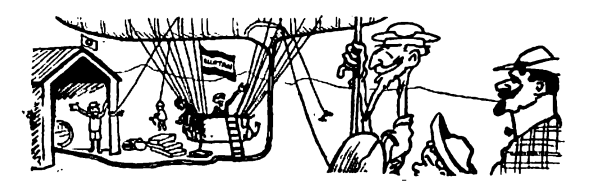
CAPÍTULO III

Del arriesgado viaje aéreo que hizo el intrépido don Quijote y que en mala fortuna terminó.

Allí esperaba el director general de Agricultura, señor Prado Palacio, quien por encargo del ministro del ramo invitó á don Quijote á una excursión aérea en el *Alcotán*.

Con este objeto se trasladaron, en un coche de punto, á la calle del Gasómetro, donde el hidalgo fué presentado á D. José Duro, propietario y *maquinador* del globo en cuestión, el cual estaba ya á medio hinchar, y parecía una higa madura.

Una vez en su punto, arreglóse la manga de escape, se hicieron pruebas de válvula, indispensables en una ascensión tan extraordinaria como representaba el arrostrar con don Quijote que es la figura nacional de más peso, y una vez hubo en la cesta las provisiones de boca necesarias y los sacos de arena, los expedicionarios tomaron posesión de la barquilla y ya se iba á dar el grito de ¡suelten todos! cuando don Quijote, dándose una palmadita en la frente, dijo:



—¡Caramba, cuánto lo siento!

—¿Qué pasa? preguntó el señor Duro; ¿se le ha olvidado á Vd. algo?

—No me duele esto, respondió don Quijote; digo que bien pudiéramos haber invitado á algún magistrado ó general de esos que sueñan en puestos elevados; á Azcárraga por ejemplo, que parece hombre entendido en esto de metros cúbicos...

—¡Dios me libre!—replicó el sabio aeronauta.—¡Demasiado lastre!... Además, el general es muy cristiano y, antes de remontarse en los aires, hubiese querido recibir todos los sacramentos y esto nos hubiera hecho perder mucho tiempo.

A las once y seis minutos surcaba el espacio el *Alcotán* con toda majestad, contemplado por más de medio millón de almas y favorecido por un día espléndido: la admósfera era diáfana; el sol brillaba potente; el aire no se movía apenas.

El efecto que produjo á don Quijote el contemplar la Villa del Pájaro á vista de oso, como gráficamente decía Sancho, no es para descrito. Ya no era según él obra de encantadores todo aquello; más bien se le antojaba cosa de las mismas Furias mitológicas. ¡Qué diferencia, de este seguro *Alcotán,* á aquel desbocado *Clavileño* de otros tiempos!

Todo era hacerle al señor Duro preguntas sobre marcha y maniobras del aerostato, á las cuales respondía muy complaciente aquél, explicándole *in grosso modo* las partes teórica y práctica de toda clase de ascensiones... menos de la de Nuestro Señor Jesucristo, por la sencilla razón de que ésta no venía á cuento.

A unos 800 metros de altura los viajeros almorzaron tranquilamente, despachando un riquísimo cocido, cuyas legumbres y tubérculos del país alababa á los forasteros el director de Agricultura; y, al descorcharse el *Champagne,* el mismo señor Prado se levantó y con la voz entrecortada y la nariz cortada del todo á causa de la fría región que atravesaban, dijo:

—Brindo por nuestro valeroso, y de hoy más intrépido don Quijote de la Mancha.

—Y yo por Sancho, el arrojado; exclamó el señor Duro.

Pero el buen escudero, que empezaba á sentir mareo, se indispuso repentinamente y no estaba para oir piropos. Por esta razón hizo poco caso de lo del

arrojo, y abalanzándose en la barandilla de la cesta, arrojó fuera de su cuerpo todo lo que había comido, exclamando lleno de angustia:



—Si el *arrojo* consiste en esta desazón de mi estómago, mejor prefiero ser villano terrestre ó que me llamen, no arrojado, sino intrépido á secas como á mi señor don Quijote.

Este que en aquel instante se hallaba mirando abajo con unos magníficos lentes, vió pasar dos ó tres garbanzos casi enteros, los cuales pareciéronle otros tantos mundos que surgían errantes en la inmensidad del azulado firmamento.

—Víctima soy de una célica falsedad, ó es Saturno y su anillo lo que aquí veo—exclamó el hidalgo.

El barómetro marcó algunos grados menos y después de atravesar densas nubecillas que rociaron á los viajeros, una ténue ráfaga de viento, que en aquel instante no se supo si venía de Este... ó del Otro, empujó al *Alcotán* hacia el Retiro. En estas alturas don Quijote quiso contemplar los jardines y fijar sobre todo su atención en la Exposición Zurbarán y en el Estanque, donde en presencia del ministro de Marina se había botado aquella misma mañana una magnífica escuadra en miniatura, *idearium español* del Gobierno é INRI de las potencias extranjeras. Todo esto quería ver con ayuda de la óptica el arriesgado caballero, pero como aplicase á su vista los anteojos del revés, se le presentó todo tan alejado en el detalle y en el conjunto, que la misma Tierra se le figuró un enorme queso de bola y nada más.

Fué tal el pasmo que avino á don Quijote y tales

las fantásticas visiones que pasaron por su exaltada imaginación al contemplar tan insignificante el mundo y al verse tan poca cosa ante el Agathos Universal, que murmurando:—¡Esta es la mía!—y amarrándose al cable de salvamento que pendía debajo de la barquilla, saltó fuera de ésta y deslizóse hacia el abismo con inaudita temeridad.



El señor Duro, ante el inminente peligro en que el temerario hidalgo se había colocado, provocó un rápido descenso dando juego á la válvula á toda prisa, en virtud de lo cual el globo comenzó á bajar, arrastrado siempre por el aire que lo empujaba entonces hacia la Plaza de Toros.

Al fin, cuando ya se hallaban muy cerca de tierra, las gentes que seguían con avidez las peripecias de don Quijote pendiente de la cuerda, vieron con estupefacción que el *Alcotán* volvía á remontarse sin ningún caballero agarrado al cable.

Hubo un instante de verdadero pánico.

Don Quijote se había desprendido desde una altura de dos metros y medio, en un campo cercano á las Ventas. Y á causa de la sensible falta de su peso, naturalmente, el globo volvió á emprender un vertiginoso ascenso.

CAPÍTULO IV

De la extraña malaventura que le avino á don Quijote al topar con unos desalmados ingleses.

El tremendo batacazo sufrido por don Quijote al desprenderse del *Alcotán* no tuvo, afortunadamente, la importancia que en el primer momento se creía. Lo que es que á su edad cualquier accidente *era peor;* en resúmen, que de las averías puede decirse que no hubo nada roto pero sí mucho molido.

Estuvo el hombre algunos minutos sin poderse levantar del verde césped en que se hallaba tendido y en seguida acudieron al lugar del suceso una turba inmensa de chiquillos, casi todos los traperos de aquellos contornos y media *Guindalera* en peso.

Nadie, pero, se atrevía á dar auxilio al hidalgo, el cual daba más bien risa que lástima al ignorante pueblo, hasta que llegando unos agentes del municipio empezaron á repartir sablazos con objeto de que le dejaran libre el aire, miestran un jefe de policía se acercaba á conferenciar con el paciente, avisando después por teléfono al señor conde de San Luis.



En esto se presentaron unos señores muy bien trajeados que por el acento y el color de sus patillitas se

veía á las claras que procedían de la rubia Albión.

Eran efectivamente ingleses, de esos que vienen á España á adquirir las pocas obras de arte histórico que nos quedan.

El más viejo de los extranjeros se acercó á don Quijote diciéndole casi al oído y en tono enfático:

—Osté ser muy tonto, y dispense. Osté poder vivir tranquilo y feliz toda su vida con solo aceptar este puñado de billetes del Banco y darnos osté en cambio su vestimenta.

—Por nada del mundo me desprendo yo de mis armas ni de mi yelmo, respondió don Quijote. ¿A qué vienen aquí ahora estos negocios de mala índole, señores mercaderes de alma ruín?

—Pues muy sencillo, dijo el inglés. Osté venir á las *Ventas*, nosotros ir á las *compras*... ¿Por qué extrañar nuestra comportamienta?... Osté ceder á nuestra oferta y no quejarse de la negociamienta.

Todas las razones fueron vanas; todas las promesas inútiles; don Quijote no quiso venderse al extranjero. Los desalmados ingleses le ofrecían un embuchado de perdigones á cambio de su indumentaria que seguramente hubiera ido á parar al Museo Nacional de Londres ó á algún otro templo del arte histórico donde probablemente hubiese sido mejor apreciada y guardada que en España, pero el valeroso hidalgo no quiso aceptar el negocio, pues además de sentir hondamente la nota patriótica, tenía palabra dada de hacer solemne entrega de su *cáscara* á la Armería Real, como queda dicho en uno de los capítulos anteriores.

Mas, con los extranjeros iba una muchacha de ojos grandes, también rubia, que cayó de muy buena gracia á don Quijote, la cual ofreciéndole el brazo le dijo en inglés-lavapiés puro:—Anda, guapo; déjate de remilgos y vénte á probar unos pajaritos conmigo.

Dejóse llevar el aventurero, creyendo sin duda que aquella era otra gran señora emparentada con la del Toboso, y al poco rato se hallaban todos en el comedor de un vulgar merendero, de esos comedores con trastienda y viaje á «Manila» que existen en aquel barrio madrileño.

La inglesita *sevillana* que se había sentado junto al

hidalgo no cesaba de hacerle monadas con los pies, llenándole muy á menudo la copa de un Jerez tan



sevillano como ella. Los extranjeros comían con gana roscas y churros que rociaban con tinto añejo, y el ventero rasgueaba en una guitarra vieja y sucia una especie de aire ó huracán nacional que acompañaba con ayes, lamentos y *ronquíos* del peor gusto.

Los rubios albioneses empezaron á aplaudir y á gritar entusiasmados. La niña se levantó y poniéndose en el moño el yelmo de Mambrino á estilo cordobés, cantó y bailó de lo lindo en medio del natural jolgorio.

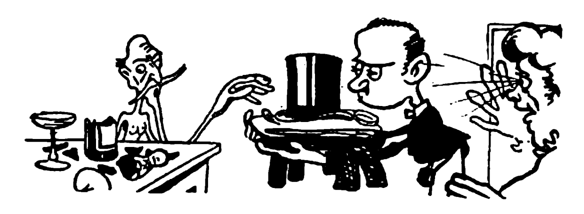
La juerga iba, pues, en *crescendo* y el único que no participaba de ella era el propio caballero *andante,* el cual, aunque víctima de un forzoso *allegro,* no quería ser cómplice de aquel borrascoso *finale.* Y ya hubiera arremetido espada en mano contra todos los presentes si un extraño sopor no hubiese agarrotado sus miembros á modo de turbulenta postración.

Don Quijote en su desvarío mental se avergonzaba del relajamiento del pueblo, sintetizado en aquella fiesta característica; y se extrañaba sobre todo de que los extranjeros que tanto parecían admirar á España y á él mismo como á signo de ilustración con vistas á Europa, se entusiasmaran de aquel modo con una escena digna solo de *Las Américas.*

Aquel ambiente mefítico, aquel acre olor de buñolístico aceite, aquel vinillo con polvos de tanino, pesó tanto en la conciencia del héroe manchego que, poseído de un extraordinario amodorramiento, dejóse

caer de cabeza en la mesa como el capitán Centellas después de la cena del *Tenorio.*

Al despertar de tan singular *encantamiento,* don Quijote se encontró casi en pelota. Los extranjeros se habían fugado con todas sus ropas mayores y lo que es más triste con su espada y su yelmo.



El inmenso estupor que esta malaventura le causó no es para descrito.

Estupor que no le pasó á don Quijote hasta que unos amables socios de *La Gran Peña* que se habían enterado del desagradable suceso le mandaron un traje de levita, unas botas *yankis* y un sombrero de copa, prendas que agradeció en el alma el aventurero ilustre, pues era muy tarde ya y debía asistir á la velada que en su honor celebraba el Ateneo.

CAPÍTULO V

Que trata de las mil y una zarandajas que en honor de don Quijote se hicieron y dijeron en el Ateneo de Madrid.

Don Quijote se presentó hecho un *smart* en el Ateneo. El cuello alto le sentaba muy bien; el chaleco cruzado le caía admirablemente y la levita parecía cortada para su dueño.

Haciendo voltear su bastón de junco y previamente afeitado y cosmetizado, tan elegante estaba nuestro isidro que ni el mismo Sancho que, tambien vestido á la moderna le aguardaba ya en los pasillos conversando de cosas graves con los chicos de «*Gedeón*» y de «La Epoca», ni el mismo Sancho, digo, le reconoció hasta el momento de hablar. No es de extrañar, pues, qne los concurrentes quedaran admirados ante tal tranformación digna de un Frégoli.

Allí estaba Pérez Zúñiga, pegado á Xaudaró, embuchando chistes enravesados con destino á un Camelario cervantino en preparación.

Próximos á la Biblioteca, hacían *petit comité* D. Mariano de Cávia, autor de la idea del Centenario á quien abrazó don Quijote al entrar, con profunda emoción, el pintor Casas, la señora Burgos de Seguí *(Colombine)* que asistía en representación del bello sexo y el escultor Benlliure que representaba todo lo contrario.

En un corro junto á la *Cacharrería* cerca de la puerta que da acceso al salón de sesiones, había la gente de peso, entre la cual precisa recordar á Galdós, Echegaray, Vital Aza, Picón, Eugenio Antonio Flores, Azorín y Villaespesa.

Todos, socios é invitados, artistas, hombres de le-

tras y hombres de ciencia se disputaban el honor de hablar con don Quijote, contestando este afablemente



á cuantas preguntas se le dirigían. Taboada, guiñándole el ojo bueno, le consultaba un punto que él veía oscuro sobre la Mancha: el célebre canal, que no sabía encontrar en ningún mapa de España; Chapí y Vives le rogaban interpusiese su valiosa influencia acerca del gobierno por la adquisición del *Himno del Centenario* que acababan de componer; los hermanos Bailly-Baillière le pedían una serie de autógrafos para unas postales ilustradas por Brunet que iban á editar; Sanz Escartin le suplicaba unas aclaraciones respecto al arte de gobernar; y Alejandro Miquis le recomendaba el libelo *Los hampones de la Literatura* con la sola pretensión de que viese que aun hay quien habla de él.

Don Saturnino Calleja le obsequió con un ejemplar ricamente encuadernado de la edición microscópica del «*Quijote*», á la vista del cual exclamó el favorecido:

—Ya sabía yo, por haberlo visto en una imprenta barcelonesa, que los editores tenían mucha letra menuda, mas nunca creído hubiese que á tal llegaran. Agradezco el presente que vuestra merced me hace, y digo que con gusto leyera el libro si inmodestia no fuese leer mi propia historia.

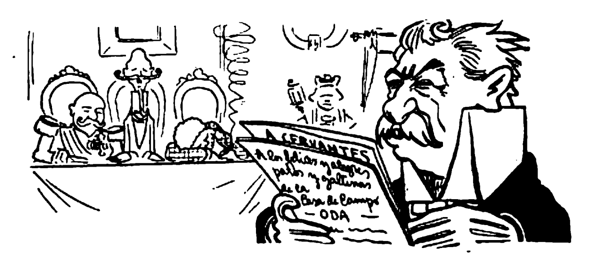
El señor Vincenti notificó al hidalgo que en todos los pueblos de España se estaban celebrando á aquella misma hora solemnes veladas en su honor, habiéndose ofrecido valiosos premios que variaban entre

15 pesetas y mil duros, para el mejor retrato de su donosa figura.

—¡Válame Dios! replicó don Quijote. Fresco estaré yo con tanta cara nueva; y mucho me temo que de hoy en adelante, como de hoy para atrás, no me va á conocer por los retratos ni el mismo padre que me engendró.

A medida que entraban, fueron saludándole artistas y escritores entre los cuales recordamos á Sileno, Ortega Munilla, Maeztu, Varela, Sellés, Manuel del Palacio, Burell, Reina, Conde de las Navas, Pío Baroja y... Bueno.

Antes de la hora anunciada para dar comienzo á la fiesta las tribunas se hallaban completamente atestadas de intelectuales. Al aparecer don Quijote, un aplauso unánime estalló en el salón de actos. Cedida la presidencia al obsequiado prodújose un espectante silencio y quedó abierta la sesión.



En representación del Cuerpo Médico empezó el doctor Ramón y Cajal hablando de la gran cualidad anti-tuberculosa del genial libro de Cervántes.

Acto seguido se levantó el señor Grilo y leyó una poesía cuyos últimos versos fueron muy celebrados, por ser los últimos:

«Cervantes el mundo entero
llena con su nombre solo.
desde un polo al otro polo
es el genio verdadero.»

Y á continuación dijo que el Príncipe de los Ingenios *tiene un vuelo que arredra;* y que los monumentos

se hacen de piedra; y todo para poder terminar la estrofa con un *Miguel Cervantes Saavedra!!!* así, con tres admiraciones.

Don Quijote, recordando las sentidas trovas de Grisóstomo y las dulces endechas de Cardenio, escuchaba las grilescas décimas como el que aguanta la escozor de un sinapismo.

El señor Bretón ejecutó al piano un *andante nocturno,* ó sea con la agravante de nocturnidad, aunque sin alevosía.

Leyóse después una carta de D. Juan Valera adhiriéndose al acto y dando de pasada un vapuleo (sátira fina) al mismísimo Benengeli.

A continuación se declamaron unos versos de Cavestany, á la altura *si cabe* de los de Grilo.

El señor Echegaray trató, como él sabe hacerlo, de las distintas fases del Príncipe de los Ingenios y según varios puntos de vista: *Cervántes ingeniero, Cervántes pedícuro, Cervántes arquitecto, Cervántes montador electricista,* etc., etc.

Y finalmente, D. Segismundo Moret leyó una extensa conferencia, plagada de citas y notas, que obró de dulce narcótico en la persona del hidalgo á quien el general Martitegui tuvo que avisar con un golpecito en el hombro cuando terminó el último discurso.

Don Quijote dió entonces las gracias á la concurrencia y se levantó la sesión sin otros incidentes.

Sancho se maravillaba de que en tan pocas horas se hubiese podido hablar tanto y tan inútilmente. Esperaba que alguien trataría de algo práctico, del modo de combatir la plaga de la langosta, por ejemplo; pero hubo de contentarse con el viceversa.

A la salida se repartió á los concurrentes una placa de hoja de lata, facsímil de la Medalla Conmemorativa del Centenario.

Ya en el umbral de la puerta, don Quijote mandó á Sancho que entregara á la Junta permanente constituída para el caso la suma de 7 pesetas, 50 céntimos con destino al monumento de D.ª Emilia Pardo Bazán.

Muchos de los llamados conspícuos quisieron acompañarle hasta el Palacio de Buenavista.

Al despedirse, Benlliure le rogó se pasara por la *Glorieta de Quevedo* con objeto de hacerle una estátua

ecuestre, pero no con levita sino con el clásico traje de caballero andante. Mas como esto no podía ser



pues la indumentaria del hidalgo había sido sustraída en las Ventas, quedaron en aguardar á que se descubriese á los ladrones y le fuese devuelta aquella por la policía.

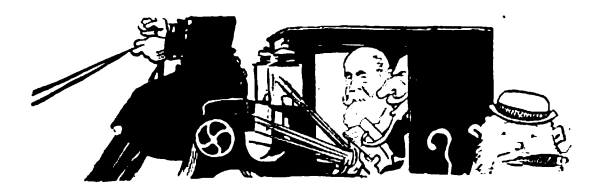
Pero el robo no se descubrió por la sencilla razón de que algunos altos personajes de la nación estaban complicados en el asunto, como se verá más adelante si la ocasión llega ó viene la cosa á cuento.

CAPÍTULO VI

Del extraño, famoso y jamás imaginado encuentro que tuvo don Quijote con los modernos caballeros.

No serían aún las siete de la mañana del otro día, cuando el Excmo. Sr. Duque de Tamames acompañado de D. Rafael M.ª de Labra fué á buscar á don Quijote al Palacio de Buenavista para llevarle á la fiesta sportiva que en su honor iba á celebrar en el Hipódromo la *Sociedad de Tiro Nacional.*

En el camino, los ilustres caballeros madrileños hicieron sabedor al hidalgo de lo que hoy se entiende en España por el alto sentimiento del honor y de las formas en que se satisface éste al derimirse una cuestión personal ó ventilarse un asunto afecto á la dignidad, contándole los pormenores de algunos duelos notables en los que intervinieron famosos caballeros de la Corte y que profesan fervoroso culto á las armas.



Preparado así el terreno, le insinuaron la conveniencia de aceptar el reto que el marqués de Cabriñana le había lanzado desde algunos salones aristocráticos al proponer batirse con el caballero de la Triste Figura en condiciones despreciativas para éste.

Don Quijote respondió que no se hallaba bastante *de filis* para tales encuentros pero que tratándose de un tan alto y tan significado caballero no tenía inconveniente en medir armas con él, aceptando incondicionalmente el desafío, aun con la desventaja de hallarse desposeído de las suyas que eran las que él tenía en más confianza para la victoria.

Al efecto, y para ahorrarle el ridículo, siendo como era desconocedor de los formalismos duelistas hoy en moda, el Sr. Labra le entregó un ejemplar del *Código del honor* con objeto de que durante el trayecto pudiese enterarse de las reglas más elementales que en el *campo* se han de tener en cuenta. Pero don Quijote no hizo sino mirar el tomo por la cubierta y al ver que el autor de la obra era su propio ofensor y que en el lomo decía: *Precio 20 pesetas,* exclamó:

—Gran caballero debe de ser, voto á Dios, este señor de Cabriniña, que á tan alto precio pone las cosas del honor. Mas, aun galeándose de su mucho *valor* como hace en este *pesado* libro tendrá, yo os juro, que acatar mi brazo por poco que me valga el encomendarme á mi Orden.

En esto llegaron al Hipódromo, donde aguardaban en calidad de testigos tres ó cuatro chicos de la prensa dirigidos por *Traversone,* el revistero del *Diario Universal,* y una selecta representación de la nobleza madrileña formada por un centenar de caballeritos imberbes y dos ó tres señoras atrevidas. Todos asediaron á don Quijote con preguntas y ofrecimientos. Los señores Murciano y Armiñán, cogiendo un par de floretes, quisieron darle una lección previa; enseñándole qué cosa son estocadas, tajos y mandobles y lo que se entiende por ataques de filo, contrafilo y punta. Asimismo los Sres. Guido Paleśí y Jaramillo, procurándose unas pistolitas de salón simularon un desafío, practicando todas las suertes delante del hidalgo, á quien rogaban se fijara bien en qué consisten los encuentros llamados á *la voz de mando, á pie firme, marchando, disparando á voluntad,* y *á líneas paralelas;* y también lo que se entiende por *guardia alta* y *guardia baja.*

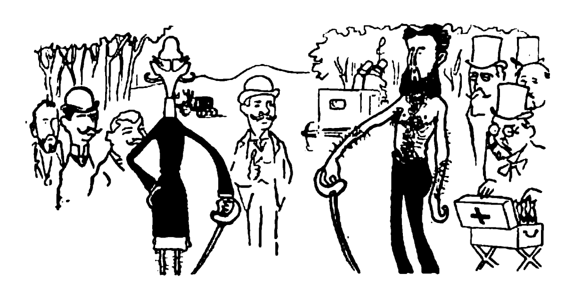
Pero don Quijote, con su elocuentísimo silencio, daba á entender que todo aquello le parecía un juego

de chiquillos; y prefería escuchar á Saint-Aubin que le decía poco menos que al oído:

—No se deje Vd. tomar el pelo, amigo. Esto del campo del honor es una burda parodia de lo que era en sus tiempos de Vd. Créame á mí; por cada Pickmann que se da en estas fechas, nos salen la mar de Sorianos. Aquí verá Vd. esgrimidores correctos y elegantes que vienen á lucir camisetas alistas; pero sangre? ni para menudillos. Eso sí, las ofensas siempre fenecen en el terreno y el pabellón á todas horas queda bien puesto.

En seguida llegaron los profesores Pini y San Malato que ejercían de jueces de campo y se procedió á *partir el sol* de modo que no viniera de frente á ninguno de los combatientes.

Los padrinos de ambos se reunieron y acordaron, sin previo levantamiento de actas ni cambio de tarjetas, que la lucha empezara inmediatamente, considerándose el duelo á muerte y á espada. Acto seguido el marqués de Cabriñana se despojó de la ropa de cintura para arriba, y don Quijote dando pruebas de mayor despreocupación hizo lo mismo, pero... de cintura para abajo. Así vió todo el mundo que no llevaba braguero, pieza prohibida en esta clase de lances.



Señaladas las distancias y en su punto el médico, que lo era D. Angel Pulido, se adelantaron los adversarios saludándose fríamente con una pequeña inclinación de cabeza.

La espectación en aquellos momentos era grandí-

sima. Toda la atención estaba suspendida en el manchego ilustre á quien las señoras hallaban cursi y los marquesitos ridículo, pero al cual temían unos y otras.

Don Quijote, *que era el más ofendido*, al oir el grito de—¡Señores, adelante!—se tiró á fondo con una media estocada que paró muy bien su contrincante.

Entonces el marqués pidió tregua para hacer una observación. Todos los prontuarios y códigos del duelo dicen que cuando uno de los combatientes tiene sesenta ó más años puede ser substituído por otra persona. Teniendo esto en cuenta y constando al adversario que don Quijote rayaba á las cuatrocientas *yerbas* se suspendió momentáneamente el lance y los padrinos, que lo eran por éste el duque de Tamames y el Sr. Labra, y los marqueses de Heredia y Villalbos por el de Cabriñana, acordaron comunicarlo á don Quijote por si quería desistir de la lucha y nombrar sustituto.

—¿A santo de qué? ¿Por qué motivo? exclamó el ofendido hidalgo.

—Porque á los viejos se les considera fuera de combate, respondió el ofensor; y vuestra merced chochea ya como un demonio y tiene derecho al retiro. Se levantará un acta en que conste la incapacidad y podremos dar esto por terminado.

Oir esto don Quijote y echarse sobre su contrincante sin atender á ninguna clase de reglas caballerescas y haciendo uso de puños inclusive, fué cosa de un segundo.

—¡Dios de Cristo! decía preso de la mayor indignación. Por la leche que mamé juro que me la vais á pagar pan por torta. Con que ¿chocheo, eh?... Uno á uno ó todos juntos os la habréis de haber con el hijo de la madre que me parió.

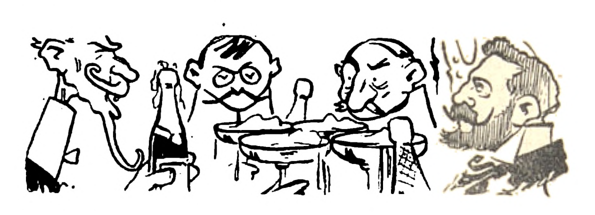
La confusión fué enorme. Los representantes de la nobleza y estrictos cumplidores de las modernas leyes caballerescas gritaban contra las malas formas del caballero manchego; los periodistas llenaban nerviosamente cuartillas y más cuartillas; la policía avisaba al ministro de la Gobernación y los jueces de campo separaban á los luchadores arrebatándoles las armas profanadas. En seguida se improvisó un tribunal de

honor y en solemne acta se suspendió el duelo, se recogieron las armas y don Quijote fué descalificado como cualquier hijo de vecino.

Los testigos fueron desfilando poco á poco y sólo quedaron sobre el terreno los organizadores de la fiesta y los que en ella tomaron parte.

De pronto don Quijote, cuyos ojos concentraban aun toda la ira de que estaba poseído, sintió un golpecito en el hombro y una voz que le decía:

—Aquí no ha pasado nada. Ahora se viene Vd. á comer con nosotros.



Y á la media hora estaban todos los espadachines en *Fornos,* despachando un sabroso *bisque d'ecrèvisses.* El descalificado caballero era el único que no probaba bocado.

—¿De modo, señores, decía, que me hállo inhabilitado de poder alternar nuevamente con caballeros? Menos mal que el buen comer será excepción de esta ley que se me impone, según veo por el reto que ahora se me hace. Sangre fría se necesita para comulgar en vuestra orden. Las leyes vigentes prohiben el duelo por ser delito, según ellas, pero á lo que parece las autoridades lo toleran. Pues bien, mejor que á vuestra hipocresía, prefiero yo la fiereza y el corazón, de los caballeros del barrio de *Las Injurias.*

Pero nadie escuchaba su prédica. Los comensales, unos hablaban de política, otros de la corrida que iba á celebrarse aquella misma tarde y los de más allá de *Garibaldi* y de la Fornarina.

—Pero ¿y del duelo, no se habla?—gritó indignado don Quijote.

—¿Del duelo, dice Vd.?... *El duelo se despide en Fornos.*—clamaron á coro los modernos caballeros.

CAPÍTULO VII

En que se dá cuenta de cómo Sancho Panza se ganó la breva de la Presidencia del Consejo de Ministros, después de la borrascosa sesión del Congreso de los Diputados

Todos los diputados habían recibido especial comunicación del Presidente de la Cámara suplicando la asistencia á la sesión extraordinaria anunciada en obsequio á Sancho Panza. Y como al pie del suplicatorio se anunciaba que habría *lunch* y *buffet* á la disposición de los padres de la patria, inútil decir que la concurrencia fué aquel día numerosísima.

Don Quijote, que al salir de *Fornos* se dirigió al Ministerio de la Guerra con objeto de participar á su escudero el resultado del encuentro que tuvo por la mañana con los modernos caballeros, quiso acompañar á Sancho á las Cortes, á cuyo efecto ocuparon el coche del Sr. Villaverde que fué á buscarles y les aguardaba frente al Banco de España.

Como había oído hablar tanto de las carteras ministeriales, Sancho llevó consigo la suya mal ganada en la aventura de Rodrigáñez.

Al llegar al pie de la escalinata de los leones, y fijándose en éstos, don Quijote recordaba sin duda aquel famosísimo suceso que le ocurrió yendo con el caballero del Verde Gabán; y encarándose con las bestias de bronce exclamó:

—¿Leoncitos á mí!... ¿A mí leoncitos, y á tales horas!

Y mirándoles la parte trasera en averiguación de cómo andaban de signo masculino, vió con profundo pesar que la tan cacareada degeneración subsiste en todas las especies.

Al pasar el vestíbulo, numerosos grupos de diputados, entre los cuales había algunos muy significados, aclamaron ruidosamente al hidalgo y al popular gobernador de la ínsula Barataria.



El Presidente de la Cámara recibió á los forasteros y seguidamente los Sres. Romero Robledo, Azcárate y Canals hicieron los honores de la casa, mostrando las pocas bellezas y muchas comodidades que encierra.

A la hora convenida empezó la sesión. Las tribunas y los escaños estaban más animados que en aquellos tiempos de blasquistas y sorianistas. En el banco azul no faltaba ni un verde, quiero decir ni un ministro. El Rey asistió también al acto teniendo en cuenta la solemnidad del día.

Un murmullo ensordecesor esclató en la cámara al levantarse el Sr. Villaverde, el cual empezó á tratar de la conveniencia de votar un crédito para reorganización de servicios, siguiéndole en el uso de la palabra los Sres. Vadillo, Besada, Cobián, Ugarte y Lacierva. Todos cantaban las excelencias de sus programas, pero decían que precisaba un aumento notable en los presupuestos. El ministro de la Guerra afirmaba que con 150 millones de pesetas no se podían romper las hostilidades con el moro; el de Agricultura decía que 90 millones es muy poco dinero para su ramo y, todos, en fin, se quejaban de la falta de moneda. Y aquí empezó un monumental escándalo durante el cual hubo graves imprecaciones dirigidas de uno al otro bando; todo el mundo pedía la palabra y nadie se entendía; los diputados de la mayoría hacían como

la mayoría de los de la minoría: esto es, insultaban al contrario, levantando bastones, gritando como energúmenos y dando un espectáculo digno de una tribu salvaje civilizada. Durante el transcurso de esta escandalera, y en medio de la gritería y confusión más espantosas, se oían graves acusaciones referentes á la pérdida de Cuba y Filipinas, á lo de Montjuich, á la cuestión del automóvil y á más de una interioridad de más de una familia.

El Sr. Romero Robledo rompió cerca de trece campanillas y media. El cuerpo de guardia tuvo que intervenir arrestando á más de veinte diputados. Todo aquello daba náuseas á don Quijote, que se avergonzaba de cuanto oía y veía; pero no á Sancho Panza, que estaba loco de contento al observar la derrota de los gobernantes, fracasados por incapacidad moral. ¡Como que aquel fracaso representaba entonces su próxima victoria!

El escándalo no cesó hasta que los mozos de servicio del improvisado *buffet* comenzaron á repartir *sandwichs* y copas de *Jerez*. Aquí hubo un inusitado movimiento de mandíbulas durante unos minutos y en seguida se entró á *la orden del día*.

Pero aquel día la *orden* era de asistir á la corrida de toros que iba á empezar dentro de poco, así es que los diputados empezaron á desfilar sin aguardar la votación secreta que había de decidir la crisis total, ni aguardar los discursos de los Sres. Maura y Silvela que debían tanto influir en el resultado del escrutinio.

El Sr. Villaverde que también quería irse á los toros, al darse cuenta de la desbandada y con objeto de huir de responsabilidades presentó allí mismo la dimisión con carácter de irrevocable.

En seguida se llamó á Sancho Panza y se le rogó formara ministerio, salvándole toda clase de dificultades, y ofreciéndosele el apoyo de Polavieja y algunos otros generales de reputada fama.

—Gracias por el favor y la honra que me dispensa al darme un tan alto cargo en esta grande ínsula, respondió Sancho. Mas no he menester Polaviejas ni nuevas para gobernar con común sentido; antes bien lo que aquí hacía falta era un buen Pavía para acabar

con esas disputas de vecindad, indignas de vuestra grande nobleza y de la cordura de vuestro pueblo. La experiencia que del mundo tengo y el tiempo que de gobernador estuve en la ínsula Barataria, me hacen apto para el destino que se me concede. Yo no entiendo en eso de oraciones parlamentarias, ni de las otras, pues apenas si sé santiguarme á tiempo, pero pregun-



tadle á mi amo por el libro de *Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza,* escrito por mi secretario durante aquella república, y oiréis cosa buena.

Y aquí empezó el bueno de Sancho un sabroso discurso plagado de refranes y de cosas sabias y prácticas encaminadas á regenerar el espíritu nacional tan decaído. Su proyecto de reformas no podía ser más sencillo: 90 millones de economías; Enseñanza obligatoria y servicio voluntario; nada de Descanso Dominical, sino una nueva ley declarando domingos todos los días de la semana; nada de saneamiento de la moneda, sino acuñación del oro empleado en custodias y demás objetos religiosos; libre cultivo del tabaco y prohibición del cultivo de la poesía, etc., etc.

Pero, tan solo se iba quedando Sanche que pronto no quedaron en el salón más que él y don Quijote, el cual estaba pendiente de su brillante peroración que aplaudió al final con entusiasmo. Los diputados, los ministros, los taquígrafos, el público, hasta los ujieres y guardias se las habían guillado á los toros. De modo que entre los dos hubieron de redactar el *Diario de Sesiones* y llevarlo á la imprenta.

A la salida se encontraron con el Sr. Salmerón, que como de costumbre había hecho tarde á la sesión del Congreso.

—Es inútil, don Nicolás, exclamó don Quijote abrazándole. Ha llegado Vd. tarde para dar el grito de ¡viva la República!

—¿Pues qué hay de la crisis?—dijo el jefe del partido único.



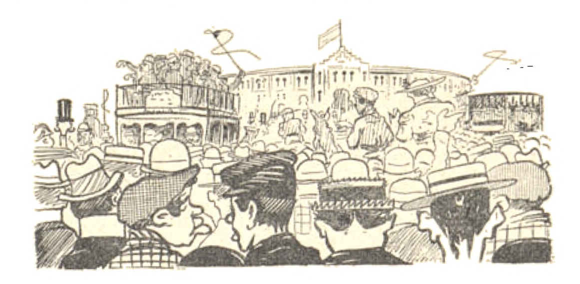
—Que está resuelta ya; y que me parece que habrá *ministerio Sánchez* para rato! respondió don Quijote, presentándole á su escudero que se había ya puesto en secretaría el uniforme de Presidente del Consejo.

CAPÍTULO VIII

Del grave suceso que le ocurrió á don Quijote en la Plaza de Toros de Madrid, con acompañamiento de sabrosísimas pláticas sobre el arte de torear.

—Véngase Vd. con nosotros, dijo Sancho al señor Salmerón. Acompáñenos Vd. á los Toros. Y no tema el decir de las gentes aunque le vean alternar con los gobernantes. Ya saben que Vd. es, como mi señor don Quijote, un caballero soñador y de buena fe que no admite contubernios de ninguna clase con sus adversarios políticos.

No se hizo de rogar el jefe de los republicanos, quien á pesar de su escasa sangre torera, tuvo á mucha honra el aceptar el obsequio; y llamando á sus amigos los Sres. Carmena y Millán, que acertaron á pasar por allí, se subieron todos al coche de la Presidencia y se dirigieron al trote largo á los Toros.



Entraron por la puerta llamada *de Madrid* y se dirigieron al Palco Real, que se llenó en seguida de revisteros y políticos. La corrida había empezado ya; y

don Quijote apenas pudo fijar su atención en la suerte del pedestal, desconocida para él, pues el que hacía de *Don Tancredo* (un respetable señor que forma en las clases pasivas) había puesto ya pies en polvorosa después de haber cumplido medianamente su *pasiva* misión.

El señor Carmena, tras mucho hablar de las condiciones de las reses que se corrían, que eran de ganadería andaluza, hizo observar á don Quijote las ventajas y los inconvenientes de las que eran corni-recogidas ó brochas, barrosas ó corniaspadas, asegurándole que aquella tarde habría *hule* de lo lindo si Dios no se ponía de por medio.

Como es de suponer el hidalgo no entendía qué significaba esto de *hule;* y más siendo cosa que él, valeroso caballero como era, no la había conocido en su vida.

Lo que más agradó á don Quijote, la suerte que á más interés le movió fué la de los caballeros rejoneadores. Y en esto sí que quiso presumir de crítico nuestro hombre, pues á cada punto se permitía el lujo de gritar:

—Animal! ¿Qué has hecho de tu serenidad, tu ardid y tu maña?... ¡Que perderás el estribo! ¡Que se te caerá el guante!...

Los revisteros querían discutirle la jugada, por el solo gusto de hacerle rabiar. *Tabardillo,* por ejemplo, le decía:

—Perdone Vd. señor don Quijote, pero el caballero llevaba bien y muy firme el rejón, que estaba á una tercia encima de la melena; ha detenido al toro con solo la fuerza del brazo, no lo dude Vd.

—Si no le digo á Vd. lo contrario, replicaba don Quijote; pero al toro hay que buscarle cara á cara, y esto no ha ido como le digo. Para trabajar con todas las reglas del arte, al acometer el bruto, los pechos del caballo han de estar fuera de la caja ó jurisdicción de las puntas. Además, el caballero ha de mostrar grande sosiego y tranquilidad, que no es lo mismo picar toros en una dehesa, que en un circo ó plaza adornada de la Grandeza, Nobles, Particulares y Plebeyos.

—Pero es que hay que tener en cuenta la calidad

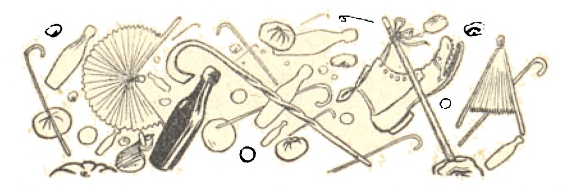
del ganado; y esto son carneros de empuje ó toros de ayjadas que son los más endebles...

—Lo que hay es que hoy se da mucho mérito á cortesías, etiquetas y elegancias; y todos quieren torear bien á caballo sin haberlo ejecutado ni bien ni mal á pié—replicaba amoscado don Quijote. Y recordaba al caso, á Quevedo cuando dijo, entre otras cosas, á un Caballero de Plaza:

Y si quieres parecer
de este ejercicio maestro
acomete sin temer
y reza del Padre Nuestro
el NO NOS DEJES CAER...

Además, el hidalgo encontró á faltar lo de la *cuchillada,* la *lanzada á pie,* el *toque á desjarrete,* los *perros de presa* y algunas suertes más de carácter clásico cuya ausencia achacaba él á jindama de los toreros:

—No diré que por su sangre no lo sean, exclamaba, en esto no me meto yo; pero no cambiaría yo á un chulo de aquellos que ponían banderillas, por esos Conejitos, Gallitos y otros animales diminutivos vuestros. Y por lo que toca á los toros, no serán más bravos estos que los que criaba Jirama en sus riberas cuando en aquel prado de las zagalas tuvieron el descomedimiento de echarme por los santos suelos.



En esto, y por motivos de no querer dar la oreja el presidente, hubo en la plaza un fenomenal escándalo. La pitada fué horrorosa. El redondel se cubrió de hortalizas de todos tamaños y clases. Desde el tendido número 7, cerca de la *Puerta de Arrastre* se echaron á la barrera dos zanahorias descomunales. Los epítetos más denigrantes se dirigían á la dignísima persona que ejercía de presidente. Y lo mejor del

caso era que la mayoría de los que proferían desaforados gritos del peor gusto, parecían también personas decentes y de habitual dignidad.

Con todo, don Quijote halló el espectáculo taurino mucho más aburrido que el del Congreso.

—A ver si acabáis, entre tú y Ávila, con todo esto —dijo á Sancho en un arranque de desprecio para aquella fiesta típica de la nación que iba á gobernar su amado escudero.

Pero éste no respondía nada. Fija su atención en los lances de la corrida, parecía ahora embobado en uno de los picadores que iban á entrar en suerte.

—¡Qué gran desgracia nos va á ocurrir!—exclamó de pronto tocando del brazo á don Quijote.

—¿Qué pasa?—preguntó éste.

—Fíjese vuestra merced en el caballo que, tapado de ojos, camina hacia la muerte—dijo Sancho. ¿No le parece á vuestra merced que es su Rocinante?

—¡El mismo! gritó desesperado don Quijote. ¡Infames, mil veces y òtras mil villanos y cobardes, los malandrines que á tal obrar se han atrevido! ¡Mi noble rocín destripado por las astas de un cornirecogido bruto ante la bestialidad humana sedienta de sangre! ¡No, no ha de ser vive Cristo, y á oponer voy mi brazo y mi razón á todo trance!

Y esto diciendo, con cuatro saltos, bajóse á la barrera con la pretensión de saltar al redondel.

Como es natural los guardias de seguridad no lo permitieron, acompañándole ante el empresario para que hiciera la debida reclamación.

El caballo del picador era efectivamente Rocinante. Un descuido del que lo tenía á su custodia, fué causa de que el animal fuese á parar á los Toros.

En seguida se lo devolvieron y allí mismo caballo y caballero dieron un emocionante y tierno espectáculo, jurando el hidalgo no separarse jamás de él y abrazándole como si fuera una persona.

Terminada la corrida lo ataron detrás del coche de la Presidencia y volviendo á ocuparlo las mismas personas, se dirigieron al Ministerio de la Guerra.

En el camino el señor Salmerón decía á don Quijote:

—¿Qué opina Vd. de la bárbara fiesta nacional?

—Que ó ella á subido á muy alto ó yo he descendido á muy bajo—respondió el hidalgo.



—¿Y eso? ¿Por qué lo dice Vd.?

—Porque tengo entendido que á este Centenario mío lo han declarado *Fiesta Nacional* y si el taurino espectáculo es también *fiesta nacional,* una de dos: ó quieren decir con esto que los Toros están á la altura del «Quijote» ó que el «Quijote» está á la altura... del Puente de Vallecas.

CAPÍTULO IX

De lo acontecido á don Quijote en el Teatro Español, con otras varias cosas harto buenas y refociladas.

Despnés de presenciar la *Cabalgata,* que resultó uno de los peores números del tan cacareado *Centenario,* don Quijote y su ex-escudero que no dejaba ya por nada el uniforme villaverdesco, se encaminaron al Teatro Español donde también en honor del famoso aventurero se celebraba un extraordinario festival artístico en el que tomaban parte las tres compañías de declamación reunidas.

La sala estaba brillantísima, á juzgar por los escotes sumamente pronunciados que lucían las más encumbradas damas de la corte.

Al entrar el nuevo ministerio *Sánchez* en el palco presidencial fué saludado con un gran repiqueteo de palmas, muchos pañuelos al aire y unos cuantos *Caruncho*s enfajados. Don Quijote, galantemente invitado por Alejandro Miquis, Dicenta y Manuel Bueno, dejando á Sancho bien arrellanado en su sillón, se fué á charlar un rato en el cuarto del Sr. Díaz de Mendoza que en aquel momento estaba desarremangándose la nariz, como siempre que le toca hacer un papel de señor elegante.

Allí había también los hermanos Quintero en fraternal chiste contínuo, y los Sres. Echegaray, Benavente, Linares-Rivas, Arniches y López Silva, á los cuales saludó el hidalgo con gran cortesía, dándose comienzo á una amena plática sobre el arte escénico saturada de ingenio, sprit y mala leche. Don José dijo entre otras cosas que estaba terminando un drama que se titulará «El mal de la Adulación, ó Víctima de

un homenaje» en el que fundaba las más risueñas esperanzas. Rivas Astray y Benavente después de tocar varios lugares comunes hablaron de su proyecto de llevar la cuestión social al teatro:



—Eso viste ahora mucho, decían. Si se quiere que un drama llame hoy la atención, es menester que en él se hable mal de los burgueses y que termine en huelguecita general. Y si no que lo diga Dicenta que es el amo de ese trust de moda.

El cacique Arniches quería llevar á don Quijote á *Apolo*, á *Eslava* ó al *Moderno*, con objeto de que conociese el llamado *género chico*, y á raíz de contarle las excelencias del arte de «Los Granujas,» le dijo:

—Vuestra merced se relamería de gusto al admirar obras como *La Corría de Toros*, *El Puñao de rosas*, *Pa mí que nieva* ó *El mozo crúo*...

—¡Ave María Purísima!—exclamó sobresaltado don Quijote—. Pero, ¿qué es eso de *crúo, puñao, corría* y *pa mí que*? ¿Así es como tratais el idioma castellano? ¿De este modo honran los escribidores mercachifles de hoy el habla hermosa de Cervantes?

Y como empezara entonces la representación de *Melisendra Libertada*, arreglo de un tal López y no sé cuántos, asesino de *Hamlet* y traductor de muchos dramas más, don Quijote se volvió al palco con objeto de ver la función, cuyo argumento recordaba muy bien de cuando la aparición del famoso titerero en la célebre venta.

Fueron saliendo á las tablas los personajes *Rey Marsilio*, *Carlo Magno*, y *Gaiferos* interpretados res-

pectivamente por los primeros actores Thuiller, Mendoza y Borrás, por cierto que éste último hizo una labor artística de primer orden sobre todo en los pasajes puramente mímicos que es donde el acento catalán se le nota menos.

La que no acabó de gustar al hidalgo fué la señora Guerrero que hacía el papel de *Melisendra*. La celebrada actriz tampoco le entró en gracia á Sancho, el cual tradujo su disgusto, al bajarse el telón, en forma contundente metidos los dedos en la boca y produciendo un silbato estrepitoso.



Y resultaba extraño en verdad ver silbar á un Presidente de Ministros, cuando las gentes están acostumbradas á lo contrario.

Esta inconveniencia ó primer *lapsus* de Sancho motivó una bien enderezada filípica de don Quijote, el cual habló de este modo:

—Procura refrenarte, Sancho amigo; que no hay razón, jamás, para ruidosa protesta aunque la haya para dejar de aplaudir; que al artista buen entendedor ya le basta con el silencio, mil veces más elocuente que tus formas soeces de carretero andante. El desprecio de un alto gobernante como tú hiere mucho más que una silba; y es esto mayormente de sentir tratándose de una dama, que será sin duda una buena esposa y mejor madre aunque no haga propiamente arte á causa de la constante afectación con que acompaña el gesto y la palabra.

Pero D. Benito Electra, que estaba en el palco de al lado, y que es un señor que permite que se lo toquen todo menos la Mariquita, levantándose furioso, exclamó:

—¿Y qué entienden Vdes. de arte, ilustres manchegos; si no han visto Vdes. aun á esta señora en *Mariucha,* en *Alma y Vida,* ni siquiera en *La loca de la casa?* Pues ¿no representan por ahí casi de ordinario, mil comediantas llenas de defectos, como la Tubau por ejemplo, y corren felicísimamente su papel, y se las escucha y se las aplaude? ¡Y qué, no es algo ser lo mejor entre lo malo?... Dejad, pues que llenen su talego, siquiera hagan y digan más disparates que átomos tiene el sol.

Ante lo cual se indignó tanto don Quijote que ya iba á haber allí un *episodio nacional* si no fuera la intervención de Sinesio Delgado, quien tuvo el buen acierto de acompañarle nuevamente al *camerino* de D. Fernando, donde le habían preparado un modesto refresco.



Aquí le fueron presentados el compositor Amadeo Vives, el médico Recasens, el actor Borrás y su coletilla Capella, para los cuales tuvo inspiradas frases de verdadero afecto señalando el hecho de que de un tiempo á esta parte sea el genio catalán vencedor en Madrid, principalmente respecto á artistas y escritores, como Guimerá, Iglesias, Rusiñol, Crehuet y Morera. Y dirigiéndose al Presidente de la *Sociedad de Autores,* exclamó:

—Mucho ojo, Kuropatkine; no os dejéis influir demasiado por esos catalanes que son el *peligro amarillo.*

—*Ben net!*—replicó Vives—. Como que los de allí tenemos más sustancia gris... *y qui no li agradi que ho deixi... y ¡visca Catalunya!...*

—Me habéis convencido, dijo finalmente don Qui-

jote, alargando la mano á los presentes. Mañana salgo yo para Barcelona y allí tendré el gusto de comprobar cuanto decís.

Y acercándosele al oído, dijo á Benavente en tono *sicalíptico:*

—Entre tanto, bueno será que vigiléis á ese caballero Borrás, que según tengo entendido es un enamorado nada casto; y si no se atajan sus ímpetus, pronto va á haber en Madrid más sangre catalana que no tenían en sus venas juntos, los valerosos Roger de Flor y Rafael de Casanova.

A lo que respondió don Jacinto:

—A mí sí que... ¡plín!

CAPÍTULO X

Donde se consigna la magnífica despedida que hizo á don Quijote la villa de Madrid, y se habla de otros sucesos que no deben echarse en saco roto.

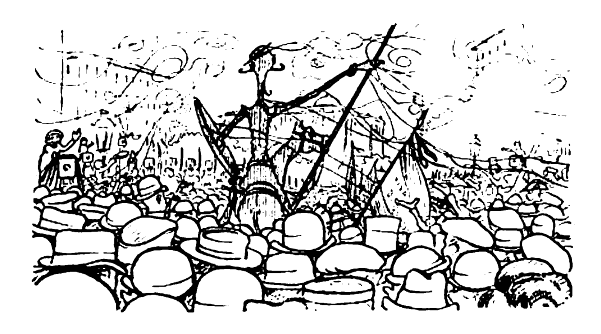
El último día de su estancia en Madrid lo dedicó don Quijote por completo á las visitas rápidas. Dió un *ojeo* superficial á los Ministerios, al Senado, á la Diputación, al Ayuntamiento y á la Pradera de San Isidro. Paseó en coche por el Ensanche, presenciando en la Castellana la Gran Retreta Militar. Estuvo en Palacio, en el Museo del Prado, en la Fábrica de Tabacos, en el Rastro, en la Latina y fué á parar por fin en el Monte de Piedad. Mas, como no le quedase nada por empeñar, fuese directamente al domicilio de Martínez Ruiz para que en su nombre saludase á *Azorín* y le diese las gracias por el interés con que se tomó eso de la revisión de sus primeras aventuras; pero ni *Azorín* ni el otro estaban en casa, y hubo de dejar tarjeta á la portera, la cual excusó la ausencia de aquellos diciendo que probablemente habrían ido de *ruta*.

Después de todo esto, don Quijote ya no pensó más que en marcharse para Cataluña cuyos buenos recuerdos no se le habían borrado jamás del magín. Así es que al pasar por la calle de Alcalá adquirió en el Despacho que hay en los bajos de *La Equitativa* dos billetes coche-camas para el exprés de Barcelona, subiendo de pasada al primer piso donde le aseguraron la vida contra cualquier accidente ferroviario.

Al regresar al Palacio de Buenavista, donde aguardaban para despedirle comisiones de todos los centros importantes de la villa, tuvo el hidalgo un gran contentamiento con motivo de serle devueltas todas

las ropas y armas que en las Ventas le fueron robadas, aunque ciertamente no eran las mismas pues habiendo quedado el hecho en la mayor impunidad, el *Gobierno Sánchez* cuidó de que se hiciera nueva indumentaria encargando los géneros á las mejores fábricas de Albacete, Trubia y Sabadell.

Otra vez, pues, con su espada, su escudo, su lanza y su yelmo, montado sobre Rocinante pasó don Quijote por las calles de Madrid en medio de un oleaje humano imponente, recibiendo ovaciones contínuas, estruendosas tributadas por el pueblo, aquel pueblo entusiasta que según él (y según los intelectuales, después del desastre colonial) era lo único sano de este desdichado país, pues entre las clases acomodadas ó directoras, y sobre todo entre el elemento oficial había ya descubierto mucha miseria y mucho vicio, tanto, que á cada lanzada que daba á los altos personages se salía la mar de serrín.



Las calles del tránsito se hallaban atestadas de curiosos y admiradores que aplaudían no tanto á don Quijote como al *Presidente Sánchez*, ex-escudero de aquél, que llevaba las riendas del gobierno con gran maestría como si fueran las de su propio rucio, según se desprendía de la *Gaceta* que salía plagada de refranes sinceramente celebrados por todos los insulares que se felicitaban de que Sancho hubiese llegado á ministro con tanta facilidad por gracia de sus méritos y en méritos de su gracia.

Ya en la estación, Sancho abrazó efusivamente á su antiguo amo y señor, quien, con las lágrimas en los ojos le daba nuevos consejos en el arte de gobernar las ínsulas no á la manera de aquella *Barataria* sino á la moderna, á lo Combes, ó á lo Roosevelt.

Ocuparon el coche además de don Quijote, el señor Villaverde, los marqueses de Comillas y de Portago y el señor Morote; en tanto se destinaba vagón para Rocinante y el asno de Sancho que desde aquel momento quedaba propiedad de D. Raimundo según generosa donación del nuevo Presidente.

Apenas se hubo alejado el ex-escudero, cuando don Quijote sintió su soledad y si le fuera posible revocarle la comisión y quitarle el gobierno lo hiciera. Verdad es que ya llevaba á Villaverde, pero éste no le resultaba, de mucho, tan gracioso; como tampoco quiso aceptar la oferta de don Tirso, *Escudero* de nacimiento, á causa de ser éste empresario... y ya se sabe que los empresarios no sirven para nada.

Las 17 y 47 minutos serían cuando arrancó el expreso entre apiñadas hileras de entusiastas admiradores que en el andén se congregaron afanosos de vitorear y dar el último adiós al andante hidalgo:—¡Viva don Quijote! gritaba la muchedumbre. ¡Viva España! clamaba el festejado caballero.



Y lo primero que hizo don Quijote, al hallarse el tren en marcha, fué admirar detalladamente el coche-camas, pues él no había ido nunca en *sleeping-carr* y la curiosidad le picaba en extremo.

Antes de llegar á Guadalajara, el señor Villaverde y el marqués de Comillas roncaban ya como unos

benditos de Dios. Don Quijote en tanto felicitaba al señor Morote por la buena idea de llevar consigo algunos libros, y se puso á leer en uno cuyo título era *La Verdad sobre el Catalanismo,* y en otro intitulado *La Cuestión Catalana.* Con estas obras, la *Gramática Catalana* de Pompeyo Fabra y la *Guía Lop* pudo el hidalgo ponerse al corriente de todo el fandango actual de Cataluña.

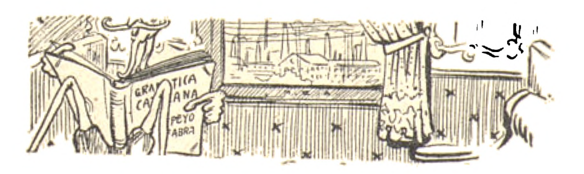
En Zaragoza, durante los cortos minutos que estuvo parado el convoy, don Quijote fué objeto de grandes demostraciones de afecto y simpatía. Y aquí fué donde supo por boca del simpático librero D. Agustín Allué, que se iba á publicar una tercera parte de sus aventuras con el título de *La Resurrección de Don Quijote.* Las autoridades y el pueblo zaragozano despidiéronle como á su rango importaba; y lo mismo sucedió en las restantes estaciones del tránsito, muy particularmente en Caspe y Reus.

Un poco más allá de Fabara, el marqués de Portago se despertó sobresaltádo:

—¿Qué ocurre?—dijo don Quijote al observar la excitación de su vecino.

—¿No oye vuestra merced el viento, cómo silba ya en catalán?

En San Vicente aguardaban el diputado Lletjet, el *gacetillero* Figuerola y los concejales Mir, Puig y Avila los cuales se unieron á los expedicionarios.



Por fin, al distinguir la silueta de Montjuich don Quijote exclamó:

—He ahí la hidalga ciudad de Barcelona. La otra vez la conocí por unos racimos de hombres ahorcados que pendían de unos árboles... Hoy la vislumbro á través deste castillo maldito,... todo es igualmente siniestro para mí.

—Es verdad, replicó Lletjet; la sugestión es la misma; la visión es idéntica. Pero aquí, mi señor don Quijote, lo que hace falta no es visión, sino *revisión*. Y esto solo se logrará con la implantación de la Re...

—Señores: *ya estamos en Sans!*—interrumpió el *disidente* Mir.

Y era verdad, pues á los pocos segundos el convoy entraba en la zanja de la calle de Aragón.

TERCERA PARTE

Don Quijote en Cataluña

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Del ruidoso recibimiento que se hizo á don Quijote en Barcelona, con otros sucesos de felice recordación.

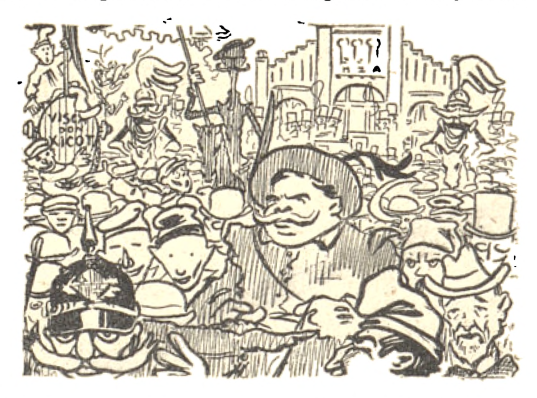
Algo más de las nueve serían cuando don Quijote y sus acompañantes llegaron al apeadero del paseo de Gracia. Las autoridades y corporaciones de más significación estaban representadas en el andén por numerosas comisiones y distinguidos particulares, quienes después de vitorear al hidalgo ilustre, ofreciéronle sus respetos... y sus mercaderías. D. Eusebio Güell que era quien debía darle hospedaje fué el primero en abrazarle. El capitán general, Sr. Delgado



Zulueta, el gobernador civil, Sr. Rothwos, el cardenal Casañas, el alcalde Sr. Lluch y el presidente de la Diputación, Sr. Espinós saludaron al recién llegado, y

una vez hubo montado éste en su rocinante y el señor Villaverde en el asno de Sancho, se organizó una lucida manifestación brillantemente cerrada por la banda municipal que iba ejecutando un airoso paso-doble titulado *Bienvenida,* original del maestro Nicolau.

Justo es confesar que el pueblo barcelonés se mostró en esta ocasión *archivero de la cortesía* como la otra vez, pero, á decir verdad, no pasó de cortés el recibimiento dispensado. Ya había algunas casas y estable-



cimientos adornados con colgaduras y atributos, pero todo respiraba interés y mercantilismo. A lo mejor, en el centro de una bandera española se leía: «Tupinamba Tostadero de café» ó bien «Pastillas Morelló.» Por las ramblas se repartían prospectos anunciando variados artículos, y siempre relacionando el comercio con el acontecimiento nacional del día. En los árboles se habían pegado unos cartelitos de color que decían «Anís don Quijote—Es el mejor;» «Quijotina,» del Dr. Reig y Faig—Contra la dispepsia;» «Sándalo-Fierabrás» etc.; y algunas tiendas habían cambiado sus rótulos por otros nuevos de palpitante actualidad, por ejemplo en el Llano de la Boquería se veía uno en grandes letras que decía: «Al Yelmo de Mambrino—Gran Sombrerería;» otro más abajo «Colchonería de los Batanes;» «Corbatería La Moderna Altisidora» y así por el estilo.

Al pasar por delante de La Virreina las floristas echaron multitud de ramos y *bouquets* al gentil andante y al Sr. Villaverde, al cual muchos tomaban por Sancho Panza. Por cierto que este error le salvó de una y buena al ex-presidente del Consejo-ya que el pueblo no hizo ninguna demostración de desagrado hasta que fijándose bien en él los fogosos de *La Veu* que se habían asomado á los balcones de la rambla dieron á D. Raimundo la gran pitada ó la pitada hache (pero mayúscula). Don Quijote, que acababa de saludar con la lanza á la bandera de las cuatro barras, se indignó, con razón, creyendo que la pita iba para él y ya estuvo á punto de retirar el saludo y rectificar aquello de la *hidalguía barcelonesa,* y lo hubiese hecho á no ser por el verdadero pueblo que le aclamó entonces de nuevo frenéticamente.

En la rambla del Centro las ovaciones fueron más estruendosas todavía. Ante las redacciones de *El Liberal, Las Noticias, La Campana de Gracia, La Publicidad* y *La Tribuna* se reprodujeron toda clase de entusiasmos.



Don Quijote entró, finalmente, al palacio de Güell en medio del regocijo popular, pero sin atronadoras aclamaciones. Asombróse al contemplar la magnificencia de aquel majestuoso *castillo* de los modernos duques, que en nada se parecía á la morada de Antonio Moreno, y prosiguió adelante.

Uno de los hijos del conde Güell, poeta y autor silbado por más señas, recibió en traje de gentil hombre al ilustre forastero, acompañándole á seguir las distintas habitaciones de la casa y á contemplar la multitud de obras de arte que contienen.

Luego, al fijarse en la pared lateral del edificio, observó el hidalgo un gran fresco de original factura y valiente colorido, obra del pintor Clapés. El cuadro le llamó extraordinariamente la atención y dirigiéndose al escritor de la familia, Sr. Pin y Soler, exclamó:

—Perdone Vd.: ¿qué representa este tipo de la tea?

—Es un personaje del poema *La Atlántida* de Verdaguer, respondió el Sr. Pin.

—¡Ah! pobre mosén Cinto—dijo entonces don Quijote dirigiéndose á los poderosos que con él estaban—. ¡Cómo le dejásteis morir en la indigencia?

—¡Oh, es que vuestra merced no está enterado...—saltó un marqués de los del grupo—. El padre Verdaguer era incorregible. Fué un infeliz, un iluminado. Demasiado bueno, demasiado cristiano... Además era desobediente... Y, en fin, pasemos á otra cosa: ¿Usted sabe jugar al ajedrez, á los *escachs* que decimos aquí?.. Pues véngase Vd. con nosotros, señor don Quijote. Haremos una partidita mientras se prepara el almuerzo.

En tanto se hablaba así en los salones, la calle del Conde del Asalto era un hervidero de almas. La extensa vía era insuficiente para tanto público. La gente no cesaba de dar voces. *¡Que hable! ¡Que hable!* se oía de cuando en cuando.



Don Quijote se asomó, por fin, á una de las historiadas ventanas del tétrico palacio y gritó con toda la fuerza de sus pulmones, en acento mitad manchego, mitad tortosino:

—*¡Visca* Cataluñaaa!

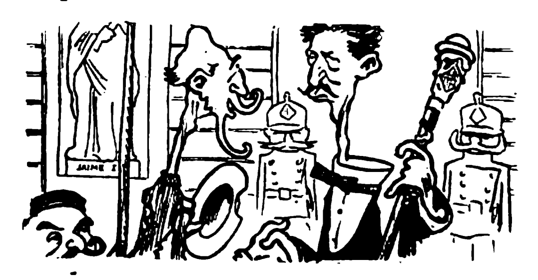
Lo cual bastó para que los manifestantes se disolvieran con el mayor orden y la mayor satisfacción.

CAPÍTULO II

Que trata de lo que sucedió á don Quijote en las Casas Consistoriales de Barcelona.

En vista de las escasas simpatías que á su llegada había despertado, el señor Villaverde decidió no salir más á la calle con don Qnijote y volverse á Madrid deprisa y de... incógnito. Y como el hidalgo por su parte decía qne mejor iba solo qne mal acompañado, dejó holgar á sus anchas á don Raimundo y aceptó los convites qne más en gusto le vinieron.

En primer lugar atendió á las invitaciones que reiteradamente le hicieron los ilustres cervantistas Bonsoms y Cortejón, visitando sus importantes bibliotecas de las cuales quedó grandemente asombrado no tanto por el número como por la calidad de los volúmenes que contienen.



A las doce estuvo en las Casas Consistoriales. El señor Lluch le recibió en nombre del Consistorio, y él se asombró tanto al ver la *figura* climatérica del alcalde, tan *triste* y alicaído, que hubo de exclamar:

—Después de contemplar á vuestra merced deteni-

damente y compararme yo con su físico, creo que bien puedo llamarme de hoy en adelante el *caballero de la Arrogante Figura.*

Lo cual hizo reir muchísimo á los de la «Gatzara Contínua» que con él estaban.

En seguida una comisión de concejales formada por los señores Fabra, Nubiola, Giner, Zurdo y Albó le acompañaron á seguir las dependencias de la casa, visitando las distintas secciones de *Mayordomía, Ensanche, Mataderos*, etc...

En la de *Cementerios* el señor García Llansó le ofreció sus servicios; chiste macabro que paró muy bien don Quijote diciendo:

—Gracias. Ya sabe Vd. que tengo vida para tiempo: y cuando esté Vd. en el hoyo, yo me holgaré con el bollo, todavía.

En la escalera roja hacía guardia de honor una doble hilera de municipales de gran gala, y en el patio la banda ejecutaba la *Marcha de los Infantes.*

La comitiva estuvo en el despacho del Alcalde para enseñar á don Quijote algunos ejemplares antiguos que se conservan en el archivo del segundo piso; y por indicación del señor Mir, el secretario Gómez del Castillo le mostró el famoso *Llibre Vert* del siglo XIV que contiene antiquísimos privilegios de la Corporación municipal. Pero el hidalgo apartó ruborosamente la vista del tomo, diciendo:

—He sido y seré siempre casto enamorado, y mis pensamientos, todo pureza, que envío constantemente á mi señora Dulcinea, no me permiten leer *libros verdes.*

Entonces el señor Giner, para dar gusto á sus aficiones *caballerescas* mandó hacer algunos ejercicios á los guardias municipales de á caballo que en el patio había; presenciándolos admirado don Quijote el cual entró acto seguido en el Salón de Ciento que estaba animadísimo y se veía artísticamente adornado con plantas tropicales y luces de colores.

Aquí hubo un momento de pánico. Una terrible noticia corrió como el rayo por todo el salón. Se decía que unos guardias acababan de hallar bajo una silla un tubo de hoja de lata que tenía todas las trazas de un petardo.

Pero á poco renació la calma: No se trataba de un atentado dinamitero; el cartucho era un tubo, sí, pero lo de la hoja de lata resultó *lata* á secas. El supuesto petardo ó máquina infernal no era sino un inofensivo *Mensaje* de Cambó dirigido á don Quijote, en el que le hablaba de lo perjudicial que para Cataluña sería el gobierno de Sancho, y de las ventajas que una descentralización bien entendida reportaría á los caballeros andantes de todas las regiones.



Muy bien leído y muy mal escuchado, el documento fué aplaudido por la minoría, que en el Ayuntamiento de Barcelona es siempre *inmensa,* al revés de lo que acostumbra á ser la mayoría.

A este número que no constaba en el programa sucedió el banquete de carácter político que se había de celebrar en el Salón del Nuevo Consistorio. Los comensales eran no solo ediles de los partidos republicano y regionalista, sinó diputados á Cortes y provinciales, ex-alcaldes y muchas otras figuras de fracciones varias correspondientes á partidos fracasados.

Jamás se había visto el elegante salón tan concurrido y menos, naturalmente, en las sesiones de primera convocatoria. El banquete resultó espléndido como todo lo que paga el Erario Municipal. En los brindis dominó la nota bélica, dada en primer lugar por Lerroux en un discurso plagado de allanamientos de moradas, de teas incendiarias, de auroras rojas y de ósculos de paz relacionándolo todo con don Quijote y diciendo que este era eminentemente republicano como se demostraba en varios puntos de la inmortal obra de Cervantes, y sobre todo en sus consejos á

Sancho cuando lo de la ínsula *Barataria* que á su entender no era sinó una pequeña república, sin fraternidades todavía porque no había nacido aun el inventor de ellas.

Tomando pié de este tema hablaron á continuación los señores Marial, Valiés y Ribot, Puig y Cadafalch, Coll y Pujol, Doménech y Planas y Casals, entrando en la discusión también con *bocadillos* colocados á tiempo los señores Grañé, Laporta, Prat de la Riba y otros menores.

La atmósfera iba caldeándose y de la discusión no salía ni la luz de una cerilla cuando el señor Rusiñol se levantó para decir que el mejor de los consejos dados por don Quijote al Gobernador de la *ínsula Barataria* es aquél en que le recomienda que se corte bien las uñas.

Esto, que muchos concejales apreciaron como una indigna alusión, promovió entre los presentes un alboroto fenomenal que duró algunos minutos. Todo eran gritos é imprecaciónes, viniéndose desde aquel punto al suelo la cortesía de hablar en español delante del *foraster castellanot.*

Y, menos mal, que esta misma descortesía fué un atenuante, pues así el hidalgo no entendió un ápice de las groserías proferidas por los conspícuos.

El señor Lluch procuraba calmar los ánimos; pero inútilmente; y don Quijote, avergonzado del espectáculo, recordaba con pesar el dulce y prudente trato de los rústicos cabreros de Sierra Morena; hasta que, por fin, el señor Corominas pidió la palabra, y esto fué el remedio más eficaz.

La fría palabra, el helado concepto del jefe único de la sucursal de la República en Barcelona templó instantáneamente la sangre de los enconados bandos; los comensales se levantaron de las mesas y la fiesta terminó sin más averías que las causadas al *Champagne* y á las cajas de tabacos.

—¡Viva la República! ¡Viva don Quijote de la Mancha!—gritaban unos al desfilar por la Galería de Catalanes Ilustres.

—*¡Visca l' Autonomía! ¡Visca don Quixot de la Taca!* respondían los de más allá.

El pobre hidalgo, al salir del Ayuntamiento, se

fijó en la estatua de Fivaller, y pensando en lo mucho que este amó y sirvió á su adorada Barcelona, le pa-



reció que el mármol palpitaba y que el famoso *Conceller en cap* decía apesadumbrado:

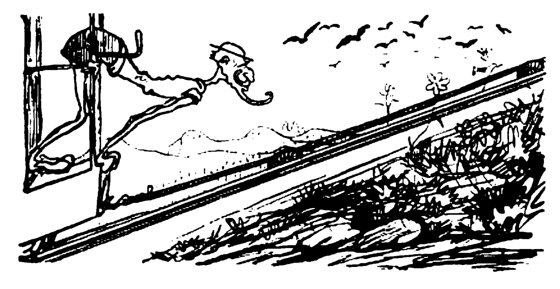
—¡Donde estás, señora mia,
que no te duele mi mal?

CAPÍTULO III

Que trata de la instructiva excursión que hizo don Quijote á la montaña del Tibidabo, y de otras cosas que no deben dejarse en el tintero.

Acompañado de don Manuel Girona, presidente del Instituto Agrícola de San Isidro, del diputado á cortes señor Zulueta y de D. Pablo Calvell verificó don Quijote su anunciada ascensión al Tibidabo.

En la plataforma inferior se agregaron á los excursionistas los señores D. Salvador Castelló, Tobella (Francisco X.), Dionisio Puig, Juandó, de Buén, Torrents y Monner, y el doctor Andreu.



El tren funicular, con su sencillo aparato y su majestuosa marcha impresionó grandemente á nuestro caballero, y sus cables y la forma de subir y bajar le recordaron las sogas con que le ataron y descolgaron al penetrar en la famosa *Cueva de Montesinos*. A medida que iba subiendo el coche, admiraba el espléndido panorama del llano de Barcelona; y el doctor Andreu, al llegar á la cumbre, le explicaba de que sencillo modo funcionan estos trenes y con qué facilidad

se hace un hombre millonario vendiendo pastillas para la tós.

El señor Girona, propuso la improvisación de una plegaria contra la sequía, en el punto más alto de la montaña, donde se alza una capillita al Sagrado Corazón de Jesús, proposición que fué retirada por él mismo al observar la gran ventolera que en aquellas alturas se dejaba sentir como es costumbre. A cambio de este número el señor Castelló dió suelta á las mensajeras de la *Colombófila* y entonces sí que don Quijote, asombrado ante aquella inmensa bandada de palomas, hizo revivir en su mente la trágica aventura de los *cuervos y los grajos.* Mostró, además, gran gusto al contemplar los magníficos panoramas que desde allí se descubren, no cesando de dirigir los lentes á un lado y á otro, dando preferencia á la parte de Montserrat, Canigó y Montseny, de cuyos puntos le iba dando noticias el señor Tobella, referentes á historia, arte, geología y costumbres, las cuales escuchaba con sumo interés nuestro famoso hidalgo.



En seguida se trasladaron al *Observatorio Astronómico,* situado en una meseta próxima. Su director, el señor Comas y Solá, hizo los honores á los invitados, empezando una científica y amena discusión sobre los adelantos astronómicos. El señor Calvell habló de las ventajas que á la agricultura reportan los cañones granífugos contra las tempestades, procurando en su peroración instruir deleitando á los presentes.

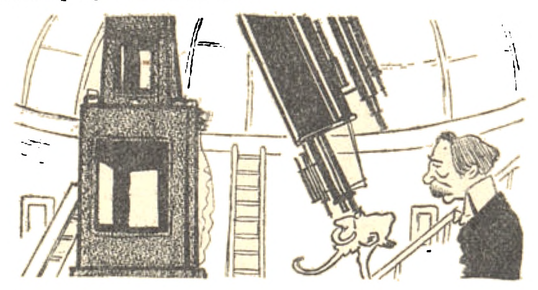
El señor Puig expuso sus originales teorías ultra-terrenas haciendo, de paso, propaganda para su *Previ-*

sor del tiempo, próximo á publicarse y que ha de dejar muy atrás al *Pequeño tratadito de Astronomía Moderna* de D. Pedro Figueras y Caballé.

El catedrático y concejal señor de Buen se ocupó de las diferentes clases de tierras que componen las montañas de San Pedro Mártir y del Tibidabo, determinando sus condiciones y caracteres volcánicos, y dando mucha importancia á la mal llamada *licoreya* que es tierra excelente para el cultivo de la vid.

El doctor Martínez Vargas leyó una bien hilvanada memoria en que trataba de la acción social del *Patronato Catalán contra la tuberculosis,* proponiendo como medida radical higiénica el deshaucio de los regios conventos y centros de enseñanza clerical, y la pronta transformación de esos locales en sanatorios para los tísicos.

Como se vé, la sesión iba resultando poco amena y nada divertida. Pero no hay mal que cien años dure y ese defecto dejó ya de ser en cuanto pidió la palabra el ex-millonario señor Juandó y Rafecas. Dijo este originalísimo inventor que su sistema de aviación sería un hecho dentro de poco y que su *aviador* era mucho más práctico que aquel célebre *Clavileño* ó caballo volador en que había ido montado don Quijote, y de mayor seguridad que el globo *Alcotán.* Y terminó leyendo unos capítulos de su folleto en que trata de *Avegación* (palabra compuesta, según dice, de las latinas *ave* y *actio)* resultando todo ello de gustoso pasatiempo y contínua risa.



Seguidamente se inspeccionaron varios aparatos, y

don Quijote quiso mirar al firmamento con el telescopio de más potencia, asombrándose á cada punto en la contemplación de los astros; y sobre todo en el anillo de Saturno y en el... monte de Venus.

Terminada la visita al observatorio, don Quijote emprendió la marcha de vuelta al llano pues era ya muy adelantada la tarde y debía aun asistir al *Parque Güell*, á *San José de la Montaña* y á la merienda republicana que en su honor había organizado en el *Coll* el popular Lerroux.

—¿Y la fiesta de los republicanos, qué?—le preguntó el *conde* Güell á su regreso—¿Ha merendado Vd. con la *bretolada* de los publicitarios?

—No tal, y Dios me libre dello—respondió don Quijote.—Aquello no es una merienda republicana... ¡aquello es una *merienda de negros!*

Don Eusebio, como buen *perdigot*, celebró ésta gráfica frase con una estrepitosa carcajada.

Es que veía en ella una fina sátira contra el diputado á cortes señor Junoy.

Pero don Quijote, que en este punto era mas inocente que Virginia y no sabía qué cosa era atar moscas por el rabo, ante la extemporánea risa del anfitrión, quedóse atónito, sin proferir palabra alguna.

CAPÍTULO IV

Del inaudito suceso que ocurrió á D. Quijote en el "Fomento" con motivo de su discurso sobre El Capital y el Trabajo.

Á la sesión extraordinaria convocada por el Fomento del Trabajo Nacional con motivo de la visita de don Quijote á este centro, acudieron nutridas representaciones de la Cámara de Comercio, de la Liga de Defensa Industrial, de los Institutos de San Isidro y de Reformas Sociales y del Gremio ó Asociación de fabricantes de la comarca del Ter.

Don Quijote fué recibido en el local de la Plaza de Santa Ana con relativa frialdad. El presidente, señor Ferrer y Vidal, don Federico Rahola y el señor Monegal fueron los designados para cumplimentarle, obsequiándole con dulces... y muestras de los artículos que produce la industria catalana.

Recorrieron varias dependencias de la casa, y al entrar en el salón-café vió que estaba muy animado.

—¿También estos señores *fomentan el trabajo?*—preguntó el hidalgo al ver un sin fin de socios ocupados en el *tresillo* y en el noble juego de billar.

Luego entró en la Biblioteca donde reinaba la más espantosa soledad y se sintió resfriado casi repentinamente.

En uno de los corredores estuvo conversando con varios acaudalados fabricantes que le miraban con extrañeza y le tocaban el vestido, que como se ha dicho era de lana fabricada en Sabadell. D. Alfonso Sala le invitaba á visitar la *Escuela de Artes y Oficios Industriales* de Tarrasa, ofreciéndole de paso su domicilio que no quiso aceptar el caballero andante por

estar comprometido con Roca y Roca para, en caso de ir á aquella ciudad, pernoctar en la Casa del Pueblo.



Los señores Sedó, Bertrán, Batlló, Sert y Noguera discutían con otros fabricantes sobre huelgas, aranceles, etc., y pronto descubrió don Quijote el corto alcance intelectual de la mayoría de ellos, por más que ninguno dejase de mostrar las excelentes cualidades de actividad, buen ojo y sentido especulativo. Nadie discutía el fondo de la cuestión económica en sentido universal ni con sinceridad; todos defensaban el *tanto por ciento,* declarándolo de exclusiva propiedad del capital. Los comerciantes con tienda abierta se quejaban de la Ley del Descanso Dominical, por atentar ésta á la libertad del trabajo, contestando los individuos de la Dependencia Mercantil que antes que todo se atentó á la libertad del descanso, mucho más sagrada todavía.

Respecto á la crísis fabril los *fomentistas* exponían razones y argumentos con que apoyar el despido de los obreros que sobreviene á la falta de demandas.

—Pero ¿qué come el proletario cuando no se trabaja?—preguntó D. Quijote.

—Hijo, eso no podemos remediarlo—respondieron á coro los fabricantes.

—Es que supongo que Vdes. seguirán comiendo...

—Naturalmente. Pero no querrá Vd. decir que nosotros debemos continuar pagando jornales cuando los obreros cesan de trabajar...

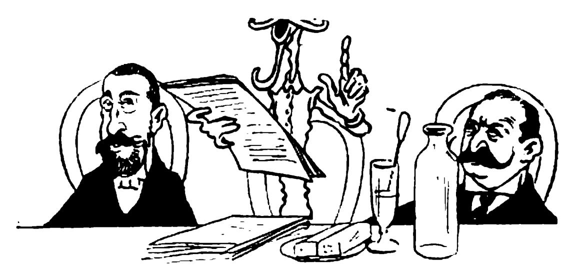
—¿Cómo no? Ellos contribuyen al mayor abundamiento del amo en días de apogeo, que son los más,

justo es que el amo les ayude á ellos en los días de adversidad que son los menos.

Esta discusión iba, como se vé, por mal sendero, cuando algunos socios bromistas lograron de don Quijote expusiera sus ideas desde la mesa presidencial del salón de conferencias. El señor Ferrer y Vidal se apresuró á decir que no tenía inconveniente en cederle el puesto para hablar, pero que de todo cuanto diría no se harían solidarios ni él ni la Sociedad, esencialmente proteccionistas.

Mas, don Quijote, mostrándose en esta aventura valiente á la altura de su fama, se abrogó todas las responsabilidades para él, y ocupando la silla que se le ofrecía empezó su discurso sobre *El Capital y el Trabajo,* que dejó muy atrás á aquel de *Las armas y las letras* pronunciado en la célebre venta.

También en esta ocasión daba la mayor preponderancia á las *armas,* representadas aquí por los trabajadores, sobre las *letras,* que simbolizaban los acaudalados fabricantes.



—Quítenseme delante—exclamaba—los que dijeren que el capital hace ventaja al trabajo, que les diré, y sean quien se fuesen, que no saben lo que dicen, porque la razón que los tales suelen decir es que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo... Y no ven que ahora con las máquinas y herramientas del progreso también los obreros deben de ser inteligentes, y que muchas veces lo son infinitamente más que el burgués que dirige, cobra y paga cómodamente arrellanado en su sillón.

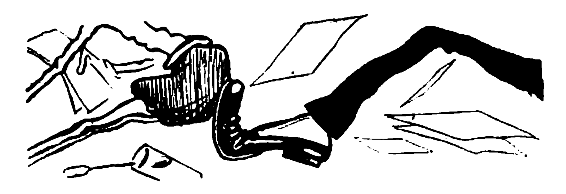
De tal manera y por tales términos iba prosiguiendo en su peroración don Quijote que pronto se indignó el auditorio, empezando un siseo intermitente que no llegó á inmutar al orador, el cual, usando siempre de los mismos conceptos que en aquel gran discurso de las armas y las letras, decía:

—Digo, pues, que habéis de entender que los trabajadores son todos pobres; y en haber dicho que padecen pobreza me parece que no había que decir más de su malaventura porque quien es pobre no tiene cosa buena. Me diréis que no le falta pan al que es buen trabajador (y ser bueno es no quejarse según vosotros), pero yo os digo que el comer de las sobras de los ricos es la mayor miseria. Dice el Capital que sin él no se podrá sustentar el Trabajo, pues no adquiriendo primeras materias no es posible la fabricación; y á esto responde el Trabajo que sin él no se puede sustentar el capital, pues sin la mano de obra fenecería toda producción. Y en verdad la razón asiste al Trabajo, por cuanto á él y sólo á él le bastan los naturales dones de la Tierra común para la vida, cosa imposible en el Capital con todo y su inmensísimo poder.

En esto, se acercó uno de los socios al presidente, señor Ferrer y Vidal, diciéndole:

—¡Esto es intolerable! ¡Esto no debiera Vd. permitirlo! Si se fijara Vd. bien en este tipo, vería que aquí no hay tal don Quijote ni tales carneros. Este es Grandmontaigne disfrazado, no le quepa á V. duda.

¡Realmente, el efecto producido por el anterior discurso fué tan grande ó mayor si cabe que el que produjo en el mismo local la conferencia dada unos años



antes por el citado publicista americano. Luego, el resultado no podía ser distinto: Don Quijote fué poco

menos que expulsado del *Fomento*. La Junta, después de hacerle constar de una manera gráfica su indignación, le acompañó hasta la puerta por la cual no volvería á entrar ya nunca más.

En la plaza de Santa Ana numerosos grupos de obreros aclamaron al hidalgo, el cual, emocionado, se encaramó como pudo en uno de los postes del tranvía y dijo en alta voz:

—Compañeros: Dichosa edad y siglos dichosos aquellos á quien los antiguos pusieron nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de *tuyo* y *mío*. En aquella santa edad todas las cosas eran comunes. A nadie le era necesario para alcanzar su sustento tomar otro trabajo que alzar la mano. No había fraude, engaño, ni malicia. La justicia estaba en sus propios términos... La tierra, sin ser forzada, ofrecía lo que pudiese hartar, sustentar y deleitar á los hijos que la poseían...

Don Quijote no pudo terminar la arenga. El jefe de policía señor Mengíbar y su secretario *Memento* le hicieron bajar de las alturas en que se había colocado y se lo llevaron al Gobierno Civil, seguido de un numeroso grupo de obreros que no cesaba de aplaudir, oyéndose de trecho en trecho algún grito de ¡Viva la Revolución Social! ¡Abajo la autocracia! ¡Viva don Quijote!

En los círculos, cafés y teatros no se habló en toda la noche de otra cosa.

Los periódicos de la mañana siguiente daban extensas noticias de lo acaecido dentro y fuera del Fomento, y todo el mundo coincidía en tachar de anarquistas y revolucionarias las declaraciones hechas por don Quijote á los obreros.

¡Y nadie acertó en considerar que aquellas frases eran las mismas del magnífico *discurso á los cabreros* que consta en la primera parte de las Aventuras del Ingenioso Hidalgo de la Mancha!

CAPITULO V

Donde se detallan las mil y una tonterías que pesaron sobre don Quijote en su excursión al «Cau Ferrat».

A la salida del *Fomento* don Quijote debía asistir al Teatro Romea. El señor Franquesa, que ya lo había anunciado en los carteles, le estuvo aguardando toda la noche con el frac puesto, que es el más grande de los castigos que le pueden dar al empresario catalán; aunque la mayor pena, en verdad, fué para él el tener que devolver el importe de las localidades que aquel día había cargado casi el doble con motivo de tan fausto acontecimiento.

El ingenioso hidalgo no fué puesto en libertad hasta las cuatro de la madrugada, hora en que el gobernador recibió un telegrama de Sancho dando órdenes respecto al particular.



En la plaza de Palacio le aguardaban varios artistas y escritores al pié de un carromato ó *conductora*, tirada por cuatro briosos caballos, que representaba el carro de *La alegría que pasa*, al que acababan de dar

los últimos toques los reputados escenógrafos Junyent y Vilomara.

El señor Rusiñol que hacía de *clown triste* ofreció el brazo á don Quijote y le invitó á subir al vehículo, juntamente con D. Alberto Llanas, que representaba *el hombre de la fuerza,* y los señores Pujulá y Vallés y Bagaría, que hacían el papel de *Zaira* y de *mico* respectivamente.

El viaje á Sitges se hizo sin ningún contratiempo, reinando entre los excursionistas el mayor regocijo, y conversando siempre en amena y *agredolsa* plática. Don Quijote se asombraba del buen humor que gastan los *bohemios* catalanes y, para no ser menos, lanzaba también su chistecito, contestando á las gracias nasales de Miguel Utrillo.

La llegada del carro á la ribereña villa, *la blanca Subur,* como la llamaba Santiago, fué una nota de sorprendente colorido, llena de animación y ruidosa alegría. En el paseo de la playa, cerca de la iglesia, aguardaban todos ó casi todos los escritores y artistas de Barcelona que habían ido por ferrocarril, llegando con algunas horas de anticipación.

En vista de la extraordinaria afluencia de gente y viendo que el local del *Cau Ferrat* no resultaba de capacidad bastante para tanto invitado, los organizadores del festival acordaron celebrar la *velada matinée* en el *Prado Suburense,* cuya espaciosa sala habían utilizado ya para solemnidades de la misma índole.

Hacia allí, pues, se encaminaron todos y al poco rato empezó la función por el orden siguiente:

1.º Obertura de *La Fada,* por Morera.
2.º Lectura de uno de los *Sots Ferèstechs* por su autor don Raimundo Casellas.
3.º Siluetas-geroglíficos (retratos de modernistas ilustres) por Bagaría.
4.º Ultima representación de *Cassius y Helena,* poema erótico del condesito Güell, por la compañía de Adriano Gual.
5.º «Barquejant» Solo de violín por el señor Girona.
6.º Lectura de *poesías dispersas* por don Juan Maragall.

7.º «Pasando el charco», *suite au piano*, por Malats.
8.º Artículo de malas costumbres, por D.ª Catalina Víctor Catalá.
9.º «¡Vive l'amour libre!», *chansonnette*, por la señora Pichot de Gay.
y 10.º Trozos selectos de Max Nordau, por D. Pompeyo Gener.



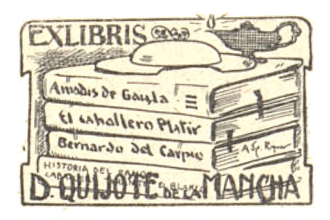
Don Quijote aguantó tres horas de diarrea literaria, con la paciencia de un mártir, al cabo de las cuales el señor Utrillo, después de leer un fragmento de «*L' any de la picó*», tuvo el buen acierto de levantar la sesión.

En seguida los invitados se dirigieron al *Cau*, donde el señor Rusiñol había hecho preparar un suculento almuerzo que se sirvió junto al mar, y cuyo menú era como sigue: «*Sopa de rap—Romesco—Nero ab patatas—Calamars farsit—Malvasía—Café—Morfina* y *Puros de ral.*»

Durante el agape reinó entre los comensales la más franca cordialidad: Modesto Urgell y Narciso Oller se disputaban la paternidad de un juguete cómico que seguramente habrían sacado los dos del francés; Graner impresionaba una película con destino á la *Sala Mercé;* Cornet y *Picarol* se bombardeaban con los huesos de las aceitunas; *Ida* y Feliú de Lemus hablaban de *boulevardiers* y *midinettes;* y Alberto Llanas no decía nada porque tenía todos sus *pensamientos* en el plato.

Poco después, *el héroe* de la fiesta mostró á la concurrencia los más importantes ejemplares que en hierros viejos encierra aquel templo del arte... sibarítico, mientras Triadó ejecutaba, por encargo de don

Ramón Miquel y Planas, los ex-libris de Don Quijote y Sancho Panza.





—Usted que tiene alma de artista—decía Rusiñol al festejado hidalgo—lástima grande que no haya estado en París... ¿Quiere Vd. venirse conmigo á pasar unos días en Montmartre?

—Diga Vd. que sí, interrumpió Utrillo. Yo también les acompañaré. Con *Tiago* se puede ir á *tot arreu...* ya verá Vd. qué aventuras de los *Molinos* vamos á correr!

—¿A qué molinos se refiere vuestra merced?—preguntó alarmado don Quijote.

—Al *Moulin Rouge* y al *Moulin de la Galette*—replicó el *aixerit* director de la revista «Forma».

CAPÍTULO VI

De la visita que hizo don Quijote á la corbeta "Nautilus"

En el momento de subir don Quijote á la «Nautilus» los buques de guerra que en el puerto había dispararon salvas de artillería que fueron debidamente contestadas por el castillo de Montjuich. Los vapores trasatlánticos y otros de menor porte aparecían engalanados con banderas y gallardetes en las arboladuras.



Junto al *botalón de estribor* le aguardaban el ex-ministro señor Cobián y el comandante del buque-escuela. La dotación de á bordo, artísticamente agrupada en la parte de popa, presentó armas al hidalgo que fué acompañado á la cámara de oficiales.

Pasmado quedó don Quijote del lujo y aseo que presidía en todas las dependencias de aquella *casa á flote,* así como de la elegancia y distinción de sus moradores. Lo que no sabía ver en éstos era lo que Villaamil llamaba sangre y aplomo marinero, y que él había podido comprobar en los tripulantes de aquellas galeras moriscas de otros tiempos.

Con el *cuaderno* ó libro de *bitácora* delante y una

porción de planos marítimos encima de la mesa de estudio, los oficiales explicaban á don Quijote todo cuanto en los tres años de reglamento aprenden los Guardias Marinas, interesándole mucho lo referente á cálculos de navegación y observaciones astronómicas, aparejo, previsión de averías, etc., enterándose bien de lo que se entiende por corrientes de golfo, bancos de hielo, altas latitudes y calmas chichas, y de cómo se hacen las reparaciones y el abastecimiento de víveres, aguada y pertrechos.

Seguidamente pasó á visitar el alojamiento de los oficiales, comprendido entre el *coronamiento* y el *palo mesana,* los camarotes de Maestranzas, dormitorios de marinería, enfermería y cocina, bajando después á dar un vistazo á los departamentos llamados *pañol* de la pólvora, caja de cadenas y aljibes para el agua dulce.

Entraron luego en la *Sala de estudios,* celebrándose aquí un simulacro de exámenes de Oficiales, Guardias Marinas y Aprendices navales:

—¿Qué entiende Vd. por *eslora?* ¿Qué entiende Vd. por *sollado?* ¿Qué entiende Vd. por *manga?*

A estas preguntas del señor Cobián contestaban los alumnos con singular acierto, demostrando todos que se sabían de memoria las lecciones.

El ex-ministro expuso entonces su proyecto de escuadra, en cuya descripción volvieron á mostrar los oficiales de la Armada su gran conocimiento de la mecánica guerro-marítima. Don Quijote oía hablar, preso del mayor asombro, de cruceros de 40 millas de velocidad, de protecciones blindadas, de poderes ofensivos de más de 10 kilómetros de distancia, de proyectiles de un calibre superior á 15 centímetros, de acorazados, cañoneros, destroyers, caza-torpedos, de botes salvavidas, de cañones Hontoria, de buques lanza-torpedos y de la moderna artillería de tiro rápido.

Los Guardias Marinas y Oficiales hacían grandes cálculos, operaciones y maniobras sobre el papel, simulando combates y bloqueos; y la *interior satisfacción* transparentaba en todos los rostros.

—Esto en la parte teórica—decía el señor Cobián á don Quijote.—Ahora podrá vuestra merced apreciar

á dónde llegan los marinos españoles en el terreno de la práctica.



En esto llegaron á bordo de la «Nautilus» algunas familias pertenecientes á la buena sociedad barcelonesa, con las cuales hubieron de mostrar su alta distinción y exquisita amabilidad los jefes de la Armada. Y como el sexo débil estuviese representado en mayoría, el elemento joven se dedicó, naturalmente, al tierno flirteo con las señoritas de mejor viso, improvisándose en la misma cubierta un lucido baile, con *minuets,* rigodones, *cake-walks,* muñeiras y danzas tropicales, en las que don Quijote hubo de lucir también sus gracias.

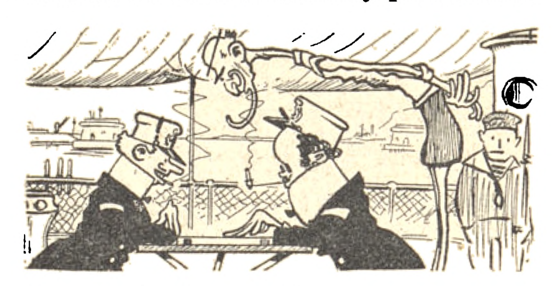
Los jefes de más edad, formando corrillo á parte, fumaban pitillos marca «La Hidalguía,» como adhesión de simpatía y afecto al *hidalgo* manchego.

Después del baile vinieron otras diversiones y pasatiempos típicos de la gente de mar, y se jugó á las prendas, á la carrera de *gallitos* y á la ¡salta morena!

Convencido, por fin, don Quijote de las excelentes cualidades de nuestros bravos marinos y de sus vastos conocimientos teóricos y prácticos, no tuvo aliento sino para despedirse de la concurrencia, y ya iba á efectuarlo cuando, al observar que unos oficiales jóvenes estaban sumamente atentos y meditabundos alrededor de una de las mesas de trabajo, exclamó:

—¡Bendita sea la gente nueva! Esos estarán estudiando por lo menos la toma de Gibraltar...

Más ¡ay! que, al acercarse el ilustre manchego, pudo comprobar que lo que realmente estudiaban los jóvenes marinos era un enravesado *jaque á la reina.*



Entonces don Quijote, fijándose en un plano que pendía bajo un mapa-mundi, cerca de un retrato del valiente Montojo, le preguntó al primer oficial:

—¿Qué significa esta carta marítima?

—Es la derrota reglamentaria que han de seguir los Guardias Marinas para llegar á Oficiales.

—¡Ahora lo comprendo todo!—exclamó nuestro caballero.—Acostumbrados á las *derrotas reglamentarias,* ¿cómo van á ir nuestros esforzados marinos á la victoria?

Y esto diciendo, don Quijote abandonó la «Nautilus» y saltó al bote que había de conducirle al embarcadero de la Paz.

De pronto, se sintió herido en el corazón. Tres ó cuatro punzadas muy intensas bastaron á sugerirle un negro presentimiento que no quiso exteriorizar para no alarmar á los que le acompañaban y que tradujo solamente en una triste sonrisa y una mirada más triste todavía, como queriendo decir:

—*¡¡Acordáos del «Maine»!!*

CAPÍTULO VII

De los grandes obsequios y agasajos que á don Quijote hicieron los Círculos aristocráticos de Barcelona.

Al pié del monumento á Colón se hallaban apostados varios coches del Círculo del Liceo que debían ocupar algunos socios del aristocrático centro. Los señores barón de Viver, Collaso y Milá y Pí invitaron al hidalgo á pasar algunas horas en su amable compañía con objeto de que se hiciera cargo de la vida de sociedad.

Aceptado el fino obsequio que se le hacía y ocupados los referidos coches, la comitiva se dirigió por el Paseo de Colón y Parque, al Salón de San Juan. En el camino pudo ver don Quijote la llamada *casa de Cervantes,* donde se supone injustamente que vivió el manco de Lepanto todo el tiempo de su residencia en Barcelona.

La fiesta del *Sport* organizada por el elemento joven de los círculos *Ecuestre,* del *Liceo* y *Sportmen's Club* se celebraba en el local que esta última asociación posee junto á los jardines del Parque. El popularísimo mayordomo señor Romeu (Don Pere) cumplimentó á don Quijote, obsequiándole con una sesión de *Fox-Terrier;* un rato de gimnasia de salón, con seguimiento de *foot ball* y *lawn-tennis;* unas carreras de moto-cicletas en las cuales tomaron parte los más celebrados campeones y un número hípico encargado al apuesto ginete señor Torrabadella. Pero lo que más llamó la atención del forastero fué la fiesta del *skating-rinck.* De tal modo le interesó ese sport que, colocándose unos patines y agarrándose al brazo del ex-ventero

de *Los Cuatro Gatos,* salió á la pista y empezó á hacer dibujos de adorno con los piés.



Un aplauso atronador saludó esta *nueva salida* de don Quijote. Pero él no hizo el menor caso del éxito; antes bien, el entusiasmo que entre los aduladores aristócratas despertaba le afligía profundamente, pues hubiera mil veces preferido que le admirasen por las hazañas y aventuras que de él contaba Cide Hamete que por la gracia de su *patinage;* que mejor le gustaba oir alabar las virtudes anexas á su profesión de caballero andante que los ridículos é inútiles ejercicios de los modernos hijodalgos.

Terminada la fiesta, que á todos los concurrentes resultó agradabilísima, el marqués de Alella y los señores de Olano y de Satrústegui se disputaban el honor de recibir en sus salones á don Quijote, invitándole al *té de las cinco,* y eran muchas las señoritas que se ofrecían á cantar en su obsequio el *Vals de las olas* ó el aria de *La Tosca.* Pero el de la Mancha, que no se sentía muy bien de resultas del vértigo que le había causado el baile de los patines, prefirió volverse con los mismos señores Collaso, Milá y barón de Viver los cuales después de dar mil excusas á la señora condesa de Castellá por el desprecio que les hacía el caballero castellano acompañaron á este al *Círculo* instalado en la rambla del Centro.

Al bajar del coche, don Quijote vió bajo los pórticos del Gran Teatro una doble hilera de criados ricamente uniformados.

Los salones, artística y espléndidamente adornados,

el confort mas exajerado en las dependencias y el mobiliario, de nn lujo verdaderamente oriental, le asombraron de tal modo que no sabía el hombre como moverse para no parecer ridículo ante la aristocracia barcelonesa. No hizo, pues, sino cepillarse el traje y con objeto de presentarse cuando menos *decente* bajó á los sótanos, donde el barbero particular de la casa le afeitó arreglándole el bigote á la alemana.



Por mas que todos los socios sabían que don Quijote iría aquella noche al *Círculo,* fueron muy pocos los que se dignaron asistir á su recepción. Y la causa de esto era que la mayoría de ellos desconocían hasta la existencia de tal *caballero;* y aún algunos de los que habían leído sus aventuras no se preocuparon de la resurrección del héroe por creer que todo ello no interesaba lo más mínimo á la *gent de bé,* flor y nata de la buena sociedad.

Mas no hizo el menor caso de esta descortesía nuestro andante señor; por el contrario, prodigando sonrisas y saludos pasó de una á otra habitación, sin olvidarse de las del primer piso, en una de las cuales tuvo la debilidad de dejarse *olvidado* un billete de 50 pesetas.

Por fin entraron en la *Pecera,* que es á todas horas el gabinete mas concurrido de la casa.

La *Pecera* es un sibarítico salón-fumador con vistas á la Rambla. Su mobiliario consiste solo en una porción de recios y mullidos sillones donde los socios pueden arrellanarse en distintas formas y posiciones á cual mas edificante. El lujo en esta habitación es extremado; la comodidad quedará descrita diciendo que á cada palmo de pared existe un botón llamador con objeto de que los que deseen algo no tengan necesidad de alargar demasiado el brazo.

Cuando entró, pues, don Quijote en la *Pecera* no había sino diez ó doce *peces gordos* haciendo la digestión. Todos dormían menos uno, que leyendo el *Rojo y Verde* y saboreando un *taco del Louvre* de Henry Clay, al fijarse en el forastero le saludó con un movimiento de cabeza.

—¡Magnífica pieza! dijo don Quijote. ¡Buena será la tertulia que van á armar estos señores en ella cuando despierten deste bendito sueño de que están poseidos!



—No lo crea Vd.—respondió el señor Milá y Pí. En este local no se habla nunca de nada. Los señores que ocupan estos asientos son todos puntales de la sociedad, gente ilustrada que discurre sabiamente pero no obra. Su ocupación constante es el *dolce far niente.*

—Pero el ocio contínuo y la pereza—añadió don Quijote—llegan á fatigar tanto ó mas que el pesado trabajo. ¿A dónde irán á holgarse, cuando de aquí se levanten, estos señores míos?

—Antes iban al *Edén Concert,* y allí refrescaban su displicente humor, con desgaste medular algunas veces, interrumpió el señor Collaso; pero ahora se han apagado las *estrellas,* y no habiendo *Edén,* se aburren soberanamente en todas partes.

Entonces don Quijote, sin querer oir más, despidióse de sus amables acompañantes y se alejó del Círculo.

En aquel momento numerosos grupos de mujeres sin trabajo pasaban en manifestación y pidiendo limosna por el centro de las ramblas.

—¡Lástima grande, murmuraba don Quijote, que las llamadas clases directoras sean deste modo! Los jóvenes, que ayudados por la moda de los *sports* disponen de envidiables energías no poseen el don del discernimiento, ni sienten dentro de sí el divino fuego; y los hombres maduros, que piensan y meditan mucho y bien, carecen de la energía y el esfuerzo necesarios para llegar al término de la equidad y la justicia!...

¡Válame Dios, y cuanta pasta de Gran Duque *Sergio* queda aún en España!

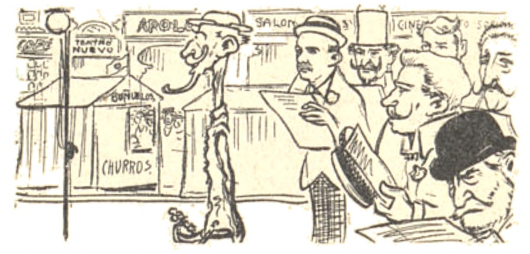
Y se sintió otras tres punzadas en mitad del corazón.

CAPÍTULO VIII

De lo que pasó á don Quijote en la gran-vía del Marqués del Duero, conocida vulgarmente por el Paralelo.

Don Quijote, que cediendo á reiteradas súplicas del señor Rusiñol (D. Alberto) había ido ya á la *Lliga Regionalista,* no hallando en el local de la Riera de San Juan sino al Sr. Prat de la Riba y al Diccionario Electoral, no quiso ir al Ateneo Barcelonés al enterarse de que esta asociación era sencillamente una sucursal de aquella.

Todo esto, unido á la falta de noticias de Sancho, le ponía de un humor atroz. Así que, como al salir del *Círculo del Liceo* se encontrase en mitad de la Rambla al señor Urrecha, no le costó mucho el aceptar la invitación que este le hizo de visitar la popular vía llamada *El Paralelo.* Acompañaron á ambos señores los críticos D. Emilio Tintoré, D. José Roca y Roca, don Marcos Jesús Beltran, D. José M.ª Pascual, y los señores Bernat Durán y Morató.



Al embocar la anchurosa gran vía del Marqués del Duero, don Quijote se halló ante un espectáculo jamás

por él imaginado. Aquel inmenso vocerío de los payasos; aquella harmónica confusión de docenas de órganos tocando distintas composiciones á la vez; aquella abigarrada tonalidad de luces y colores; aquella admósfera saturada de vapor de aceite inferior, y, más que todo, aquél público tan característico del Montmartre barcelonés llenaron de estupefacción á don Quijote, el cual, fijándose al cabo de un rato en un cartel que había junto á la puerta del Circo Español dijo á sus acompañantes:

—¡*Rosmersholm*!.. Podríamos entrar á ver esta obra, si les parece á ustedes...

—No se la recomiendo á Vd., respondió Urrecha. Confieso que desconozco este drama como casi todos los de Ibsen, pero... nada, que me revienta ese autor; no lo puedo remediar. Mejor será que vayamos á «Apolo» á ver el estreno de Sañudo Autrán.

—No soy de este parecer; interrumpió Marcos Jesús. Yo voto por tangos y panaderos. Es preferible que entremos á admirar alguna bella.

—No se deje usted *ensarronar* decía el pudibundo Morató. Lo que le agradaría á Vd. es *El Toni* y *la Paula*, que es cosa del *terrer*.

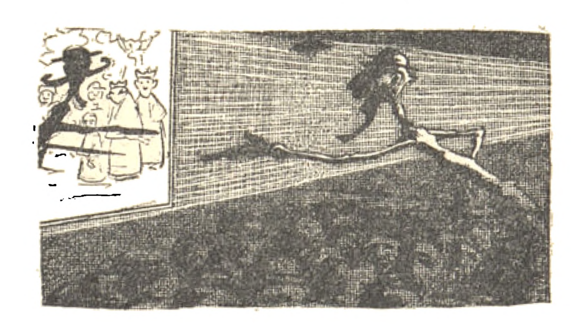
Tintorer le alababa la pantomima, Jordá la alta comedia, Pascual la ópera, Roca y Roca el drama y Pomés... «El Apóstol Blanco». Y en fin, tantos y tan diferentes espectáculos recomendaron los críticos á don Quijote que este acabó por no escojer ninguno de los que le proponían, y como leyese en uno de los barracones más próximos un letrero luminoso que decía «Varietés» «Gran película de actualidad: Aventuras de D. Quijote» no titubeó un instante más y *entróse por el escuadrón* de gentuza que se estrujaba horriblemente para ganar la puerta.

La función había empezado ya. En el escenario, un señor vestido de frac hacía villanos juegos de manos. Bernat Durán, al verse ante él empezó á silbar y á patear. ¡El más rubio de nuestros críticos creyó sin duda que se estaba representando *El Prestidigitador* de Santiago Rusiñol!

Á este número siguió una corta sesión de fonógrafo, aparato que llamó grandemente la atención de don Quijote, el cual lo comparaba con aquella cabeza par-

lante que había visto y oído en casa de D. Antonio Moreno, la primera vez que estuvo en Barcelona.

Después de esto empezó á funcionar el cinematógrafo, presentándose unas vistas fijas que gustaron medianamente á la concurrencia; y á continuación se proyectó la nueva película del *Quijote* anunciada. Costituían esta cinta varias escenas del libro de Cervantes, sin hilación alguna y con muchas falsedades. Las vistas eran de movimiento, pero casi todas veladas y con una trepidación horrorosa. El hidalgo iba siguiendo con interés aquellas aventuras ejecutadas por pantomimeros, asombrándose de sí mismo al ver lo miserable y rufianesco de su tipo y de sus descastadas hazañas, al punto de que, en la escena de la batalla con el vizcaino, no se pudo contener y levantándose de su asiento exclamó á voz en grito:



—Mentira, mentira, mentira; fementida canalla. No fueron seis sinó cuatro los golpes que me asestó el de Vizcaya...

Y como, preso de la mayor indignación, su propia figura se interpusiese en el radio de luz que producía el aparato proyector, el público al distinguir en la tela la auténtica facha de don Quijote, tan distinta de la que hasta entonces había visto, prorrumpió en un aplauso estruendoso amenizado con vivas, bravos y otros excesos.

Inútilmente intentó el manchego ilustre calmar los excitados ánimos de los *morenos;* el populacho seguía

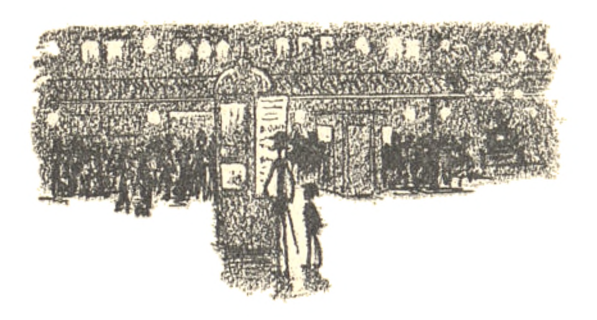
entusiasmado, y los más atrevidos se abrían paso para llegar á él y saludarle.

El público, sin aguardar el término de la representación, le sacó del local poco menos que á empellones y llevándolo un buen trecho en andas por el arroyo del *Paralelo,* hombres, mujeres y chiquillos se disputaban la honra de darle la mano ó tocarle el vestido.

Ya en la Ronda de San Pablo, y ayudado por el joven cervantista D. Juan Givanel, que acertó á pasar por allí, pudo don Quijote desprenderse del *delirium populi* que amenazaba derribarle por los suelos.

—¿Cómo pagar pan por torta—decía—estos agasajos?... ¡Cuánto me alegro de estar entre un pueblo que sabe distinguir.

—No dé vuestra merced gran importancia á todo esto—respondió el señor Givanel.—A presentarse la ocasión, lo mismo hacen con Mazantini, con la Bella Belén ó con Lerroux.



Y esto diciendo, apretaron el paso en dirección al «Eldorado» donde se representaba por centésima vez «*La Venta de don Quijote,*» comedia lírica de Fernández Shaw, de cuya obra había hecho el cervantista un concienzudo estudio que, junto con las conferencias del Ateneo, quería leerle en la *Maison Dorée* á la salida del teatro.

Y don Quijote se sintió tres punzadas más en mitad del corazón.

CAPÍTULO IX

De lo que sucedió á don Quijote yendo á visitar el histórico "Pí de las Tres Brancas".

Aquella noche, al igual que la de *los batanes,* don Quijote no pudo pegar los ojos.

«¿Qué tal andará Sancho por Madrid?.. ¿Cómo le irá el gobierno?» se preguntaba en sus largas horas de insomnio y desvarío, extrañado de que su ex-fiel escudero no le hubiese mandado, no ya una carta ó misiva, sinó una credencial para algun negociado de primera clase.

Y cuando, ya de madrugada, se disponía á recostarse del lado derecho, con objeto de ver si se le calmaba el mal estar y podía al fin dormir, uno de los criados del conde Güell se acercó á la puerta de su habitación diciendo en alta voz:

—Levántese usted, señor don Quijote que ya están aquí los de *la colla de Sant Mús.*

Eran las cuatro y media.

Nuestro hombre, al percatarse de que alguién se levantaba más temprano que él se sintió ofendido en su fama de gran madrugador, y vistiéndose deprisa y corriendo bajó al vestíbulo para saludar á los intempestivos caballeros, resultando ser representantes de las distintas agrupaciones catalanistas adheridas á la «Unió» que iban á buscarle con objeto de asistir á la *festa de la deslliuransa* que había de celebrarse en el *Pí de las Tres Brancas,* término de Berga,... allá, donde no pasó Dios.

Llevaban todos la clásica barretina, en vista de lo

cual el conde, llamando á parte al hidalgo, le indicó la conveniencia de sustituir el *yelmo de Mambrino* por la roja gorra catalana.



Cortés como siempre, don Quijote no se hizo de rogar á esta petición del señor Güell, y cambiados los saludos, se organizó la comitiva, la cual después de tomar chocolate con *llonguet* y *crema cremada* en casa *Cullaretas*, dirigióse á la Estación del Norte, donde aguardaban otros expedicionarios con estandartes y música.

El tren, que era especial, partió á las 5'50, unos veinte minutos después del correo.

Ocuparon el coche de lujo, que así le llamaremos al menos indecente de los que circulan por aquella línea, además de don Quijote y su hostelero los señores Martí y Juliá, Monegal, Permanyer y Roca. Aldavert iba en la perrera. ¡Mangoneos jesuíticos de los de *la Lliga*!

También formaban en la expedición, como reporters, los señores Marsillach, Pinilla, Dalmases, Osorio y Planas Taverne.

En todas las estaciones del tránsito había inusitada animación, viéndose muchas de ellas engalanadas con verde y percal.

En Sabadell y Tarrasa se apearon unos minutos los excursionistas. En la primera de estas poblaciones, donde la mayoría del Ayuntamiento es republicana fué don Quijote aclamado sin reservas. En Tarrasa, donde los bandos son más numerosos y las pasiones políticas más enconadas le recibió con cierto recelo el Municipio, representado en el andén por el dignísimo funcionario don Rafael Llofriu.

—¿Y qué? ¿Va á salir por fin diputado el señor Roca?—le preguntó el hidalgo.

—Hombre,.. sí y nó,.. ya verá.
¡Yo no puedo decir *ná!*

contestó el señor Llofriu, escurriendo el bulto y haciendo un pareado de los suyos.

A todo esto se habían agregado á los expedicionarios varias representaciones de centros adheridos á la «Unió» entre ellos *Lo moniato catalanesch* y *Els llenyatayres* que residen en la comarca del Vallés; y el tren prosiguió su marcha, llegando á Manresa sin novedad pero con un retraso de cerca media hora.

El trayecto de Manresa á Berga, que se hizo en caballerías, se pasó también sin incidente alguno digno de anotarse, fuera de las manifestaciones de adhesión á la bandera de las *quatre barras,* que se sucedían á cada punto, tanto, que don Quijote, resentido y celoso al verse postergado decidió ilustrar su escudo con el emblema catalán fijando en él, por su propia mano



y con sangre de un pollo que acababa de matar el hercúleo señor Pagés de *La Veu,* cuatro grandes y mal trazados palotes rojos.

Grandes muestras de entusiasmo produjo entre los *reconsagrats* esta nueva profesión de fé de don Quijote, el cual, puesta la *barretina* hasta las orejas con la misma mala pata que tendría Casellas al ponerse un cordobés, lucía su amojamado rostro, reflejo sólo de aquella carátula de Hecce-Homo que caracteriza al Caballero de la Triste Figura.

—¡Visca el foraster! ¡Visca don Quixot!—gritaban

los exaltados de «La Devantera». Y los estandartes inclinábanse á su paso; las *senyeras* y las señoras se alzaban con magestad, y las banderas tremolaban como risueño presagio de una próxima victoria.

—¿Vé usted?—le decía Monegal.—Así, con el mismo entusiasmo fuimos á Grecia.

—*Y anirém á Madrit, si convé;* añadió don Rosendo Serra, el folk-lorista, sin darse siquiera la molestia de traducir la indirecta al castellano.

Don Quijote, que á pesar de haber andado ya la mitad del camino no adivinaba aún el significado de la extraña fiesta que se iba á celebrar, rogó al señor Folguera le explicase el símbolo del *Pi,* de la *fals* y de la *Patúm,* ridícula alimaña que en Berga les salió al paso.

Esto y mucho más le descifró el señor Folguera, sin olvidarse de referirle la conmovedora escena de la toma de posesión del árbol famoso, efectuada á últimos de septiembre de 1904, y cuya parodia iba á verificarse á no tardar; hasta que, por fin, terminada la plática, el zarandeado hidalgo inclinó la cabeza sobre el pecho en ademán de vencido gladiador.



En este momento los ginetes que formaban en las avanzadas llegaban al *Coll de Campllonch,* desde donde se divisan ya las ramas del célebre pino.

Efectivamente, aquel bulto, *trifurcado en tres,* que sombreaba á lo lejos era el propio árbol secular, símbolo de la patria chica.

A don Quijote los bultos le parecieron malvas, pero todos se empeñaron en que era pino, y hubo de creerlo así al fin.

Mallofré, que es un lince, llegaba, según dijo, á distinguir las piñas.

Pero esto era exagerar. Las piñas se vieron más adelante, como las verá el que leyere hasta el final de esta historia.

CAPÍTULO X

Donde se da fin á esta historia con la irremisible muerte de don Quijote.

Tratándose de festejar á un *pino,* naturalmente, no podían faltar allí los de la *Fiesta del Árbol.* En representación, pues, de esta protectora entidad, asistieron al acto el señor Puig y Valls, el maestro Marraco (hijo) y el distinguido poeta y publicista, redactor-jefe de «Las Noticias», D. Manuel Marinel·lo; estos últimos como autores del himno, que cantaron con buena voluntad y mala entonación los alumnos del *Col·legi de Sant Jordi.*

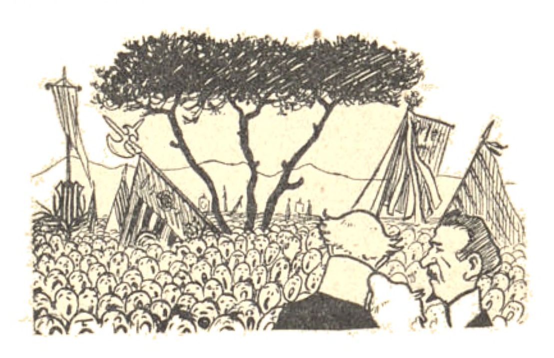
El aspecto del llano que circunda *l' arbre payral* era en aquellos momentos pintoresco á no poder más. A lo largo del camino que conduce á Campllonch formaban los somatenes al mando del coronel Rañoy, siendo revistados por el señor Pella, quien en una especie de belicosa arenga les leyó su conferencia sobre la reorganización militar de Cataluña.

La junta de la «Unió», entre tanto, procedía á la lectura de las adhesiones recibidas siendo estas numerosísimas y entre las cuales recordamos: «Federació Escolar Catalana», «Els ferrenys», «Foch Nou», «Joventut Católica», «Ateneo de Sans», «Els Feréstechs», «Gent Nova», «La Sembra», «Escolas dels districtes del 1 al 10 de Barcelona», «Áplech Catalanista», «Esbart Cantayre», «Escut Emporitá», «La Creu», «El Salpacer», «Els amichs de la Verge de Montserrat», «Catalunya y avant» y «Endevant y *buenas*».

Igualmente se leyeron adhesiones amistosas de los hermanos del Rosellón y de los primos de Mallorca.

Acto seguido el coro «Catalunya Nova» cantó el *Arbre Sagrat,* el *Guernica-ko,* el *Himno del Transvaal* y

los *Bohemios,* piezas que escuchó el auditorio con religioso silencio, dándose al terminar una porción de vivas inofensivos. Y el «Orfeó Catalá», para no ser menos, entonó vigorosamente el himno nacional, «Els Segadors», que produjeron en los circunstantes un entusiasmo indescriptible. A don Quijote, que los oía por primera vez, le saltaban furtivamente lagrimitas que, en tensión sus nervios, no podía contener á causa de la emoción.



Después de este número se dieron, como en el «Circo», quince minutos de descanso. En este intérvalo, se hicieron alegres corrillos donde se platicaba fraternalmente. En una cantina próxima se expendían comestibles, medallas conmemorativas, *sagells,* láminas, monedas y *goigs á la Verge de Montserrat.*

D. Quijote pudo observar que entre los reunidos abundaban mucho los curas. Esto lo vió gracias á su altura, ya que cuando se cantaron «Els Segadors», se descubrieron los oyentes y aparecieron de cara al sol la mar de coronillas.

El padre Collell, subido á una de las ramas del *Pi,* recitó una poesía patriótica titulada «Lo jou dels catáunichs», la cual, después de hablar de *Castella,* de la *nissaga, dels furs* y de la *mala mare,* terminaba de este modo:

Podrá ella ab llur cadene
la patria captivá;

les conques del Pyrene
podrán fins tremolá;
pero... ¡vatúa dene,
ja se 'n penedirá!

Interminables aplausos coronaron esta valiente estrofa que hubo de repetir el cura de Vich hasta siete veces.

Don Quijote no pudo resistir ya más; sintiéndose herido en lo más íntimo de su sér, y declarándose vencido por este nuevo *Caballero de la Blanca-Luna,* se acercó al *Pí* y en un acto de desprendimiento solemne y conmovedor, colgó su armadura en él, en señal de eterno acatamiento.

Entonces el señor Martí y Juliá, sin perder tiempo, empezó su discurso haciendo resaltar el significado de la entrega de armas hecha por don Quijote al *Pí.* Habló del *deslliurament,* del *jou etern,* del *expandiment de las ideas* y del *género chico.* Dijo que los catalanes son *els bons, els honrats* y *els macos.* Recomendó la necesidad de *acullirse tothom sota'ls plechs de la bandera,* empezando una gran cruzada contra el centralismo. Afirmó que la victoria que representaba la abdicación del hidalgo era hija legítima del matrimonio, proclamado por él en cierta ocasión, del Pi *(mascle)* con la Bandera *(femella).* Lanzó terribles anatemas contra *els descastats que fan malbé la llengua barrejanthi el «dulce idioma de Cervantes»,* y más hubiera dicho á no ser un fatal accidente que puso en alarma á todos los reunidos.



Don Quijote desfallecía en brazos del conde Güell y de Aldavert.

Se produjo un movimiento de espectación horrible en las huestes catalanistas. Todos corrían en auxilio del *foraster*...

Pero era tarde.

El desarmado caballero don Quijote de la Mancha acababa de fallecer, víctima de un ataque de asistolia... en el corazón.

El golpe fué terrible para los organizadores del solemne acto. La fiesta resultó aguada por completo.

El cardenal Casañas, Monseñor Carselade, y los obispos de Vich y de la Seo de Urgel le hubieran cantado un breve responso, pero como había muerto sin recibir los sacramentos, clero, comisiones y particulares le abandonaron, retirándose tranquilamente á sus respectivos lares.

A la mañana siguiente un payés de la *encontrada* halló el cadáver del ingenioso hidalgo debajo del *Pi de las tres brancas*, y en la misma posición en que había quedado al entregar su alma á Dios.



Avisado el juez del distrito, levantóse acta del hallazgo, y el cuerpo de don Quijote fué enterrado allí mismo, al pié del simbólico árbol.

Dos humildes hijos del trabajo cavaron la fosa.

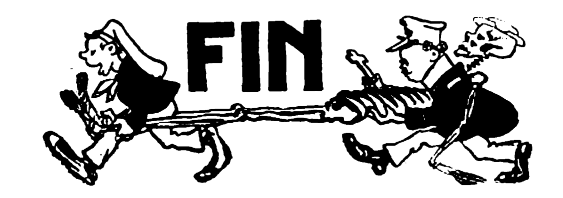
EPÍLOGO

Casi á la misma hora de producirse el tristísimo suceso, que llenó de consternación á ambos mundos, se recibía en el Palacio del conde Güell un telegrama de Sancho Panza expresado en estos términos:

«Madrid, tantos de tantos.—Señor Don Quijote de la Mancha.—Barcelona.

»Este país es ingobernable. Los insulares acabarán por comerse hasta el oso del escudo. Salgo para esa.

Sancho.»




LEX ?...